

los ojos nuevos, y el corazón.

Antología de la poesía moderna en Santa Fe

**José Pedroni, José Cibils, Horacio Caillet-Bois, Alfonsina Storni,
Ezequiel Martínez Estrada, Emilia Bertolé, Fausto Hernández,
Marcos Lenzoni, Irma Peirano, Carlos Carlino, Facundo Marull,
Felipe Aldana, Arturo Fruttero, Julio Migno, Amelia Biagioni,
Beatriz Vallejos, Kiwi, Juan L. Ortiz, Francisco Urondo, Hugo Gola,
Juan José Saer, Rubén Sevlever, Jorge Conti, Aldo Oliva,
Hugo Padeletti, Rafael Ielpi, Gary Vila Ortiz, Juan Manuel Inchauspe,
Marilyn Contardi, Francisco Gandolfo**

Los ojos nuevos, y el corazón : antología de la poesía moderna en Santa Fe /
José Pedroni ... [et al.] ; compilado por Martín Prieto. - 1a ed. - Rosario :
Espacio Santafesino Ediciones, 2018.
340 p. ; 26 x 20 cm.

ISBN 978-987-3962-11-0

1. Literatura de la Provincia de Santa Fe . 2. Antología de Poesía. I. Pedroni, José II.
Prieto, Martín , comp.
CDD A861

Los ojos nuevos, y el corazón. Antología de la poesía moderna en Santa Fe.

©Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2018.

Edición general del Proyecto Territorio y de esta antología:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe

Selección y ensayo preliminar: Martín Prieto
Edición: Agustín Alzari
Diseño: Verónica Franco y Liliana Agnellini
Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye
Corrección: Milena Bertolino

ISBN: 978-987-3962-11-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

José Pedroni

Suelo santafesino	31
Río Salado	34
Maternidad	38
Palabras a mi padre y a su digna herramienta	42
Taberna	44
Paga	46
Ventana	47
Los muebles del viejo Stura	48
Canción de lavandera	52

José Cibils

A Santa Fe.....	55
-----------------	----

Horacio Caillet-Bois

Elogio de Santa Fe	61
La plaza de los suicidas	69

Alfonsina Storni

CANTO A ROSARIO

El puerto	71
Alberdi	75
El Saladillo	77
A vuelo de pájaro	79
La ciudad	82
Elogio de la raíz	89

Ezequiel Martínez Estrada

San José de la Esquina	93
------------------------------	----

Emilia Bertolé

Cansancio	97
Atardecer	98
Estación	99

Fausto Hernández

Cables	101
Plazoleta	103
Cine	105
La justa del balón	107
Las hijas del dinero	110

Marcos Lenzoni

Mi ciudad	113
La calle céntrica	114

La calle suburbana	116
El Paraná	120
El Parque	121
Las barrancas de Alberdi	122
El Saladillo	123
Las mujeres	124
Los hombres	126
Envío	127

Irma Peirano

Tres alabanzas puras	131
----------------------------	-----

Carlos Carlino

Cara a cara	135
Almacenero	136
Garibaldi en el parque	137
No se puede ser bien educado	138
Parque Independencia	139
Hacia afuera	140
Augurio	141
Canción	142

Facundo Marull

Donde se cuenta del arroyito Ludueña	145
Exhumación de Wheelwright	147
Sonata del Parque Independencia	149
Triste	152

Felipe Aldana

Ciudad	157
Versos de juntadores	162

Arturo Fruttero

Canto al dedo gordo del pie	171
Ars poética	174
Fruttero se va al campo	177

Julio Migno

A mi tierra, San Javier	183
-------------------------------	-----

Amelia Biagioni

Color de mayo en Gálvez	189
Romance de mi ciudad sin río	190
Mi patria, la del trigal	193
Palabras a José Pedroni, desde Gálvez	196

Beatriz Vallejos

Temprano	201
Paseo en canoa	201
Mensaje	201
Cruzando	202
Ánfora de Kiwi	202
Del seibo ausente	202
Convivencia	202
Cencerros	203
Pájaro campana	203
Ventana	203
Mi cabeza	203
Quise bordar	204
El muro	204

Kiwi

Poemas	207
--------------	-----

Juan L. Ortiz

A Hugo Gola	213
A Juan José Saer	221
La poesía de José Pedroni	224

Francisco Urondo

Arijón	229
--------------	-----

Hugo Gola

Y además	241
Uno llega a esta altura	243
En esta ciudad	246
RESONANCIAS RENUENTES	
1, 2, 3	248

Juan José Saer

Aldo	253
Octubre en Tostado	255
Diálogo bajo un carro	256
El fin de Higinio Gómez	262

Rubén Sevlever

Recuerdos de hotel	269
Sólo me deslumbra	270
El poema no es	271
En el jardín del antiguo hospital	272

Jorge Conti	
Recuerdos del haragán	275
Aldo Oliva	
Adiós en noviembre	281
Vieja lavando ropa	282
La jornada en el “Ehret”	284
Calandria	286
Carta final de amor a Noemí Ulla	288
Hugo Padeletti	
Misión	291
Los mirasoles	293
Me he sentado a la puerta y he mirado pasar	294
Ya no voy a ocuparme	295
Pocas cosas	296
Rafael Ielpi	
Un viejo en las cuchillas	299
Gary Vila Ortiz	
Las cosas y los cambios	305
Juan Manuel Inchauspe	
Azaleas	309
Esta tarde, domingo	310
He tratado de reunir pacientemente	311
Encadenado a estas palabras que no vienen	312
Viento	313
Trabajo nocturno	314
Marilyn Contardi	
Una Lancia color acero	317
Mother	319
Poema sin nombre	320
Poemas breves III	327
Francisco Gandolfo	
EL SICÓPATA. VERSOS PARA DESPEJAR LA MENTE	
26, 33, 34, 35	329

Símbolo, representación, entresueño y materia

Como Jorge Luis Borges, José Pedroni nació en 1899. Y como Borges también publicó su primer libro en 1923. Las coincidencias parecerían terminar allí: el primer libro de Borges, *Fervor de Buenos Aires*, fue presentado desde su prólogo y desde una batería de manifiestos y proclamas firmados también por Borges en esos mismos años como una suerte de prototipo vanguardista, contrario a las normas modernistas y posmodernistas que conformaban, en su conjunto, los «monederos falsos del arte» que los vanguardistas —él entre todos— se proponían «llevar de calles y abolir». ¹ El primer libro de Pedroni, en cambio, *La gota de agua*, comienza con un poema, titulado «Dedicatoria», que concentra en su forma —una cuarteta dodecasílaba de rima abrazada— y en su discretísimo tono buena parte de las enseñanzas que venían impartiendo desde comienzos de la década del 10 del siglo XX un modernista en transición como Leopoldo Lugones y un reconcentrado posmodernista: Baldomero Fernández Moreno.

Entorné las puertas y salí de viaje/
con mis tres burritos a buscar fortuna;/
pero en el camino me hechizó la luna,/ y esta poca cosa sin querer te traje. ²

Pero algo pasó: los poemas de *Fervor de Buenos Aires* eran bastante menos, en términos de novedad y de ruptura, que lo que prometía Borges y, al fin, su título, el de muchos de sus poemas, el tono intimista del volumen y la prevalencia de versos endecasílabos lo acercaban más en forma y fondo al pasado inmediato —a Lugones y a Fernández Moreno— que lo que reclamaban sus proclamas ultraístas. Muchos años después, en 1940, cuando se cumplieron

25 años de la publicación de *Las iniciales del misal*, el primer libro de poemas de Fernández Moreno, de 1915, Borges canceló, en un solo pago, la deuda que mantenía con el poeta y que oportunamente se había negado a reconocer:

Éste, después de saludar a Rubén Darío en su dialecto de astros y rosas, había ejecutado un acto que siempre es asombroso y que en 1915 era insólito. Un acto que con todo rigor etimológico podemos calificar de revolucionario. Lo diré sin más dilaciones: Fernández Moreno había mirado a su alrededor.³

Y más adelante, en referencia al libro siguiente de Fernández Moreno, *Intermedio provinciano*, de 1916:

La falta de tradición le ha servido. Un literato criollo no puede mirar la llanura sin alguna memoria de la época pastoril y de nuestras discordias civiles, sin la presión o interposición de un fantasma: Rosas, López, Soler o el hombre mitológico Martín Fierro. Fernández Moreno, hijo de extranjeros, ha podido mirarla con integridad e inocencia, sin que el pasado enturbie el presente. Nadie, en Buenos Aires, ignora que Fernández Moreno es el poeta del nervio óptico. El paisaje, en él, es de una incomparable autenticidad. Lo transmite de un modo tan inmediato que sus lectores suelen olvidar las palabras traslúcidas que han operado esa transmisión y no reparan en el arte exquisito —y casi imperceptible— que las ha congregado y organizado.⁴

Con menos estridencia, pompa y publicidad que la de Borges, José Pedroni mantuvo con Fernández Moreno, a quien le dedicó un poema de su segundo libro, *Gracia plena*, una afinidad instantánea, constituyéndolo en su inmediato precursor. Él también, como Fernández Moreno, miró a su alrededor, él también fue hijo de inmigrantes, italianos en su caso:

Mi padre, Don Gaspar, era menudo, nervioso, dominante y gran trabajador. Firmaba Pedroni Gaspare. A su nombre llegaba a nuestra casa un diario italiano que yo leía para él por las noches.⁵

Él también pudo mirar la llanura vacía de las discordias políticas del siglo XIX. Él también fue un poeta del nervio óptico. Y fue, en esa suma de conceptos y de formas, el primer poeta moderno de la provincia de Santa Fe, y a quien le cabe, por lo tanto, abrir esta antología signada muy justamente por un verso suyo: «Tengo los ojos nuevos, y el corazón». Pero su supremacía, no sólo sostenida por su oportunidad cronológica sino, también, por el modo en que su obra ha interpelado e interpela a la de los poetas santafesinos, por el aparato crítico que la valora y acompaña y por el enorme reconocimiento popular, de alcance continental, tampoco convierte —como pretendía Borges en relación con Fernández Moreno— al pasado en tierra baldía. Y si toda literatura es un proceso, en el de la constitución de la poesía de Santa Fe es importante subrayar un notorio antecedente de indisimulable peso poético: José Cibils. Nacido en Entre Ríos y autor de un extenso y entusiasta poema civil dedicado a la provincia de Santa Fe, compuesto por unas singulares sextetas decasílabas, en el que augura a la provincia un grandioso porvenir. Y, también, los pocos poemas de Horacio Caillet-Bois, contemporáneo de Pedroni, quien, sin embargo, responde, tardíamente, despuntando los años 20 del siglo XX, al impulso modernista, anacronismo que, en perspectiva histórica, no se impone como obstáculo en relación a su ambicionado fin de dar una imagen poética, vigente aún en esos términos convencionales, de la ciudad de Santa Fe:

Oh, simétricas calles y alamedas;/ Plazas de césped a cordel trazadas;/ Tien-
das, comercios, bares y almonedas,/ Casas del centro, limpias y ataviadas;

* * *

Y al lado de Pedroni, junto con él, una armada imperial, algunos un poco mayores, otros algo más jóvenes, pero todos tocando, cada cual según su sensibilidad, su diccionario y su aparato retórico e ideológico, una misma cuerda vinculada al territorio (sea urbano o rural) como noticia. Esa admirable pléyade la conforman Alfonsina Storni, Ezequiel Martínez Estrada, Emilia Bertolé, Fausto Hernández y Marcos Lenzoni. Vamos a llamarlos, como conjunto, los poetas plebeyos. Porque esto, además, marcará una diferencia con los antecedentes recién mencionados. Tanto Cibils como Caillet-Bois, si bien entusiastas lectores y artífices de obras de indisimulable aliento modernista mantenían, sin embargo, el boato y el posicionamiento público y social propios de los poetas tardorrománticos del siglo XIX. Cibils fue fundador, director y jefe de redacción de distintos diarios de la provincia y dos veces representante del departamento de Vera en la Cámara de Diputados, entre otras funciones de gobierno o Estado. Y Caillet-Bois, un activísimo actor cultural de la ciudad de Santa Fe, siempre en cargos públicos de relevancia.

Los plebeyos, en cambio, si no podían, provocadoramente, como los poetas sociales de esos mismos años 20, jactarse de formar parte del proletariado eran, en su mayoría, hijos de inmigrantes y primera generación de profesionales de clase media: José Pedroni, contador en almacenes de ramos generales y en una fábrica de arados; Alfonsina Storni, maestra; Ezequiel Martínez Estrada, empleado de correo y más tarde docente; Emilia Bertolé, retratista; Fausto Hernández, periodista y docente.

Leonardo Castellani, en un estudio biográfico sobre Caillet-Bois y haciendo referencia a que el escritor, después de unos muy prometedores libros, había abandonado la poesía (su última publicación es de 1921, cuando apenas tenía 23 años) anotó, melancólicamente: «Las orquídeas no crecen en la laguna Setúbal».⁶ La frase no admite una lectura literal. O, más bien, su sentido literal es metafórico. La laguna Setúbal como desplazamiento de la ciudad a la que toca en parte: Santa Fe. Santa Fe como la ciudad prosaica, espesa y os-

cura, como la laguna. Y la orquídea como el poeta raro y extravagante que reclama cuidados que la ciudad no le puede ofrecer. Y que entonces se muere. Deja de escribir. La orquídea es flor de los modernistas.⁷ Ya en su célebre estudio sobre Rubén Darío y el modernismo, José Enrique Rodó había anotado:

Pero acaso ¿no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres si todas las flores fueran orquídeas; diamantes y rubíes todas las piedras; todas las aves cisnes o faisanes; y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendes?⁸

La frase de Castellani, formulada en 1976, pero ilustrando un hecho de 1921, se mueve, como los poemas de Cibils y de Caillet-Bois, en un borde difuso entre el romanticismo y el modernismo. Porque si la flor rara que nombra es de los modernistas, es romántica la imagen que con ella se quiere figurar, la del poeta como un espécimen tan raro y exclusivo como la flor, marginado por la ciudad moderna.

En acto, y en esos mismos años 20, los poetas plebeyos destruyeron la metáfora, dos veces. Ni ellos, como poetas, se figuraron como raros y extravagantes. Y su nervio óptico no captó, por supuesto, las no existentes orquídeas nativas, que crecen más al norte del país, sino la vegetación autóctona o exótica que en efecto abunda en los campos y a la orilla de los ríos y lagunas de Santa Fe. Limoneros, higueras, linajes, abrojos, yuyos, ombúes, ceibos, talas, sauces, enredaderas, paraísos. Pero no como en un prolijo programa regionalista, dispuesto a dar cuenta de un catálogo de la flora del litoral o de la llanura, para construir, a través de ese desplazamiento, una totalidad, sino más al acaso y en tanto la misma fuera funcional a sus poemas. Lo que no obstó para que a la larga y en conjunto, los plebeyos dieran, en efecto, una imagen de la región. Los trabajadores rurales, en los poemas de Pedroni; las plazas, los parques y hasta las canchas de fútbol rosarinos, en los primeros

poemas de Fausto Hernández —en uno de los cuales, de paso, y como en un guiño profético a esta antología, rememora el patio de su casa de infancia que olía «a orquídea, jazmín, rosa/ cedrón y ruda»—; el extraordinario alien-to del «Canto a Rosario», de Alfonsina Storni; el conmovedor retrato de San José de la Esquina, en el libro *Argentina*, de Ezequiel Martínez Estrada; los sensibles y circunspectos paisajes suburbanos de Emilia Bertolé, publicados en *Espejo en sombra*. Aunque la nota, en su diferenciación con los poetas del pasado, vaya a darla Marcos Lenzoni, quien en su poema «Calle céntrica», publicado en 1925, anota el desplazado lugar del poeta —«voy cansado/ con mi pena secreta»— en un contexto que ya no es, como en Cibils o en Caillet-Bois, esencialmente «poético», en términos románticos, sino más bien prosaico y material:

envidiando a los hombres que pasan a mi lado/ todos activos, rientes, con la
alegría pura/ que no tienen aquéllos que sólo han caminado/ por las calles
dolientes de la literatura...

* * *

Los nuevos poetas de la provincia, que comienzan a publicar en los años 40, van a ser sensibles a las enseñanzas de la generación anterior. A las de Alfonsina Storni, de quien Irma Peirano en sus poemas de amor desafiante y soledad será su firme y creativa discípula. Y, sobre todo a las de José Pedroni, cuyo magisterio está tan instalado e implícito que hasta parece habersele borroneado la marca de origen.

En primer lugar, Carlos Carlino: una figura poco reeditada y, por lo tanto, poco conocida por los lectores contemporáneos. Nació en Oliveros, fue criado en Maciel y educado en Rosario, donde hizo la escuela secundaria. Debido a su trabajo en una firma cerealera, recorrió durante varios años toda la

zona agrícola de la provincia. El dato biográfico no sería significativo si no fuera porque dicha trashumancia es la que de algún modo justifica dos líneas divergentes en su obra poética: la ciudadana y la rural. La segunda fue más transitada y, en sus años, más reconocida. En 1938 Carlino publicó *Poemas a la tierra* y dos años después *Poemas con labradores*, en una espléndida edición ilustrada por Gustavo Cochet, con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía y que fue celebrado, graciosamente, por el mismo Pedroni:

Como yo, tú eres santafesino;/ poetas ambos de la tierra del lino/ (llevas el lino hasta en tu nombre, Carlino).⁹

Y de este modo el poeta nacido en Oliveros refuerza una línea preponderante inaugurada por Pedroni: la de la «epopeya agrícola», como dice en su exaltatoria «Breve crónica de José Pedroni», publicada en 1968, con motivo de la muerte del poeta de Gálvez.¹⁰ Menos conocida es, en cambio, la línea ciudadana de los poemas de Carlino. En 1933, y un poco en sintonía, en términos temáticos y referenciales, con los poemas de Lenzoni y con los primeros poemas de Hernández, y anticipándose a sus contemporáneos que van a darse a conocer recién en la década siguiente, a los 23 años, publica *Cara a cara (versos en la ciudad)*. Cotejar los poemas ciudadanos de Carlino con los que había publicado unos años antes Caillet-Bois, dejando de lado que los segundos se refieren a Santa Fe y los primeros a Rosario, permite subrayar la inusitada novedad que éstos importan, atravesados, finalmente, por los rayos vanguardistas que, desde comienzos de los años veinte, con más y con menos, iluminaban la nueva poesía argentina: versos libres, referencias contemporáneas, un sujeto despegado de la materia poética, por la ironía o por el humor, y una nueva destreza que ya no se jugaba ni en la rima, ni en la construcción de estrofas, ni en la medida de los versos y en su combinación, sino en el color de las imágenes y en la proximidad, sea por el lenguaje, por

el mundo representado, por los personajes, con el mundo inmediato de los hipotéticos lectores de esos poemas. No todas estas notas les caben a los primerizos poemas de Carlino. Y las que sí, tampoco lo hacen cabalmente. Pero el tono del promedio de sus poemas, la aparición de algunos personajes muy localizados en la ciudad —el almacenero de Mendoza y Moreno, la viejita que vende cigarrillos en Córdoba y Laprida, el basurero, la estatua de Garibaldi en el Parque Independencia indicando el pecaminoso camino del Hipódromo— son señales que muy poco después serán recuperadas por Facundo Marull en el vibrante *Ciudad en Sábado*, de 1941 y, luego, en el impactante «Triste» y, unos años más tarde, por Felipe Aldana, quien en un libro bisagra de la poesía santafesina de mitad del siglo XX, *Un poco de poesía*, de 1949, recogerá esas mismas líneas paralelas de la obra de Carlino y las proyectará, con enorme fuerza, hacia la segunda mitad del siglo. Como si algunos hubieran leído solamente la sección Ciudad —sus imágenes del centro de Rosario («las corbatas de acero» de sus transeúntes) más que sus apocados octosílabos— y otros solamente la sección Campo y, de ella, los hermosos «Versos de juntadores», en los que volvía a emerger la prédica pedroniana.

* * *

En esos mismos años, en 1944, Arturo Fruttero publica un libro originalísimo en varios sentidos: *Hallazgo de la roca*. Original por estar dedicado al filósofo Francisco Romero —lo que supone una salida del sistema autorreferencial de poesía y poetas—. Original por su sección «Tratado de la rosa», compuesta por 23 poemas con un sujeto único cuyos atributos —gracia, candor, pureza, fineza, delicadeza, armonía, belleza— son presentados en tiradas no consecutivas de octosílabos, eneasílabos, decasílabos, endecasílabos, dodecasílabos y alejandrinos, contribuyendo, los metros, a la armonía formal del objeto celebrado, en oposición, tiene su gracia eso también, a las otras flores

—clavel, violeta, acacia, margarita, arvejilla y, aun, cómo no, la orquídea del lamento de Castellani— ninguna de las cuales cumple, al fin, con la forma de la rosa. Por eso, dirá Fruttero, es que Dios la creó. Y originalísimo su primer poema, «Canto al dedo gordo del pie»:

Ya que no tu gordura, tu belleza/ Tu adecuación perfecta, tu armonía/ Con-
natural y antigua,/ Canto.

Los mismos versos medidos, el mismo afán armónico. Pero no ahora dedicado a una rosa universal sino a un vulgar —y propio— dedo gordo del pie. El objeto ya había sido tratado por Roberto Arlt en una de sus célebres agua-fuertes, «Soliloquio del solterón», publicada en el diario *El mundo* el 8 de julio de 1931 y que tal vez, por qué no, Fruttero haya leído: «Me miro el dedo gordo del pie, y gozo».¹¹ Pero la forma del aguafuerte, el sujeto de la misma, tirado en el camastro de una pensión, empezando el día, y la acción con respecto al dedo —mirarlo, y gozar— son, al fin, menos disonantes que la forma del poema de Fruttero, su sujeto, y su acción con respecto al dedo: cantarle. Esa suerte de disociación —un tema arltiano, una resolución frutteresca— es la que marca la potencia del poema y la perduración del nombre de su autor, quien como Aldana, también será recuperado mucho después, como victorioso antecedente, por las vanguardias de los años 70. Cuatro años más tarde de la muerte de Fruttero, en 1967, Hugo Padeletti publica en la *Revista de Historia de Rosario* un ensayo sobre «La poesía de Arturo Fruttero» que incluye una, en este contexto, desorbitada novedad: el poema «Fruttero se va al campo». Contrariamente a Pedroni y a sus seguidores, que traían sus personajes —los labradores de Carlino, los juntadores de Aldana— del campo a la ciudad, Fruttero carga en el bolso a Sartre, Platón, la teoría de la relatividad, Whitman, Hegel, una foto del Museo Castagnino y un termo con agua del río Paraná, y se los lleva al campo.

Es improbable que Fruttero, que en los años 30 estudiaba en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario, donde conoció a Francisco Romero, haya leído los poemas ciudadanos de Carlino, publicados en la izquierdista editorial de Buenos Aires, Claridad. Pero vale anotar como antecedente de «Fruttero se va al campo», si es que, como creemos, muchas veces los poemas hablan solos entre ellos, sin la intermediación explícita de sus autores, el poema «Hacia afuera» con que Carlino cierra *Cara a cara*. No sólo el título cita el del primer libro de Hernández sino que, como en un eco anticipatorio del poema de Fruttero dándole, de paso, dimensión intertextual a la poesía de la provincia, Carlino, él también:

Me voy al campo. Me voy/ hacia el aire, hacia el sol,/ hacia la vida plena y distendida,/ como a una cita de amor.

Pero Carlino —quien, como vimos, refuerza la línea eglógica de la poesía de Santa Fe, inaugurada por Pedroni y abre, a su modesto modo, la vanguardista ciudadana— no es el único que se manifiesta, sin más, como discípulo del poeta de Gálvez. También a mediados de los años 40 comienzan a circular los poemas de Julio Migno, quien abre —y cierra— una línea no explícitamente presente en la obra de Pedroni pero definitivamente impulsada por su difusión y prestigio: la criollista. Los octosílabos de Migno, con rimas sencillas, aptos para la memorización, el recitado y el canto, con evidentes ecos de la gauchesca, amplían el registro del modelo y, de paso, también, la franja de personajes: campesinos, pescadores, hacheros, marginales y explotados, casi siempre ausentes en la llanura progresista e ideal de Pedroni. A fines de los años 40, bajo el seudónimo Ana María del Pinar, Amelia Biagioni publica tres poemas de significativos título y factura: «Color de mayo en Gálvez», «Romance de mi ciudad sin río» y «Mi patria, la del trigar». Y en 1953, finalmente con su firma, «Palabras a José Pedroni, desde Gálvez». Esos poemas, recién

recogidos en libro en *Poesía completa*, en 2009, no sólo marcan, sin embargo, por su temperatura afectiva y la soltura y ligereza de sus octosílabos, endecasílabos y alejandrinos, uno de los puntos más altos de toda su obra sino que también funcionan como una suerte de puerta de salida del pedronismo: un reconocimiento que es, también, un abandono hacia una poesía definitivamente lírica, no referencial, desatada de toda marca territorial. Beatriz Vallejos, pocos años más joven que Biagioni, publica su primer libro, *Alborada del canto*, en 1945, y se propone, desde entonces, consecuentemente, en cada uno de sus libros, lo impensado: una abstracción del paisaje no desafectada de su localización. El mejor ejemplo de esa búsqueda se encuentra en *Pequeñas azucenas en el patio de marzo*, firmado en San José del Rincón en marzo de 1985 y dedicado:

al anillo de agua:/ la Setúbal, el Leyes,/ el Ubajay, el Colastiné,/ en la permanencia de memoria viva/ donde estos poemas fueron y son.

Los poemas tienden a la abstracción, desasidos de toda referencia que, sin embargo, a la autora, así sea en el margen de la firma y la dedicatoria le importa dar a conocer. En esta misma línea, más tarde, se inscribirá la obra de Kiwi, seudónimo de Héctor Rolando Rodríguez, a quien Vallejos le dedica un libro, *Ánfora de Kiwi*, también de 1985, destacando su doble condición de «poeta y alfarero» y tal vez, también, proyectando en él la doble condición de la misma Vallejos: poeta y laquista. Y afirmando, de paso, una relación con la poesía más de tipo artesanal y alejada, entonces, de la impronta intelectual —poetas, pero también traductores, ensayistas, profesores universitarios— de quienes, pocos años más tarde, cerrarán filas alrededor de la figura de Juan L. Ortiz.

* * *

A mediados de los años 50, el joven Juan José Saer visita a Pedroni:

Toqué el timbre, esperé tembloroso un momento, y cuando me abrieron y me invitaron a pasar, al transponer el umbral, entré, a la vez, con el mismo paso inseguro, en la casa de José Pedroni y en la literatura.¹²

Pedroni ya no es el poeta discreto y sencillista de los años 20. Es, ahora, uno de los escritores e intelectuales vinculados al Partido Comunista Argentino, junto con, entre otros, José Portogalo, Luis Gudiño Kramer, Emma Barrandeguy, Amaro Villanueva, Raúl González Tuñón y Juan L. Ortiz.¹³ Y los viejos versos de *Gracia plena* tal vez no lo representen del todo, pese a que muchos de ellos formen parte de la memoria colectiva de los santafesinos y que sean, en perspectiva, los que más haya querido su autor si, al fin, como anotó en su presentación autobiográfica:

El recuerdo del hombre dirá cuál es el mejor de mis poemas. Pienso que ha de ser donde mi semejante de hoy y mañana se reconozca. La gloria no es más que un verso recordado.¹⁴

Los nuevos poemas de *El pan nuestro*, de 1941, y de *Monsieur Jaquin*, de 1956, son los que mejor manifiestan sus renovadas inquietudes sociales. Y contienen, sobre todo el primero, varios poemas, como «Taberna», «Paga», o «Canción de lavandera», que compiten en popularidad con los de *Gracia plena*. Pero los jóvenes, respetuosos de su obra y, sobre todo, de su figura —y es posible que su militancia y su acercamiento a la Revolución cubana hayan contribuido a esa estima— se encuentran ahora más próximos a otro maestro: Juan L. Ortiz. Comunista, como Pedroni, pero practicante de formas más elusivas, menos afirmativas, más próximas, además, a las noticias que venía difundiendo, en esos mismos años 50, la influyente revista *Poesía Buenos Aires*,

Ortiz ejercerá inmediata autoridad sobre una nueva generación de poetas de Santa Fe. Los primeros en ser sensibles a la novedad —y en difundirla— fueron Francisco Urondo y Hugo Gola. Y fue Gola, quien en la librería Castellví de Santa Fe, presentó a Ortiz al joven Saer.

La sociabilidad de los poetas de esos años está signada por el movimiento que se generó poco después del golpe de Estado contra el presidente Juan Perón en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario: profesores jóvenes, nuevos programas y nuevos objetos de estudio y una radiación desde la Facultad hacia los bares o librerías de las cercanías. Allí se mezclan los poetas que venían de Santa Fe a Rosario —Gola, Saer, Urondo, Rubén Sevlever, Jorge Conti— a estudiar o, simplemente, a participar de la bohemia, con los nuevos poetas de Rosario o que vivían en Rosario: Aldo Oliva, Rafel Ielpi, Hugo Padeletti, que también orbitaban alrededor de la Facultad. De todos, Padeletti tal vez pueda ser visto, en perspectiva, como el disidente del grupo. Menos afecto a la figura tutelar de Ortiz, más alejado del mundo de los bares y de la noche y más próximo a algunos poetas de Rosario, como Fruttero o Fausto Hernández. Estos últimos no formaban parte del interés de los demás, quienes, sobre todo los que vivían en Santa Fe y lo frecuentaban en Paraná, aceptaban, sin cortapisas, el magisterio de Ortiz, cuyos libros de esos años ofrecían nuevas enseñanzas, de amplio espectro. Poesía política, pero no de trazo grueso ni apta para ser leída en barricadas o comités; poesía narrativa, con personajes e historias, pero con enorme concentración lírica, que detiene la velocidad o fluidez posible del relato; poesía experimental —largo de versos, signos de puntuación, diccionario— en relación con objetos sociales, políticos o ideológicos que rompían o desviaban el ansiado recogimiento, propio del género. Una caja, como se ve, suficientemente ancha en la que encuentran su origen o, más precisamente, parte de su origen, poéticas, al fin, totalmente disidentes en su formulación. Pero además del magisterio de Ortiz, a la época la marca el vínculo solidario de los poetas.

Las enseñanzas de unos a otros que terminan conformado una red. Saer, sobre Padeletti:

Por ejemplo a mí me gusta muchísimo la poesía de Hugo Padeletti, sobre todo algunos poemas que me parecen extraordinarios, como «La atención» o «Palmera». Me gustaba mucho un poema de él que decía «La perdiz fue atrapada en esta tierra reseca,/ los moncholos en este sauce,/ y dónde están los hombres...». Aparecía en ese poema «la corriente fugitiva», que yo lo puse después en un poema mío y se lo mandé, y se lo dediqué. Parece nada, es casi un lugar común, pero en el poema de Hugo era un verdadero impacto.¹⁵

El impacto de un verso o de un poema de uno, que estimula un verso o un poema de otro. El grupo —es importante pensarlo como tal, porque además será el primer gran grupo de poetas de Santa Fe, no de una ciudad, sino de la provincia, si sumamos lugares de nacimiento de los poetas, de formación, de residencia, espacios referenciados en los poemas y sus enormes proyecciones, dentro de las nuevas promociones de poetas, también de la provincia, más allá de las nacionales, que también las tuvo— no se apoyó en una publicación común, en un manifiesto, en una editorial, ni siquiera tuvo un nombre y no es claro que aquellos a quienes vemos ahora conformando una comunidad se pensarán a sí mismos como parte de alguna. Y las tenues publicaciones de la época —la revista *Pausa*, dirigida por Rubén Sevlever, que salió entre 1957 y 1961, *El arremangado brazo*, de 1963, propiciada por, entre otros, Ielpi y Oliva, o *Alto aire*, de 1965, dirigida por Juan Manuel Inchauspe, Gary Vila Ortiz y Luis María Castellanos— sólo parecen titilantes fulguraciones de un fenómeno más potente que tal vez sólo pueda reconstruirse siguiendo el camino que señala Saer: el de las dedicatorias de los poemas. Urondo dedica su poema «Arijón», publicado en *Nombres*, de 1959, a Juan L.

Ortiz y a Hugo Gola; Ortiz titula dos poemas de los años 60 del libro *El junco y la corriente*, «A Juan José Saer (En su casamiento)» y «A Hugo Gola (por sus 25 poemas)»; Saer, su libro *El arte de narrar*, de 1975, a Juan L. Ortiz y a Aldo Oliva y, del mismo libro, el poema «Octubre en Tostado» a Hugo Padeletti y «Diálogo bajo un carro» a Rafael Ielpi; Ielpi dedica su libro *El vicio absoluto*, de 1966, a Quita (Noemí Ulla), Aldo (Oliva), y Daniel (Wagner); Oliva, su libro *César en Dyrrachium*, de 1986, a Juan José Saer, y poemas de ese mismo libro a Jorge Conti y a Noemí Ulla; Jorge Conti en su libro *Poemas*, de 1962, dedica poemas a Rafael Ielpi, Juan José Saer y Aldo Oliva; Hugo Padeletti, su poema «Todo es tesoro en nuestra propia casa», de su libro *Poemas 1960-1980*, a Aldo Oliva y, como en una retrospectiva, su libro *Guirnaldas para un luto*, de 2015, a la memoria de, entre otros, Hugo Gola y Juan José Saer. Y, como en una exaltación, el bar Ehret, de calle Santa Fe entre Entre Ríos y Mitre, a la vuelta de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario es, él mismo, sujeto de dos poemas de Oliva: «Epigraphica del Ehret» y «La jornada en el “Ehret”», este último dedicado a Jorge Conti, quien, a su vez, dedica un libro inédito de 1961-1963, *Cantor triste de ciudad*, «Al Ehret».

De todo el grupo, en esos años, la de Ortiz fue la figura más visible, a lo que contribuyó el tamaño de su obra, su edad —tenía más de 60 años cuando el mayor de sus compañeros, Gola, tenía la mitad— y el originalísimo personaje literario que había construido y que daba, también, espesor a la circunscripta circulación de sus poemas. Cabe, por cierto, antes de continuar, precisar que no se trata de quitarle a Entre Ríos su máximo escritor e importarlo a Santa Fe. Sino de calibrar que fueron santafesinos —Gola, Urondo, Saer— sus seguidores y discípulos más creativos y consecuentes. Que fue Santa Fe, justamente a partir de la obra de esos discípulos, la caja de resonancia más importante de su obra. Que, descontando a otros grandes lectores de Ortiz como Carlos Mastronardi o Alfredo Veiravé, fueron críticos de Santa Fe los mayores estudiosos de su obra.¹⁶ Que fue en Santa Fe donde se publicó *En el*

aura del sauce, por la Editorial Biblioteca de Rosario en 1970, bajo el cuidado del editor rosarino Rubén Naranjo. Que fue, otra vez en Santa Fe, ahora en la ciudad, donde se publicó la edición hasta ahora definitiva de sus *Obras completas*, por el Centro de publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, en 1996, bajo el trabajo de edición del santafesino Sergio Delgado. Y que, así como podemos afirmar, no que el nicaragüense Rubén Darío sea un escritor argentino, pero sí que la obra de Darío no sería igual sin el apañamiento de escritores, editores y público argentino. Y que la poesía argentina del siglo XX, como en el revés de esa misma trama, no se puede pensar sin la figura tutelar de Darío, eso mismo podemos decir de la obra de Ortiz, en relación a los escritores, lectores y editores santafesinos y, lo que nos importa más ahora, en relación con la poesía de Santa Fe: que la de la segunda mitad del siglo XX, parcialmente apagado el influjo de José Pedroni, no se puede calibrar justamente sin la figura preponderante de Juan L. Ortiz. Cuyas proyecciones directas en aquellos autores que siguieron la composición y las publicaciones parciales de sus últimos libros, lo visitaron, fueron sensibles a sus enseñanzas o, aun, como en los casos de Oliva o de Padeletti, específicamente refractarios a ellas, marcan el cierre conceptual y cronológico de esta antología. El golpe de Estado de 1966, la renuncia de aquellos jóvenes profesores a sus cargos en la Universidad y el consecuente desdibujamiento de la Facultad de Filosofía y Letras como centro de concentración e irradiación de energía, la partida a Francia en 1968 de Saer, el gran activista del ensamblamiento de poetas de Santa Fe y Rosario, son dos datos fundamentales para objetivar la paulatina disgregación del grupo. La publicación, en 1970, de *En el aura del sauce*, en Rosario, acompañada por una celebratoria «Introducción» firmada por Hugo Gola y una no menos celebratoria reseña firmada por Francisco Urondo en el entonces prestigioso diario *La Opinión*, de Buenos Aires, en su conjunto, dan forma al gran cierre y a la disolución de la red que tuvo, sin embargo, una muy importante e inmediata descendencia.¹⁷ Que no se

encuentra en los discípulos literales —juanelistas, golistas, saerianos— que abundan en toda tradición, sino en aquéllos, que, inmersos en su lectura, se desvían hasta dar con el registro de su propia voz: los poemas discretos, refinados y ultrasensibles de Juan Manuel Inchauspe que, como anota Marilyn Contardi, parecen «la borra o el rastro caligráfico dejado por la materia poética»¹⁸ y los de la misma Contardi, también lectora de Ortiz, de Gola y Saer, en cuyos poemas encontramos, sin embargo, una sensibilidad y afectividad diferentes a las de sus maestros y amigos: la vida cotidiana —el sol que ilumina una taza de té, unos vecinos trabajando, la infancia en el pueblo, los recuerdos fraternos—, vista por un ojo a la vez sincrético y detallista, muy entrenado en la práctica cinematográfica.

* * *

El libro de Ortiz, *En el aura del sauce*, en tres tomos, ya venía anunciándose desde 1968, según puede leerse en el número 2, de julio-septiembre de ese año, de la recién aparecida revista rosarina *el lagrimal trifurca*:

El vacío de ediciones de su obra será cubierto por la aparición de sus Obras completas que publicará la Editorial Biblioteca próximamente.¹⁹

Y hubiera sido el primer título de la colección Homenaje de dicha editorial si su autor no hubiese retrasado tanto la entrega de sus últimos poemas. El desajuste del cronograma editorial tuvo, finalmente, su justicia historiográfica y el primer título de la colección fue la *Obra poética* de José Pedroni, en ese mismo 1968. También fue una justicia poética, pues la reunión de los poemas de Pedroni, su visión de conjunto prologada por Carlos Mastronardi, sirvió como una suerte de puesta en acto de la poesía de Santa Fe y, de paso, un muy apropiado contexto de recepción aun para los libros de la nueva poesía

que anunciaba una publicidad de la misma Editorial Biblioteca en ese número de la revista: títulos de, entre otros, Rafael Ielpi, Francisco Urondo, Rubén Sevlever. El dossier de la revista está dedicado a Ortiz: foto de tapa, presentación de los poemas firmada por Rafael Ielpi, presentación biográfica de Alfredo Veiravé y once poemas de Ortiz, de sus libros conocidos hasta entonces. Su publicación funciona como una especie de engarzamiento entre eso que, en el cuerpo a cuerpo del presente, pasaba a ser si no lo viejo, por lo menos lo anterior, y la noticia que *el lagrimal trifurca* venía a dar como revista que cerraba, a modo de anuncio, a toda página, ese mismo número 2:

Apareció *Mitos*. Poemas. Francisco Gandolfo. En las librerías que venden esta revista.

Mitos y, sobre todo, los dos libros siguientes de Gandolfo, *El sicópata*. *Versos para despejar la mente*, de 1974 y *Poemas joviales* de 1977 son, en este contexto, la impensada novedad. Un tipo de poesía coloquial, ciudadana, que había tenido, en años anteriores, mucha difusión en América Latina, en soluciones divergentes como las del uruguayo Mario Benedetti, el chileno Nicanor Parral o el nicaragüense Ernesto Cardenal, pero regida ahora por una primera persona sin peso autobiográfico ni, por lo tanto, confesionalismo ni sentimentalidad, ensanchando enormemente de este modo las posibilidades del pronombre personal más delicado de la poesía:

Salí de caza/ y mi primer impacto fue para el arco iris,/ que cayó como un
faisán herido/ tiñendo de todos los colores/ la naturaleza recién creada por
la lluvia.

Pero Gandolfo es, él también, un juanelista a su modo, como lo confirman la cantidad de poemas dedicados en esos años «a juanele», visto como un maestro y un tutor que recibe, aún, en su casa de Paraná, como desde mediados de los años 50, a los poetas de Santa Fe:

Muchachos/ suban a la alfombra para volar/ hasta lo del poeta/ que acampa
frente al río para enseñarnos/ cómo vive el sol y se producen las flores

Sensible al campo de sus influencias, el mismo Ortiz, en *El junco y la corriente*, publicado recién en 1970 como parte de *En el aura del sauce* pero compuesto, aproximadamente, entre 1958 y 1961, no sólo dedica poemas, como vimos, a Juan José Saer y a Hugo Gola, sino que incorpora uno, notoriamente anterior, dedicado a aquél a quien él vino a reemplazar, momentáneamente, como maestro y factótum. El poema titulado y dedicado «A la poesía de José Pedroni. En sus treinta años», fecha que hace referencia a la publicación del primer libro de Pedroni, *La gota de agua*, de 1923, funciona, visto en perspectiva, como homenaje pero, también, como visión de conjunto. La de una poesía soberana que difuminada a lo largo y ancho de un territorio, sin demasiada precaución por sus barreras políticas, convierte en símbolo la representación y en entresueño la materia.

Martín Prieto

Agosto de 2018

Notas

1. Borges, Jorge Luis, «Ultraísmo», en *Nosotros*, vol. 39, año 15, n. ° 151, Buenos Aires, diciembre de 1921, reproducido en Borges, Jorge Luis, *Textos recobrados 1919-1929*, Buenos Aires, Emecé, 1997.
2. Pedroni, José, *Obra poética*, Santa Fe, Centro de publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, 1999.
3. Borges, Jorge Luis, «Después de ‘Las iniciales del misal’», en *El Hogar*, Buenos Aires, 14 de junio de 1940, recopilado en Borges, Jorge Luis, *Borges en El Hogar 1935-1958*, Buenos Aires, Emecé, 2000.
4. *Ibíd.*
5. Pedroni, José, «Autobiografía», en *La hoja voladora*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.
6. Castellani, Leonardo, *Horacio Caillet-Bois. Una gloria santafesina. Vida y obra*, Buenos Aires, Ediciones Penca, 1976.
7. Litvak, Lily, «Las flores en el Modernismo hispanoamericano», en *Creneida. Anuario de Literaturas Hispánicas*, Departamento de Literatura Española. Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Córdoba, n. ° 1, 2013. En: <<http://www.creneida.com/revista/creneida-1-2013>> [consulta: 25/05/18].
8. Rodó, José Enrique, «Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra», en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1967.
9. Pedroni, José, *óp. cit.* en nota 2.
10. Carlino, Carlos, «Breve crónica de José Pedroni», en *Comentario*, n. ° 63, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1968, reproducida en Pedroni, José, *óp. cit.* en nota 2.
11. Arlt, Roberto, *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada, 1958.
12. Saer, Juan José, «José Pedroni», en Pedroni, José, *óp. cit.* en nota 2.
13. Alzari, Agustín, *La poesía social de Juan L. Ortiz (1936-1946)*. En: <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1263>> [consulta: 25/05/18].
14. Pedroni, José, *óp. cit.* en nota 2.

- 15.** Saer, Juan José, «La enseñanza de Aldo Oliva era fascinante» (entrevista de Edgardo Dobry), en *Diario de Poesía*, n. ° 70, Buenos Aires, septiembre-diciembre de 2005, recopilado en Prieto, Martín (comp.), *Juan José Saer. Una forma más real que la del mundo. Conversaciones compiladas*, Buenos Aires, Mansalva-Espacio Santafesino Ediciones, 2016.
- 16.** Una lista de los mismos no debería excluir a Luis Gudiño Kramer, Edelweis Serra, María Teresa Gramuglio, Marilyn Contardi, Jorge Conti, Roberto Retamoso, Héctor A. Piccoli, Sergio Delgado, D. G. Helder, Edgardo Dobry, Agustín Alzari y Francisco Bitar.
- 17.** Gola, Hugo, «Introducción», en Ortiz, Juan L., *En el aura del sauce*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1970 y Urondo, Francisco, «Juan L. Ortiz, el poeta que ignoraron», en *La Opinión literaria*, Buenos Aires, 4 de julio de 1971, recopilado en Urondo, Francisco, *Obra periodística*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2013.
- 18.** Contardi, Marilyn, «Manuel, solo de toda soledad», en Inchauspe, Juan Manuel, *Trabajo nocturno. Poemas completos*, Buenos Aires, Editorial Municipal de Rosario-Ediciones Universidad Nacional del Litoral, 2010.
- 19.** *el lagrimal trifurca*, n. ° 2, Rosario, julio-septiembre de 1968, [edición facsimilar, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015].

José Pedroni

Nació en Gálvez en 1899. Vivió en Rosario, San Carlos Norte, Sa Pereira y Esperanza. Publicó, entre otros libros de poemas, *La gota de agua* (1923), *Gracia plena* (1925), *El pan nuestro* (1941) y *Monsieur Jaquín* (1956). Murió en Mar del Plata en 1968. En 1969, Editorial Biblioteca publicó *Obra poética*, con prólogo de Carlos Mastronardi, reeditado en 1999 por el Centro de publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, con prólogo de Juan José Saer.

Suelo santafesino

Dilatado, tendido,
sin altos ni bajos,
éste es el suelo mío,
éste es mi campo.

Es como a mí me gusta,
verde, ancho;
el sol por todo él,
el agua a mano.

Lo conozco en su surco,
en su flor, en su árbol...
Como a la mujer amada,
no podría dejarlo.

Un río lo atraviesa.
Viene del norte, amargo.
Pasa por mí. Su línea
la llevo en cada mano.

Atravesando trigos,
la llevo en cada mano.
Tengo en la mano abierta
mi campo y su bañado.

Lo conozco en su surco,
en su flor, en su grano;
en su nido, en la tierra
y en el árbol.

En su naciente sol,
en su sol alto;
en su luna que duerme
con la liebre, en los pastos.

En su hombre que ara
seguido por el pájaro
que tiene alas de ángel
y es blanco.

En su mujer de pelo de tormenta
o de pelo dorado:
su noche húmeda o su día
soleado.

En su guitarra cada vez más sola,
en su rancho;
en el seno de niña, morenito,
de su mate cálido.

En el dolor de su paloma;
en el deshacimiento de su cardo;
en la puñalada fecunda
de su toro pesado.

Como a la mujer amada,
no podría dejarlo;
como a la mujer amada:
tierra con río y árbol

Sobre él quiero morir;
sobre él, con ella al lado.
Hierba, mujer, arroyo
y sombra de caballo.

Río Salado

Enteramente nuestro,
enteramente indio,
desde la montaña madre
hasta la pampa del gringo.

De espaldas al cansancio,
bajo a ti ¡oh, mi río!
Lávame de toda impureza,
de todo mal designio.

Tuyo es mi cuerpo, como
nacido de ti mismo;
tuyo mi canto,
hecho de silbidos.

Tuyo y de tu orilla
de chañar y aromito
donde el árbol extraño
no tiene sitio.

En tu sal la amargura
del indio,
con su ofrenda frutos
por el suelo, y herido.

En tu retorcimiento
su dolor, hasta el grito.
Círculos de su muerte
tus remansos tranquilos.

Tuyo es mi cuerpo sano,
¡oh, río nativo!
Tus brazos, sosteniéndome,
son de barro cocido.

¡Quién supiera tu nombre,
para decirlo;
tu nombre verdadero,
mucho antes del trigo!

Roto en diez mil pedazos
lo tienes escondido.
No lo hallaremos nunca.
Es nuestro castigo.

Sólo, por entre espinas,
el canto de tu hijo:
¡Oh, Cululú! —reclamo—.
¡Oh, Cululú! —quejido—.

Enteramente virgen,
enteramente indio,
desde el camino del Perú
hasta el camino del gringo.

Sin entregarte nunca,
pasas hundido.
Con lo que no me quieres,
yo te quiero y te sigo.

Dulce es ir a buscarte
a través de los trigos;

hallarte de repente,
como la víbora, dormido.

Dulce es tocarte en el sueño,
¡oh, mi río!

Decirte: —Tuyo soy,
como nacido de ti mismo;
ningún puerto te ensucia;
en ti no orinan los navíos;
blanda de boca es tu canoa;
la cina, su abrigo...

Dulce es ir a buscarte
por angostos caminos;
hallarte, despertarte,
gritarte: ¡Indio!

En la estela de un pez
verte huir, evasivo.

Dulce es alzarte en las manos;
dulce admirarte, limpio;
dulce sembrarte en el aire
como en el surco el lino.

Dulce el día y la noche
caminar contigo,
a lo largo de tu ir y volver
por no llegar a destino.

Boca abajo, en tu arena
se respira el olvido;
boca arriba, en tu cielo
se ven los niños.

¡Quién supiera tu nombre,
para decirlo;
tenerlo entre los dientes,
grano silvestre, frío!

Leguas de llanto indígena
cómo pasan, sin ruido.
La amargura de todas las raíces
está en ti ¡oh, mi río!

De voces torturadas de palomas
es tu camino.

¡Quién supiera tu nombre
—¿triste? ¿sonoro? ¿íntimo?—;
qué pájaro lo canta,
para oírlo!

Roto en diez mil pedazos
lo tienes escondido.
No lo hallaremos nunca.
Es nuestro castigo.

Sólo una voz perdura,
filial, entre espinillos:
¡Oh, Cululú! —reclamo—.
¡Oh, Cululú! —quejido—.

Maternidad

Acordándose también el Señor de Raquel,
oyola e hízola fecunda, la cual concibió y
dio a luz un hijo, diciendo: Quitó Dios
mi oprobio.

Génesis 30, 22-23

He aquí que tu dulce palabra ha sido oída
cuando estaba, en la angustia, por no ser repetida.
En tu estupor, dichosa, te tocas sin querer,
y yo, venido a menos, no lo puedo creer.
¡Ah, tú!, bien que en su noche mi fe te entreveía
como la luz del día;
por algo, desde lejos, el viento del destino
me trajo a tu camino.
Yo dije: —Tengo el alma como una piedra dura,
y la piedra, arrojada, cayó en el agua pura.
Lo mismo hubiera sido
que cayera en el polvo del olvido...—.
¡Oh, no!, por algo grande tu corazón profundo
con toda mi tristeza me sentía en el mundo;
por algo que era santo mi vida fue esperada,
y la tuya, tan suave, para siempre entregada.

Desde que sé, oh amiga, que llevas el misterio,
tu nombre es la caricia de mi semblante serio;
del corazón me vienen palabras de alabanza,
y las manos me tiemblan ligeras de esperanza—
mis manos, como niños que ríen olvidados

después de haber llorado.

Pienso vivir en calma; deseo ser más justo;
quiero quererte siempre; y he aquí que otro gusto
le siento al pan del día, que no en vano se besa,
y al agua del aljibe, y al vino de tu mesa.

Tengo los ojos nuevos, y el corazón. Admiro
las cosas más humildes, y te miro y te miro
sin hablar.

¡Oh, todo por el hijo que tengo que esperar!

Esperar... Es tan dulce la espera acompañada
para quien, siempre solo, nunca ha esperado nada.

Todo en la casa es suave; todo en la casa es santo.
Tu canto, lento y fácil, es un sagrado canto.
—Hay un olor de espiga en mis libros leídos
y olor de santidad en tus vestidos—.
Tu andar, por lo que llevas, se ha vuelto silencioso.
Tus ojos se entrecierran en límpido reposo.
Y en todo sitio dejas tu bienquerer ufano,
que se te pierde solo, como arena en la mano.

Oh, sepan los que sufren de lo que yo he sufrido,
cómo mi vida es mansa con lo que se ha cumplido;
cómo el milagro antiguo de Moisés y la roca
inesperadamente se repitió en mi boca;
porque en mi boca, amigos, esta palabra pura
es como el agua clara sobre la piedra oscura.
Oh, sepan los que tienen una tristeza vieja,
cómo el feliz anuncio desbarató mi queja,
y me dejó lo mismo que saco ceniciento
desempolvado al viento.

Oh, sepan los que llevan al cuello desventura,
cómo en un solo día se perdió mi amargura.
Oh, sepan cómo es fuerte mi mano apresurada,
que quiere hacerlo todo, sin saber hacer nada;
cómo mi voz es dulce, después que fue tan grave;
cómo mi amor es simple; cómo mi vida es suave...

Mujer: en un silencio que me sabrá de ternura,
durante nueve lunas crecerá tu cintura,
y en el mes de la siega tendrás color de espiga,
vestirás simplemente y andarás con fatiga.
—El hueco de tu almohada tendrá un olor a nido,
y a vino derramado nuestro mantel tendido—.
Si mi mano te toca,
tu voz, con la vergüenza, se romperá en tu boca
lo mismo que una copa.
El cielo de tus ojos será un cielo nublado.
Tu cuerpo todo entero, como un vaso rajado
que pierde un agua limpia. Tu mirada un rocío.
Tu sonrisa la sombra de un pájaro en el río.

Y un día, un dulce día, quizá un día de fiesta
para el hombre de pala y la mujer de cesta;
el día que las madres y las recién casadas
vienen por los caminos a las misas cantadas;
el día que la moza luce su cara fresca,
y el cargador no carga, y el pescador no pesca...
—tal vez el sol deslumbre; quizá la luna grata
tenga catorce noches y espolvoree plata
sobre la paz del monte; tal vez en el villaje
llueva calladamente; quizá yo esté de viaje...—.
Un día, un dulce día, con manso sufrimiento,

te romperás cargada como una rama al viento.
Y será el regocijo
de besarte las manos, y de hallar en el hijo
tu misma frente simple, tu boca, tu mirada,
y un poco de mis ojos, un poco, casi nada...

Palabras a mi padre y a su digna herramienta

Padre: aquí me tienes, triste,
pensando todavía
en lo raro que fuiste.

Por haberte servido
sin hablar,
atado a tu silbido
hasta que fui a estudiar,
yo tenía derecho
a tu cuchara de albañil
—la más honrada entre diez mil—;
pero no me la diste:
como la cruz en tu pecho,
orgullo de tu vejez,
ella fue puesta a tus pies
cuando te fuiste.
Y aquí me tienes, triste.

Cuchara,
recuerdo de tu casamiento,
fría como mi cara
cuando corría al viento.

Cuchara,
espejo de honor
de tu bigote polvoriento;
tu instrumento,
tu pájaro cantor.

Cuchara, tu talento,
tu gloria,
tu dolor.

Cuchara, palmatoria;
cuchara, tu cuchillo;
cuchara, batintín
de mi mala memoria;
lengua contra el ladrillo
escupido de cal;
azote del rocín
si trabajaba mal.

Cuchara, tu denuedo;
cuchara, mi callar;
tu credo,
tu alegría;
mi miedo,
mi cantar...
¡Cuchara mía!

Taberna

¡Dejadlos que beban
el vino negro!
Hoy es día de paga,
y el vino es bueno.

Un mes seguido
machando hierro.
En la garganta
tienen el fuego.

A la tierra descende,
tabernero.
De la tierra suban
los jarros llenos.

Vino de uva pisada
por lagareros;
vino que huela a fuerza,
para el herrero.

De la tierra suban
los vinos gruesos.
Con jarros de vino
se mata el fuego.

Ponle a la puerta
tranca de hierro,
y abre la otra
que está en el suelo.

Abajo espera
tonel obeso;
tonel echado:
desnudo cuerpo.

¡Todos a la tierra
de seno fresco!
¡Bajad a la tierra,
herrereros!

Paga

Mamá Angustia, en la puerta,
llora y da de mamar;
llora porque su hombre en la taberna
se está bebiendo el jornal.

No llores, mamá Angustia, que tu niño
bebe tu mal.
Míralo, en la luna de tu pecho,
dispuesto a lloriquear.

Yo iré, si tú lo quieres,
a buscar a tu Juan,
que ha perdido el camino de tus ojos
y no lo puede hallar.
Le diré que tu mesa ya está puesta
debajo del parral,
con su jarra de vino de Mendoza
y su redondo pan...

Pero que nunca llores en la puerta
cuando das de mamar;
nunca las dulces lunas de tu pecho
se hagan lunas de sal.

Tu hombre es un herrero.
Lo debes recordar.

Ventana

¿Por qué esa luz, despierta
en el pueblo dormido?
Pensemos lo mejor:
es tan sólo un olvido.

No sea un niño enfermo
ni un amor afligido.
La luz que no se apaga
sea un recién nacido.

Los muebles del viejo Stura

Al día siguiente, 26, a mediados de la tarde, como culminación de ese movimiento, alrededor de setecientas personas se dirigieron al campo del desalojado y volvieron a reinstalar los muebles y demás efectos de Stura, que habían quedado en un camino vecinal...

“El Lanzamiento de un Colono...”, *La Capital*, Rosario, 2/12/1956.

Luces y gallos y la voz del hombre
reciben al domingo.

Todos los días son iguales
donde florece el lino.

Venid a ver las tres de la mañana
del campo labrantío.

Venid a ver las estrellas
que aquí y allá han caído,
donde las vacas están dando
su leche para los niños.

Oíd el despertar de los tractores
que son los tanques del trigo.

Vuelvo de ver los muebles del viejo Stura
tirados en el camino.

Mi compañero de viaje
me dice versos de Virgilio.

Sabe que el taciturno de Mantua
estuvo de parte de los desvalidos:

“¿Para esto mis campos he plantado?”

“¡Idos lejos de aquí: todo esto es mío!”

Después dice “El embargo”

de nuestro tiempo niño.
Después “Viento del pueblo”
de los días del pobre Federico,
muerto sin culpa, arrodillado,
él y su ángel sorprendido.

Yo, sobre el corazón
reclinado el estío,
miro el campo que gira, las estrellas.
Me digo:
Hijo de hombre, no te afanes.
Échate, hombre, junto al río.
Come en silencio tu pan grande.
Bebe solo tu vino.
No vayas a ver muebles y herramientas
tirados en los caminos.

Ahí estaba la cama de los nacimientos;
ahí la mesa de desnudo pino;
ahí el cuadro de la Virgen
con su ramo seco, de olivo;
ahí el espejo
reflejando el trigo.
Eran las cosas de mi madre
llena de días y de hijos.
Todo era igual que una mujer desnuda
arrojada al camino.

El viejo Stura me miraba
como a quien vuelve arrepentido.
Era mi padre en medio de la calle
con todos sus martillos.

(Cómo se parecen
todos los padres campesinos,
con sus brazos quebrados,
con sus bigotes de filtrar el vino).
Tenía un eclipse de luna
en los ojos sin brillo
y la mano en el pecho
como tapando un tiro.

De repente un reloj
que estaba allí, escondido,
empezó a dar las horas
para la gente del camino.
Eran quinientos hombres y un reloj
junto a un mar amarillo.
Una... dos... tres... cuatro...
De doce puñaladas vuelvo herido.

Mi compañero de viaje
me dice versos de Virgilio
(La noche es blanca y tiene
su liebre muerta en el camino):
“¿Para esto mis campos he plantado?”.
“¡Idos lejos de aquí: todo esto es mío!”.
Dice:
Levantaos, ¡eh, amigos!
Venid a ver las tres de la mañana
del campo labrantío.
Un gallo, y otro, y otro,
cazan estrellas con los picos.
Venid a ver las estrellas
caídas en el trigo.

Mirad cómo las vacas están dando
su leche para los niños;
cómo gira por agua para todos
la flor de los molinos.

1957

Canción de lavandera

1

Mi amor está en la taberna
bebiéndose su jornal.
¡Ay, la bebida olorosa,
color de leche de mar!

La ropa torcida muestra
mi fuerza para matar.
Vacía de sangre déjala
mi torcedura mortal.

¡Por qué no será mujer
mi rival!
¡Por qué no será mujer,
para poderla matar!

Mi enemiga es agua verde,
color de leche de mar.
Sólo tiene de mujer
el olor y nada más.

2

Fuerte como un algarrobo,
tan fuerte que me hace mal,
y tan pequeño bebiendo
en mesa de barajar.

Postura de niño bueno
para dormir o llorar,
su postura en la taberna,
por el suelo su jornal.

¡Hazte mujer, agua verde,
para poderte matar!

3

Sin dormir lavo la ropa
bajo el sol dominical,
que él duerme por mí ocupando
su lugar y mi lugar.

Bolsita de azul, derrámate
en el agua de enjuagar,
donde su blusa de herrero
se enreda a mi delantal.

Bolsita de azul, derrama
tu cielo primaveral,
que está trenzada a su blusa
mi enagua de enamorar.

Su pañuelo de trabajo
con el mío de llorar.

José Cibils

Nació en Nogoyá en 1866. Vivió en Rosario y en Santa Fe. Publicó, entre otros libros de poemas, *Crisálidas* (1895), *Flores nativas* (1903), *Laureles* (1905) y *Auras de salud* (1915). Murió en Santa Fe en 1919. En 1921, en una edición «a expensas de sus amigos y admiradores», se publicó *La canción ideal-Brillazones*, con prólogo de Juan Marzal, Alfonso Durán y Horacio Caillet-Bois.

A Santa Fe

Región hermosa de la Argentina,
noble provincia santafecina,
de honras y glorias bello florón:
mientras te arrullan tus trovadores,
“bouquet” risueño de lindas flores
yo te presento con mi canción.

Traigan los otros a la memoria
cuantas grandezas dice la Historia
que tu pasado puede lucir;
yo, en los delirios de mi estro ardiente,
entusiasmado con tu presente
voy a mostrarte tu porvenir.

Como una alondra mi fantasía,
llena de ensueños y de alegría
entre el encanto de tu arrebol,
en raudo vuelo sube a la cumbre
a ver la clara, fecunda lumbre
que va a ofrecerte el divino sol.

Ya con sus nimbos la excelsa aurora
tus florecientes ciudades dora
y tus colonias besa también,
mientras derrama sus puros lampos
por tus florestas y por tus campos,
que todos llenos de luz se ven.

Ya en tus llanuras se oye el murmullo
de tu progreso, que es un arrullo

de grata y dulce repercusión;
ya venturosos tus labradores
el noble fruto de sus sudores
ven con inmensa satisfacción.

Ya están brillando como un tesoro
de tus trigales los mares de oro
que son los dones que da la paz,
y ya vibrante, por tus confines,
como la diana de tus clarines
se oye el silbato del tren audaz.

Ya de extranjeras tierras lejanas
van aumentando las caravanas
de los que vienen en ti a vivir
de los que quieren, región bendita,
en tu comarca cosmopolita
gozar dichosos tu porvenir.

Ya con su credo republicano
tu altivo pueblo consigue ufano
ir señalando su evolución,
que es la conquista de sus derechos
y es como el fruto de aquellos hechos
que consagraron su redención.

Entre esas nobles laboraciones
y entre esas bellas irradiaciones
que en tu presente se ven brillar,
como un portentoso, radiante y puro,
el sol glorioso de tu futuro
con sus grandezas va a fulgurar.

Rasgó su velo mi mente inquieta
y mi pupila, que es de profeta,
fue sus secretos a sorprender,
para que alegre mi lira amante
pueda decirte con voz vibrante
lo que el futuro me deja ver.

Veo en el fondo de su hondo arcano
tu gran progreso lucir galano
rico de pompas y de esplendor;
veo a tus hijos, nobles y buenos,
con santo orgullo de ciencia llenos,
dando a tu nombre gloria y honor.

Veo a las razas establecidas
sobre tu suelo, ya engrandecidas
por tus alientos de libertad,
practicar libres sus religiones
mientras realizan las comuniones
con que soñara la Humanidad.

Veo en tu inmensa feraz llanura
desenvolverse la agricultura
con crecimiento tan colosal,
que te presenta como el granero
más afamado del mundo entero
por tu abundante, rico cereal.

Veo ciudades tan populosas
en tus regiones maravillosas
como es hoy Londres, como es París,
y en ellas veo lucir las Artes

con cuyas obras por todas partes
fama consigue todo el país.

Veo tu imagen llena de gloria
mostrar al mundo la gran victoria
de un pueblo altivo, culto y moral,
que si fue grande por su heroísmo
y fue potente por su civismo
por su trabajo se hizo inmortal.

¡Sueño sublime! ¡Visión divina!
que en tu comarca santafecina
como un prodigio miro lucir,
yo, que tus glorias amo y bendigo
yo, que en mis dulces versos te digo:
—“Será grandioso tu porvenir”.

Horacio Caillet-Bois

Nació en Buenos Aires en 1898. Vivió en Buenos Aires y en Santa Fe. Publicó *Poemas* (1920) y *Las urnas de ébano* (1921). Murió en Santa Fe en 1968.

Elogio de Santa Fe

I

Dulce ciudad, ciudad desvanecida,
Vergel antiguo, pazo solariego,
Vetusto alcázar donde aún anida
El especioso aroma del espliego.

Yo no sé qué remoto sortilegio
Puedan tener tus calles coloniales,
Ni qué niebla sutil es privilegio
De tus viejas casonas señoriales.

Yo no sé de qué cofre misterioso
Se difunden los oros de tu ocaso,
Ni qué dulces sandalias de reposo
Calzaron tus cansados pies, de raso.

Yo no sé con qué tintas opalinas
El añil de tus cielos decoloras
Para cubrir de pálidas cortinas
La ventana irreal de tus auroras;

Ni qué nube de bálsamo oblatorio
La noche azul eleva en tus confines
Para cubrir el tálamo ilusorio
Que nos tiende el amor en tus jardines;

Ni al escuchar Dios sabe qué leyenda
Te enardeces de pronto a sus ejemplos

Para abrir a los lados de tu senda
Los sepulcros vacíos de tus templos...

Yo sólo sé que en tu señero ambiente
Pasa el ritmo del mundo sin alarde,
Y que en la seda de tu paz se siente
Latir más puro el astro de la tarde.

Yo sólo sé que bajo aquel beleño
Que envaguece de luz tu faz sombría
Suena mejor mi advocación de ensueño:
—“Brujas-la-Muerta de la patria mía...”

Yo sólo sé que en la vetusta estancia
Donde reposan tus guerreros lares
Tienen todas las cosas la fragancia
De las viejas alcobas familiares.

Yo sólo sé que las agujas hilan
De tus relojes un joyante velo.
Y al litoral del trópico encandilan
Las magníficas lunas de tu cielo;

Yo sólo sé que en la vitela antigua
Que aforra tus blasones empolvados,
Y en el rojo damasco que atestigua
La visión secular de tus estrados,

Flota aún el recuerdo venerable
De aquella edad de gola y cofradía
Como dura en la pátina del sable
La vejez del Señor que lo blandía...

II

Suena aún, como un doble de atabales
Y de bárbaras cajas pregoneras,
La hazaña de los rudos senescales
Que a estos predios trajeron sus banderas.

Tras el pendón del fiero Adelantado,
Como detrás del cóndor los neblíes,
Cayeron en las armas del soldado
Las tribus de los indios calchaquíes.

Y ante la Cruz desnuda de su espada
Por la gracia de Dios y de rodillas,
Fundó Garay, bajo la selva alada,
Esta nueva ciudad de ambas Castillas.

Mas en felino acecho los salvajes
Enherbolando flechas y azagayas,
Entre tupidas abras de follajes
Oteaban con rencor las atalayas.

Y la ciudad, con evasivo paso,
Fue dejando los páramos bravíos
Para buscar en otro rumbo, acaso
La hospitalaria margen de los ríos...

III

Así la vida recobró sus fueros,
Y en la paz colonial llena de aromas

Floreció con sus blancos jazmineros
Y sus naranjos de sabrosas pomos.

Desde el predio solar de sus maniguas
Hasta los muelles de sus viejos puertos,
En un desborde de ánforas antiguas
Volcó, sobre los ríos, sus desiertos.

Devota del Señor y de las leyes
En su vida —crisálida sin orto—
Vio discurrir sus diminutas greyes
De novena, chorrera y calzón corto.

Y en esa hora mustia y anacrónica
De empolvados recuerdos peregrinos,
Se detuvieron, con la cuerda afónica,
En el reloj del Tiempo, sus destinos...

IV

Hoy vivimos quizá los mismos años.
La vida aquélla se prolonga en ésta.
—(Tratamos de enjorar el cumpleaños
Con un poco de púrpura y de fiesta)...

¡Oh, ciudad de mi infancia que aún no has muerto;
Vives la insomne vida de las hiedras
Pues has llegado hasta ese linde incierto
Donde cuentan los años por las piedras!

¡Oh, simétricas calles y alamedas;
Plazas de césped a cordel trazadas;
Tiendas, comercios, bares y almonedas,
Casas del centro limpias y ataviadas:

Nada sois junto a aquellos viejos lares
Desde cuyos aleros de baldosas
Los naranjos, floridos de azahares,
En tálamo nupcial nievan las losas...

Viejo Cabildo, que otro tiempo fuiste
Reliquia inmemorial de nuestros fastos
¡Oh, no quieras saber lo que hoy existe
Donde antes fueron tus solares vastos!

¡Reloj de San Francisco, cuyo inerme
Cuadrante de marfil, es un abismo,
Y en cuya caja sepultado duerme
Para siempre jamás el Tiempo mismo:

Sobre la misma rueda de engranaje
Siguiendo tu camino numerado
Sólo Dios sabe qué profundo viaje
De siglos y de siglos has marchado...!

¡Muros de aquella misma sacristía
Llenos del oro interno de las Arcas
Donde el cebado tigre se escondía
Para asolar la paz de estas comarcas!

¡San Antonio, vetusto cementerio
Del antiguo jardín entapialado,

Florecido de rosas de misterio
Como un viejo esqueleto coronado!

¡Colegio de los Padres jesuitas
Junto a cuyos grietados corredores
Se cubrían de rosas las ermitas
En plenitud de gajos trepadores:

Entre tu viejo templo de sillares
Y tu envigado pórtico de antaño,
Dentellaban tus muros seculares
De ventanas, cerradas todo el año!

¡Oh, las tardes divinas de tus huertos,
Y la luz matinal de tus cornisas,
Y tus patios profundos y desiertos
En las horas de clases y de misas!

¡Oh, Colegio que abriste la quimera
De mis ensueños al azul inmenso
Para evocarte allí donde yo quiera
Me bastará el aroma del incienso!

¡Santo Domingo... San Francisco... Abuelas
Que vais a las novenas vespertinas;
Calle Amenábar llena de cancelas
Y de viejas casuchas peregrinas!...

Allí la tapia de leproso manto
Tras la cual, como bajo un sortilegio,
Duerme empolvado el surtidor de encanto
Bajo la aguja de un ciprés egregio.

Más allá la casona linajuda
Desde cuya terraza hasta la tapia
La doble hilera de árboles saluda
Con etiqueta llena de prosapia.

Acullá, sobre el río, las viviendas,
Y las islas al pie de las barrancas;
Y bajo el sol, como otras tantas prendas
Tendidas a secar, las naves blancas...

Y en esas tardes llenas de misterio
Bajo el añil cerúleo del paisaje,
Cuando una enorme paz de cementerio
Tremula en la ciudad como un cordaje,

Nada es igual al eco con que, entonces,
Sobre el mar de tejados coloniales
Se prolongan, unánimes, los bronces
De las viejas campanas parroquiales...

Y a veces cuando al largo de una calle,
Donde ven las persianas sin ser vistas,
Pasa un grupo de hermanos de La Salle
O algún colegio de seminaristas

La sombra conventual que se acrisola
Nos tiende velos de ilusión tan grandes,
Que semeja la calle, triste y sola,
Un beaterio místico de Flandes...

V

¡Santa Fe, Santa Fe, ciudad reclusa,
Ciudad hecha de aroma y de misterio.
Para el huérfano amor, soñada incluso
Llena del humo azul del sahumero:

Cuando deje tus mágicos vergeles,
Cuando haya de partir ya sin remedio,
Cuando suelten amarras mis bajeles
Tras esa linde azul del otro predio,

Entonces quiero que tu tierra guarde
Mi sepulcro mortal eternamente,
Con la cabeza vuelta hacia la tarde
Y los cansados pies hacia el oriente!...

Mayo de 1918

La plaza de los suicidas

... Y pensar que esta plaza de los Constituyentes,
De acacias pensativas y efímeros rosales,
Sea el teatro de todas las muertes pasionales
Que agravan la tristeza de estos barrios silentes.

¡Cuántas vírgenes locas y cuántos imprudentes
Se unieron en la muerte por estos andurriales:
Dos sombras al crepúsculo, dos sombras habituales;
Y, de pronto, dos tiros y dos cuerpos yacentes...!

Yo pienso en los suicidas que vendrán a estos bancos
Y les prendo en el alma mis dos cirios más blancos.
¡Muchas flores cayeron al pie de estos jardines

Y otras muchas la Muerte se llevará mañana!
Que cuando una concluye su existencia temprana
La sangre escribe al lado, como en los folletines...

Alfonsina Storni

Nació en Capriasca (Suiza) en 1892. Vivió en San Juan, Rosario, Coronda y Buenos Aires. Publicó, entre otros libros de poemas, *Inquietud del rosal* (1916), *Dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919) y *Ocre* (1925). Murió en Mar del Plata en 1938. En 1949 la Biblioteca Argentina Dr. Juan Álvarez publicó el volumen *Seis cantos a Rosario*, donde se dan a conocer, por primera vez, los poemas que se incluyen en esta antología. En 1999 editorial Losada publicó *Obras completas*, con prólogo de Delfina Muschietti.

CANTO A ROSARIO

El puerto

Ciudad del bello río, de las altas barrancas,
las rojas chimeneas, y de las bolsas blancas.

Cuando era adolescente, allá en tu negro puerto,
vi los buques cargados bajo aquel peso muerto.

Unas tras otras, bolsas, el gran buque tragaba,
harina... trigo... ¡cuánto!... Yo era pobre: miraba.

Veía el vientre abierto del buque, la abertura
cuadrada, que robando se estaba tanta albura:

Trigo de Buenos Aires, de Santa Fe, que iría
a tierras de otros hombres, por la anchurosa vía.

Trigo para la Francia, para Inglaterra; para
la tierra en oro rica, pero en mieses avara.

Agrupadas las bolsas en los grises galpones,
daba miedo mirarlas: ¡eran tantos millones!...

Salían las maderas del Norte, los quebrachos,
como el hierro de duros, los cortados lapachos.

¡Oh los días febriles de tu puerto, Rosario,
de tu puerto apiñado con tanto buque vario!

Los buques impacientes que a vaciarte venían,
como seres nerviosos, entraban y salían.

y signados sus cascos con distintos idiomas,
dejaban en las aguas sus manchas policromas.

Recuerdo al vagabundo que, mano en el bolsillo,
descansaba los ojos sobre un casco amarillo.

Recuerdo al rapazuelo que comía naranjas
frente al plomizo barco. Veo las rojas franjas

de las proas audaces, que, dormidas entonces,
se movían al toque mandador de sus bronces.

Veo los negros buques de nombres extranjeros,
las banderas extrañas, los rubios marineros,

las chimeneas anchas, cortas, tremendas, como
la boca amenazante de un negro cañón romo.

Recuerdo el gris plomizo de las tardes pesadas,
los quinchés afanosos, las aguas enfangadas;

los faroles rubíes de los barcos pequeños,
los labios que se untaban con ayes santiagueños,

con tangos bonaerenses, baladas alemanas,
blancos aires noruegos, canciones italianas.

Y oigo chirriar las grúas, deslizarse las zorras;
mientras los peones pasan, las cabezas sin gorras.

Y mientras este puerto, rico, cosmopolita,
nutre la ciudad toda, que por él se agita,

debajo de los buques, y los muelles lamiendo,
las aguas del gran río van sus ondas siguiendo.

Viene el gran río pardo de lejanas montañas,
y al nacer es un hilo; más se acerca, y hurañas,

las orillas le huyen y así, cuando te enfrenta,
ciudad, ya no es un río, ¡es un mar que te tienta!

¡Es un mar que te tienta!... Que me tentó diría,
ciudad donde naciera, precoz, la rima mía.

Quizá nació mirando cómo el ágil navío
perdía en las nieblas grisadas del río.

Iba a lejanas tierras, que yo jamás vería,
porque era miserable. Para vivir, cosía.

Iba a lejanas tierras, bajo el azul del cielo,
y era un pez elegante, como forzado a vuelo.

Yo presentía el oro del sol cayendo a plomo,
la blanca vía láctea nevando allí en su lomo.

Y mandaba a mi espalda de adolescente: ¡brotal!
¡Dame el poder alado de una fina gaviota!

¡Déjame que me vaya tras el buque volando!
Pero mi espalda, humilde, se encogía temblando,

mientras que el barco era, ya lejano y deshecho,
más que una forma, ¡el negro suspiro de mi pecho!

Así, ciudad, el puerto que enriqueció tus seres
también ha dado angustias, si ha dado mercaderes.

Valga esta angustia mía, que me movió la pluma,
el oro que no tengo, la suerte que se esfuma...

Alberdi

El pueblo aristocrático, que duerme en tus afueras,
te paga con sus árboles tu falta de praderas.

Rectas calles, bordeadas de florecidas quintas,
parecen prisioneras entre dos verdes cintas.

Tu centro bullicioso que aturde, rueda y grita,
sueña con estas calles donde nadie transita.

Pueblo de veraneo tapizado de hiedra,
en cuyo césped gozan las mujeres de piedra!

Cae el sol dulcemente, en las tardes heladas
sobre los caserones de ventanas cerradas.

Caserones que en cambio, sueñan acaso un poco,
¡oh, centro de Rosario, con tu bullicio loco!

Mas si la primavera mueve su mano rosa
el caserón se ciñe de cintura olorosa.

Descerroja sus puertas, separa sus pestañas
Y sus cuadrados ojos contemplan las mañanas.

Pronto en la abandonada casa de veraneo,
suenan las risas claras y alegres de recreo.

Cuando el viajero pasa, bajo los corredores,
ve las criaturas finas, coronadas de flores,

ve las hamacas lentas, perezosas, en donde
la forma delicada de la joven se esconde.

Ve la silueta grave del señor de la casa
que, contemplando hormigas, por los caminos pasa.

Mecido lentamente por los rumores varios,
oye el gorjeo limpio de los dulces canarios.

huele la tierra fresca que mojó el jardinero
y confunde mejillas con las rosas de enero.

Sobrias quintas inglesas, palacetes modernos,
eucaliptus antiguos y paraísos tiernos;

elegantes casitas con jardines pulidos,
y cortinas muy blancas, y rumorosos nidos.

Confundidas se enfilan por las calles abiertas,
polvorientas y alegres, dormidas y despiertas.

Suele sonar un piano y, toda vaporosa,
poner rosado el aire, una silueta rosa.

A veces ni bien huyen las estrellas de plata,
del matutino cielo, pasa una cabalgata.

Finos caballos criollos, sabiamente montados,
dejan bien pronto lejos los caminos poblados.

¿Cabalgan hacia dónde? Van ellas y van ellos...
no se sabe el destino de los ensueños bellos.

El Saladillo

Un gran río te ciñe de rojizas barrancas,
por donde grandes buques hallan tus puertas francas.

Pero si aquél es sobrio, grave, fiero, orgulloso,
otro pequeño y fino te sirve de reposo.

Y, como si quisiera que añoren tu frescura,
se encapricha y se seca, si te da la locura.

Así, pequeño y todo, se da el lujo de darte
bosquecillos de sauce; esto, para alegrarte.

En festivas mañanas, bellos adolescentes
vuelan sobre canoas livianas, imprudentes,

y sus camisas blancas contrastan con el verde
césped de las orillas que en el agua se pierde.

Bajo el golpe del remo, corta el agua la quilla
y tiemblan las canoas suspensas en la orilla.

Empleados, estudiantes de pesada semana
remando alegremente se pasan la mañana.

Pintoresco, repleto, va llegando el tranvía
donde vienen familias a pasar el día.

Bajo los verdes sauces tienden blancos manteles
y sacan de sus cestas botellas y papeles.

Toman mate, se acuestan para dormir la siesta,
que duermen si el vecino pic-nic no los molesta.

Algazara de obreros, empleados, costureras
juveniles, alegres, bulliciosas, parleras!

Cuando la noche llega los tranvías no alcanzan
para tantos, y a saltos, a su encuentro se lanzan.

Llenan las plataformas, y por las ventanillas,
asoman los sentados sofocadas mejillas.

Tímidas, las mujeres, se quedan rezagadas
y esperando su turno conversan agrupadas.

Requiebros maliciosos les suelta el muchachote
que va en la plataforma, y ellas le ponen mote.

Lloran los chiquilines, somnolientos, cansados,
y los padres los cargan, contentos, resignados.

Y la masa flotante, planchada, dominguera,
no se acuerda que el lunes de trabajo la espera.

A vuelo de pájaro

Enredada a tus calles, a tus plazas, a todo
lo que te integra, tengo mis recuerdos; de modo

que tu viejo colegio, el de La Plata y Salta,
el corazón pesado todavía me exalta.

Y en el frente de tu vieja Normal, la de fachada
amarillenta entonces, ¡cuánto estuve parada!

Se volcaban sus aulas hacia la plaza y era
tanta cabeza joven, fruta de primavera.

Risas, agudas frases, juveniles rencores,
volaban por los grupos de encontrados colores,

que en todas direcciones prontamente dispersos,
buscaban sus hogares, lejanos y diversos.

Y allá en tu cementerio, de ricos y de nombres,
aquel que está cansado y no quiere más hombres,

cuyos mármoles —muchos de un artista brillante—
glorifican los restos del llegado emigrante,

se despertó mi gusto por la línea pagana...
allí, donde la línea quería ser cristiana!

Alguna vez mi mano, con sagrado respeto
tocó el cuerpo del mármol al sepulcro sujeto,

y la emoción divina de la línea perfecta,
si bebida en la Muerte, fuéme la predilecta.

Pero también tus calles, soleadas, suburbanas,
recorrí alegremente en las puras mañanas;

esas que tienen casas de tres piezas, con una
breve pared por frente. Cuando nieva la luna

sobre la enredadera que a modo de cortina,
puso en los corredores la mano femenina,

a la pequeña puerta va la familia toda,
y alguno canturrea la música de moda.

Vese al obrero joven, cuya, la camiseta,
bajo los pectorales que la fuerzan, se agrieta;

el rubicundo niño de caída bombacha,
la criolla enjuta y firme, la vistosa muchacha;

la pareja de empleados que casó para octubre,
cuando tu rosaleda de pimpollos se cubre...

y ella teje una rosa batita de criatura,
y él la mira y sonrío, pues creció su cintura;

en la esquina, descalzos, se agitan los pilletes,
que anarquizan las vías con sonoros cohetes,

mientras por las veredas, y del brazo tomadas,
pasan las obreritas, peinadas y empolvadas.

¡Oh! las dulces retretas de la plaza Laprida
cuya fuente de piedra que a descanso convida,

ocultaba en la sombra a las núbiles parejas!
Sentadas en los verdes bancos, señoras viejas

charlaban del futuro casamiento de Anita,
de Manucha, la Coca... mientras que la bonita

Jovenzuela, que al lado de la fuente de piedra
diera un beso en la boca, y una hoja de hiedra,

llegaba hasta las graves, reposadas señoras,
la cabeza de oro, las manos seductoras.

Sobre el pecho materno la cabeza posaba
y viejo y traje blancos dulcemente soñaba,

mientras que el galán suyo, con sueldo de cien pesos,
y bolsillos vacíos, maldecía a los Cresos!

Tu poesía, Rosario, es la misma poesía
de París: basta un poco de amor y de alegría.

La ciudad

Dije ya de tu puerto, el segundo argentino,
por donde los cereales se procuran camino,

hecho como esperando que en días venturosos
a su lado le crezcan edificios colosos.

Dije de tus galpones, de tus grandes barrancas,
por cuyas canaletas el noble trigo sacas.

Dije de tus galpones, de tus grandes barrancas,
que te ha dado belleza, libertad, poderío;

a un paso del Atlántico, y al interior ligada
por ríos y por rieles, puerta privilegiada.

Pero no había dicho de ti, ¡oh, ciudad joven,
que tienes en tu parque, un busto de Beethoven!

Primero te agrupaste sobre el río: no eras
más que un montón de casas mirando las riberas,

pero violento goce de crecer diole guerra
y, privándolo al río, te corraste en la tierra.

Hoy te integran palacios y, como tus hermanas,
a los siglos te ofreces dividida en manzanas.

Libertada de rieles, para mejor decoro,
es la arteria elegante del buen gusto y del oro.

Nobles moradas, dignas de grandes capitales,
alternan con las chapas de los profesionales,

aseñoradas casas, al bulevar contiguas,
respiran el perfume de familias antiguas,

pero Maipú, la lenta, da ejemplos vitales
en zaguanes patricios y patios coloniales.

En esquinas, veredas, a la tarde apostados,
lanzan miradas tiernas efebos entallados.

y siguen las siluetas, ágiles, tentadoras,
que balanceando salen del salón de señoras...

Pero creciendo sigues; se abren tus avenidas
a momentos pobladas y a momentos raídas.

Al lado de los altos edificios modernos
sufren las bajas casas de múltiples inviernos.

Un terreno baldío... un palacio... una casa...
Así creces sin orden, sin medida y sin tasa.

Mas si por las afueras te nacen largos brazos
tu centro no es promesa ni se integra a pedazos;

todo en uno, levanta sus cúspides audaces,
las que lucen, gloriosas, las ciudades capaces:

centro moderno, activo, de ciudad fuerte y nueva
que a cada instante se alza, se mejora, y renueva,

parte en dos su damero, Córdoba, la mimada,
por tu mundo elegante transitada y sitiada.

En la plaza de Mayo toma su aristocracia
y en el bulevar viejo, la abandona con gracia.

Se alzan en sus esquinas bares y confiterías,
erizadas de jóvenes y camaraderías.

Alhajas delicadas, guantes finos, negocios
de lujo, le dan vida y alimentan sus ocios.

Rioja, la interminable, que te descongiona,
tiene los modos bruscos de una activa persona.

Hacia afuera te lanza, con empeño tan fiero,
que su fiebre es un vivo, pintoresco entrevero.

Algo Córdoba abajo, y algo Sarmiento arriba,
por ser útil y humana de elegancia se priva.

Y llena de tranvías, de peatones, de coches,
de empleados desagotas tus calles por las noches;

impaciente, agitada, pone un tajo en sus bases
San Martín, la pudiente, la que enfrena tus ases.

Grandes bancos, repletos a las dos de la tarde,
allí tejen el fuego que te nutre y te arde,

con sus fieles relojes, sus ventanales altos,
y sus cajas de hierro, rigen tus sobresaltos,

giran tus grandes sumas, vigilan tus descuentos,
agilizan tu plaza, pulsán sus movimientos.

Agencias y bazares, grandes tiendas, mercado,
cines, ferreterías, corren por el costado,

de esta calle que viste, cambia, juega, alimenta,
adorna, calza, lustra, gira, comercia y tienta.

Paralelas, vecinas, corren Mitre y Sarmiento,
imitando por ratos, su rudo movimiento.

Calles que al alejarse cuajan en conventillos
de piezas hacinadas y mugrientos chiquillos.

Luego vienen las otras, monótonas, iguales,
con casas enfiladas, sus perfiles vitales,

pero no faltan calles que de pronto se curvan,
cuyo silencio, carros y caballos conturban,

que huelen a forrajes y reciben cajones
blancos y amarillentos con negras inscripciones.

Donde se ven balanzas, al pasar por abiertos
enormes almacenes, que recuerdan puertos,

y en cuya puerta, un hombre, en mangas de camisa,
y un papel en la mano, toma apuntes de prisa.

Calles de casas secas, de lujosos hoteles,
de chapas comerciales, facturas y papeles,

calles grises, portuarias, que destiñen tristeza:
Urquiza, San Lorenzo, pesadas de pereza!

Mas Corrientes, gallarda, ancha y noble avenida,
es un pulmón viviente que te llena de vida.

Con el futuro grande contrajo compromisos,
y está como esperando casas de veinte pisos.

Su adoquinado vientre surca una doble vía,
y por igual camino te llena y te vacía.

Cuando sobre el barrio del Central pone boca,
el olor de las fondas vecinas la sofoca

—de las fondas oscuras, que el Central Argentino
alimenta con tanto viajero peregrino—.

Ya empotrada en el centro, se desquita y te suma
un teatro moderno, de teatros espuma:

tu Colón, con sus graves columnas, sus azules
terciopelos, que animan las sedas y los tules,

de tus blancas mujeres, que en las noches de gala,
más que un cuerpo parecen el tejido de un ala.

Son las mismas mujeres que por el viejo Otoño
de palmeras, pasearon en las tardes de otoño,

y en los corsos de flores, finamente vestidas,
por jazmines y nardos se vieron perseguidas.

Pero sobre esta arteria de mansiones suntuosas,
de blancas escaleras, y jardines de rosas,

se detiene tu centro: los barrios populares,
las fábricas, comienzan a pedir sus lugares,

vienen las casas nuevas, los terrenos baldíos,
las calles enfangadas, los pobres caseríos,

las mansiones humildes de tus bravos obreros,
en tu progreso firme, sin duda, los primeros.

Toma cuerpo Echesortu donde tantos empleados
tienen pulcros hogares, modestos y cuidados;

bulle el enorme barrio de la Refinería,
que acristalina el néctar que Tucumán le envía.

Luce la calle Plata casitas coquetonas,
de florecidas rejas y vívidas cretonas.

Acumula Sunchales fondas, cigarrerías,
cafetines, bazares, tiendas, confiterías.

Y por todos los barrios en formación, lejanos,
el porvenir despliega sus previsoras manos,

y va dejando un muro, un cerco, alguna planta,
una pieza que el dueño con sus manos levanta...

Centro, suburbios, barrios, dicen de tu grandeza,
tus plazas y tu parque de tu sobria belleza;

de tu gusto, tu fina rosaleta, creada,
como para que sólo le baje luz nevada;

de tu fuerza, tu banca, tu puerto, tus graneros,
los jornales que piden tus nerviosos obreros;

el empuje de arriba, y el empuje de abajo
que es en suma equilibrio para el noble trabajo!

Elogio de la raíz

Rosario: te dijeron las cifras oficiales
que grande es tu destino en cosas materiales;

Fábricas y talleres, grandes ferrocarriles,
depósitos, aduanas, actividades miles,

más de media provincia por tu boca respira,
y eres una columna, si no eres una lira.

Decenas de ciudades se aplican a tu seno
y trescientas mil almas padecen tu veneno;

padecen el veneno sublime de tu vida:
¡Mira, ciudad del grano, si no estarás unguida!

¡Mira si el negro hierro que mueve tus talleres,
no contendrá en su médula sollozos de mujeres!

¡oh, no hay hierro bañado por una humana arteria,
que no devuelva en alma, lo que tomó en material!

Espera: si tu fiebre sofocó un poco el alma,
el alma no está muerta, sólo pide más calma.

Aguzas día a día el displicente oído
para el valor más puro: el de un puro sonido.

Tus nuevas bibliotecas, tus jóvenes pintores,
tus finos núcleos de arte, son los anunciadores;

un estremecimiento, el del alma sedienta,
sus dos alas azules en tu espalda aposenta;

¡Toma vuelo!: mas Hugo, para volar, pedía
tierra donde apoyarse, que alma en cuerpo se fía.

Creando un cuerpo preparaste camino;
no hay saltos en la vida todo cumple un destino.

Por la raíz pedestre, a la tierra entregada,
se nutre, allá en la copa, la corola nevada:

Ella puede ser blanca, limpia, y fina, pues tiene
una sierva que a toscos menesteres se aviene.

¿Cuántas corolas puras no estará preparando
esa raíz obscura que vienes despreciando?

Sin preguntar si eran buenos o pervertidos,
admitiste a los hombres de otras tierras venidos.

Padre y madre, y los pobres hijitos, a montones,
de segunda vinieron, en tus rojos vagones.

No sabían leer ni escribir, mas sabían
que corazón y estómago bravamente dolían...

Así viste a los turcos vender sus baratijas,
cuidar los españoles lecherías prolijas,

tus transitadas calles limpiar los italianos,
servir, las emigradas, en tus hogares sanos.

Qué importa, si acogiendo seres menesterosos,
obligas a tu alma a forzados reposos,

y para que viniera tu vasta muchedumbre,
redoblabas tus hornos y activabas su lumbre.

Bellamente cumpliste con tu humano destino
y tienes sed... mañana cumplirás el divino...

¡No en vano allá en tu parque alguna mano joven
ha puesto como un faro, la frente de Beethoven!

Ezequiel Martínez Estrada

Nació en San José de la Esquina en 1895. Vivió en Goyena, Buenos Aires, Bahía Blanca, Ciudad de México (México) y La Habana (Cuba). Publicó, entre otros libros de poemas, *Oro y piedra* (1918), *Motivos del cielo* (1924), *Argentina* (1927) y *Coplas de ciego* (1959). Murió en Bahía Blanca en 1964.

San José de la Esquina

Apenas te distingo, fragmentario
de tan lejano y tan pequeño.
Un poco de memoria y otro poco de sueño
te van reconstruyendo en un plano arbitrario.

La casa amplia tenía
rejas en las ventanas y la luna tras ellas.
Después la galería
y un tapial erizado con vidrios de botellas.

Una tarde llovió con sol. ¡Qué vieja y nueva
esa lluvia de oro, y con cuánta alegría
cantaba yo: “que llueva, la vieja está en la cueva”!
Así sigue lloviendo en mi alma todavía.

Fuera del pueblo, en casa de una vieja. Una pala
de sacar pan. Un horno. Otro chico. Algún juego.
La vieja que pitaba un cigarro de chala.
Recuerdo bien la mano, el cigarro y el fuego.

¿Y algo más? Una fiesta junto a un río. La gente
alegre, el viento a toda orquesta.
Debió ser una fiesta muy triste aquella fiesta
pues mi madre se puso a llorar de repente.

(Un pañuelo de seda cuadriculado, el río,
mucho tierra en el aire y un sol amarillento.
Coches. Gente cantando. Y nada más, Dios mío,
y nada más que el sol, las lágrimas y el viento).

¡Ah, para siempre inmóviles recuerdos tan remotos
que no sé si son míos, si ciertos o de fiebre!
Tengo miedo al tocarlos, porque están casi rotos,
que éste se me deforme y el otro se me quiebre.

Emilia Bertolé

Nació en El Trébol en 1896. Vivió en Rosario, Peyrano, Máximo Paz y Buenos Aires. Publicó *Espejo en sombra* (1927). Murió en Rosario en 1949. En 2006 la Editorial Municipal de Rosario publicó *Obra poética y pictórica*, con prólogo de Nora Avaro.

Cansancio

La ciudad, amigos,
me clavó sus garras:
y así soy ahora
de turbia y de extraña.
Tornáronse crueles
mis pupilas claras,
y amarga se hizo
mi boca rosada
que sólo sabía, compasiva y buena,
de dulces palabras.
Ocultan mis manos
bajo el guante tibio de piel perfumada,
las uñas agudas cual finos puñales
como una amenaza.
Y tras la sonrisa,
—sonrisa brillante, perfecta, mundana—
bosteza el profundo
cansancio de mi alma.

Atardecer

El coche me conduce blandamente
por la calle dorada, azul, violeta.
Ya se acercan los árboles queridos
y el verde húmedo de las praderas.

Está punzante el viento de tan fresco.
¡Qué delicia sentirlo entre las trenzas
y beberlo como un sorbo de agua
con la boca entreabierta!

El coche me conduce blandamente;
se ha tornado la calle más desierta
y a lo lejos, fantástica de luces,
la ciudad, como un sueño, se disgrega.

Estación

En el bar de la estación espero
la llegada de un tren.

Hombres desconocidos me rodean
ninguna otra mujer.

Sólo mi boca roja en los oscuros
espejos que prolongan la pared.

Fausto Hernández

Nació en Rosario en 1897. Vivió en Rosario y en Buenos Aires. Publicó *Hacia afuera* (1926), *Pampa* (1938) y *Río* (1943). Murió en Rosario en 1959.

Cables

Por esta ventana abierta
se ve cómo se inquieta
la ciudad encerrando a su activa
grey de pobres y ricos bajo las llamas del sol,
bajo las lluvias o entre las sombras
de la noche; en la aurora, en la tarde de amor
de un claro día
o en el mediodía
hondo y fuerte.
En sus calles y cámaras y plazas la Vida ante la Muerte
se estremece
y fenece
el Dolor ante el Placer y el Placer ante el Dolor.
(Los vagabundos
meditabundos
sollozan
y gozan
otros).

Los cables de los tranvías, los cables telefónicos con su murmullo,
los cables telegráficos con su run-run, llevan las ondulaciones
de fuerza y palabras fieles
a la orden mecánica y cruzan el barullo
ciudadano sobre las torres, postes, balcones,
techos y carteles.

Lo mismo que los nervios de una cabeza
los cables entrecruzados, por la ciudad
llevan los pensamientos encarrilados
en el aire.

LA CIUDAD ES UN CEREBRO ENORME QUE SUFRE UNA CARGA INMENSA.

LA CIUDAD ES UNA CABEZA QUE SUFRE Y PIENSA...

Cuando la urbe está dormida
los cables siguen vibrando todavía.

(Yo lo he visto).

Lo mismo que los cables, los nervios, como una araña
brumosa y extraña,
cuando la muerte llega, a la cabeza dormida
enredan con su telaraña
vibrando todavía.

LA MUERTA CABEZA REPOSA SOBRE LA BLANCA ALMOHADA

Y EN SU INTERIOR LA ARAÑA NERVIOSA HILA

SU RED SUTIL.

LA MUERTE DESCARNADA

PIENSA EN MEDIO DE LA CABEZA TRANQUILA.

Plazoleta

Con los adornos de verdura
que le regala la mañana
es un remanso de cordura
en la locura ciudadana.

En algunas tardes doradas
a los niños del barrio amante abriga.
Las cabecitas alocadas
saltan por los caminos entre la amiga
umbría de las arboladas.

Si la ciudad activa llena de ruido
la acorrala con su rezongo
un silencio dormido de paz y olvido
hay en su hueco cuadrilongo.

Hueco de olvido, umbrío y manso,
lleno de savia y placer sano,
es un remanso de descanso
para el cansancio ciudadano.

Entre la luz lunar que aún
su sueño en plata con la azulada escena
es como una
niña que juega, bajo la luz serena,
con la cadena de la luna.

Y en algunas noches amantes,
entre los edificios iluminados,
con sus árboles elegantes
es un refugio de los desheredados
y novia de los atorrantes.

Cine

En la cúbica caja del cine el moscardón
del público murmullo zumba por el vacío.
Apáganse las luces y un ala de abanico
roto se agita contra el telón.
Empieza la función.

La cinta pasa, poco a poco.

Todos son bichitos de luz
en la penumbra del cinematógrafo.

Siembra su polvillo brillante
una eléctrica avispa
y las abejas de oro viejo
mueren entre los rayos de la película
esparciendo su polvo de sombra,
polvo de luz, polvo de ruido,
polvo de ilusión.

Se escapa una blanquinegra araña
de la casilla del operador
y se hace sueño
empolvándose con los átomos del espacio
punteado con fugaces chispas de zafir.

En un palco brilla un espejo.
En otro, aletea en secreto
la mariposa del amor
¿o la mariposa del flirt?

En esta caja mágica
todo se hace polvo; el insecto,
el amor y la imagen, el espacio y el tiempo.

Sombra. Penumbra amable.
Prosigue la función:
Luz... sombra... luz... sombra...
con fugaces diamantes.
Es infatigable
el ruido de la proyección
con su runruneo de insecto.

Luz... sombra... luz... sombra...
Chispas. Penumbra amable.
Hálito de sombra, aliento
de vacío, polvo de imágenes.

Estas escenas, cuando la luz se haga,
se harán polvo impalpable
porque todo es sueño... nada... polvo...
como la eternidad, la vida,
el tiempo, la lágrima, la alegría.

Cuando las puertas se abran
estas escenas serán recuerdo, sombra, nada...

¿En el palco, aquella mariposa
dejará solamente a la muchacha,
entre los dedos, sutil polvo
porque todo es polvo... sombra...?

La justa del balón

El viento recorre inseguro
del verde campo la amplia ojiva
y en un celeste claro y puro
el áureo sol es llama viva.

Para luchar por su divisa
y con espíritu de bronce
en la marcada cancha lisa
con prontitud se alista el once.

Aúna en él, la disciplina
serenidad con arrebató.
Flamea un trapo en cada esquina.
El juez desgrana su silbato

y muévase el balón dorado
rodando por el césped tierno
y abre el esfuerzo combinado
del juvenil juego moderno.

Vibra el músculo con justeza
en una lucha ardua hasta el fin.
El balón va de una cabeza
a la puntera de un botín.

APLAUSOS

Hayes, centro-eje delantero,
con movimiento frío, apático,

hacia el izquierdo más ligero
envía un pase matemático

y corre Viale; uno derriba
desviándose un poco hacia adentro;
a otro adversario presto esquiva
y lanzar la pelota al centro.

¡PELIGRO!

El balón cae desde lo alto
y Hayes voleando en veloz giro
patea, pero, dando un salto
el guardavalla ataja el tiro

mas, para angustia del arquero,
la pelota quédase ahí,
a medio paso del zaguero,
botando de aquí para allí

y después de andar a merced
de los pies escapa ligera
y entre las mallas de la red
queda enredada y prisionera.

TANTO

A la caída de la valla
sucede un hondo y férreo grito
y entre la gritería estalla
el silbido agudo del pito.

Vuela el balón, gira, rebota,
se arrastra, sigue su carrera.
Los ojos sobre la pelota
fijos están, en tensa espera

y un anhelo hondo de gloria
corre en olímpico raudal.
Se acerca en vuelo la victoria
que ha de flamear en el final.

TRIUNFO

El alegre pueblo celebra,
en loor de la buena fortuna,
el triunfo cálido y se quiebra
la masa humana en la tribuna.

El cielo se hace más obscuro
tras unas nubes viajeras;
el viento sopla más seguro
y agita mejor las banderas.

El sol envuelto en oropeles
en el ocaso rojo arde
y hay una sombra de laureles
en la caída de la tarde.

Las hijas del dinero

I

En la explanada
rosada
de una plaza del más puro estilo inglés
tres
hijas del dinero
contemplaban una estatua que se alza en un macizo.
El agua de la fuente desgrana el cancionero
del dinero burgués.

El auto las espera junto al largo cordón
de la avenida lisa que el sol lava en asfalto.
Ellas piensan en una recepción
que en la Embajada da esta noche el mundo alto.

No piensan en las hijas del pueblo
que, a la misma hora, escondidas en las fábricas
del suburbio lejano,
para Ellas trabajan.

Una es rubia y lleva un traje de satén.
La otra es morena y luce un vestido de seda gris.
La tercera...

(No se puede ver cómo es:

El crepúsculo la hace aparecer amarilla y pálida y
sin sangre, como una mujer impenetrable).

II

En algún año que vendrá
y en medio de una hecatombe formidable
estarán estas mismas hijas del dinero
en el mismo lugar,

a la misma hora,
contemplando esta misma estatua
bajo la misma luz crepuscular...
mas serán flacas, macilentas
e iguales sus vestidos.
Las miradas violentas
de sus ojos hundidos
irán esperanzadas hacia el barrio lejano
donde las hijas del pueblo cantando y riendo
harán la rueda de la fortuna y de la alegría
tomadas de la mano
(las fábricas y los palacios estarán ardiendo)
y les implorarán una alegría,
una piedad o un beso.

Y celebrando el triunfo de los dolores
con coronas de lágrimas y flores
todas darán vueltas, riendo y cantando,
a una columna de humo espeso.

(Los palacios estarán ardiendo).

Marcos Lenzoni

Nació en Nelson en 1894. Vivió en Santa Fe y en Rosario. Murió inédito en Rosario, en 1924. En 1925 sus amigos reunieron una selección de sus poemas que titularon *Brotos morados*, con prólogo de Roberto F. Giusti.

Mi ciudad

Oh mi ciudad sonora, multánime y activa,
oh mi ciudad inquieta!
Al verte esta mañana bajo la gloria viva
de este sol de verano, me he sentido poeta...
Y he echado a andar por estas tus calles empedradas,
algunas pintorescas, sonrientes y animadas,
algunas muy vulgares, monótonas y grises,
a descubrir bellezas que tendrás ignoradas,
a descubrir fealdades (también te han sido dadas)
y a oír lo que me dices!

La calle céntrica

He aquí la calle céntrica, he aquí la calle inquieta
de mi ciudad sonora. Es amplia y es lujosa;
feérica de noche, de día bulliciosa
y siempre algo coqueta.

Es un recto tentáculo, una arteria apoplética
que palpita en el ritmo de la gran muchedumbre;
es uniforme, limpia, también tiene su estética
y cada acera ofrece un cuadro de costumbre.
Aquí ya existe un poco de gracia y de belleza.
¿Que no tiene carácter? ¿Que no existe el estilo
en las altas fachadas? ¿Que no tiene pureza
de gusto el edificio? ¡Qué importa! El Rosario
es caprichoso y nuevo, no tiene idiosincrasia;
multiforme, cambiante, interesante y vario
y enemigo de cánones. Tiene su fuerte gracia
el gusto de lo áspero. Mi calle predilecta
es ésta de edificios enormes, desiguales:
junto a una casa baja hay otra que proyecta
hacia el cielo infinito
su contextura sólida de líneas colosales,
de hierro y de paredes que imitan el granito.

En la rubia mañana
esta calle se llena de muchedumbre espesa,
gesticulante, briosa. Mi ciudad tiene esa
fiebre del movimiento: la fiebre americana.

Gusto andar por sus anchas y límpidas aceras
flanqueadas de comercios, de tiendas y de bares,
de vastos almacenes, de lujosas vidrieras,
de espléndidos hoteles y nutridos bazares.
Camino a pasos lentos, pues en la acera inquieta

sólo yo rompo el ritmo, sólo yo voy cansado,
con mi pena secreta,
envidiando a los hombres que pasan a mi lado,
todos activos, rientes, con la alegría pura
que no tienen aquéllos que sólo han caminado
por las calles dolientes de la literatura...

La calle suburbana

Sobre la calle opaca del barrio suburbano
la luz palpita intensa; el gran sol de verano
diluye su acuarela sobre todas las cosas.

Su luminoso toque
resbala en la fachada de la casita obrera
que aún no tiene revoque
y se extiende a lo largo de los tapiales rojos,
ilumina la acera
escasa y derruida, y filtra en los manojos
verdes y tembladores del tierno paraíso
que es un oasis breve de sombra y de verdura
al borde de las calles grises y polvorosas.
Los verdes paraísos... los árboles humildes
que decoran las calles tristes y silenciosas!

Arbolitos redondos de copas regulares,
que verterán frescura
al andar de los años! Arbolitos queridos,
sencillos, familiares,
que al llegar a floridos
perfumarán de un leve perfume de reseda
las horas graves, lentas, de las tardes calladas!

En esta mañanita luminosa y reidera
la calle suburbana, tan monótona y queda,
se puebla de rumores... Corren por las calzadas
tres chicuelos alegres; van sucios y desnudos
y muestran el ombligo.

De un portoncito sórdido sale una vendedora
de lechugas y pollos, con dos bolsas atadas;
es una viejecita inquieta y charladora
y seca como un higo.

Sobre un carrito enano, desvencijado y raro,
que, al rodar dando tumbos por los baches rechina,
un hombrón de voz gruesa, de timbre grave y claro,
un hombrón imponente,
rezongón e insolente
con la pobre vecina
que no puede pagar muy cara la verdura,
va gritando a los vientos: “Hay papa, mandarina,
naranja paraguaya, coliflor y banana...”

Por sus gestos, su modo, su voz amplia y segura
muy fácil se adivina
que el viejo verdulero
ha educado sus dones de cantor callejero
en la sonora lírica de la escuela italiana.
En el carrito estólido, entre el verdor oscuro
de las legumbres, brillan al sol rubias naranjas
como bruñidas bolas de purísimo oro.

Aparece de pronto, esquivando las zanjas
y al anuncio sonoro
de sus cien cascabeles, el carro del lechero,
del buen vasco lechero
que, bajándose ágil, bonachón y sincero,
distribuye la leche —chorro de nieve pura—
a las pobres mujeres.

La opaca callejuela
del barrio suburbano se va animando ahora,
y la suave acuarela
de la mañana clara se hace más viva y dura;
el sol la incendia en pleno y ya no es incolora,
y es que el gran sol la cubre de un milagroso velo,
pues la calleja mísera, para su gran pobreza
sólo ese lujo tiene que le viene del cielo...

No miremos andrajos, no miremos tristeza!
Esos chiquillos sucios, bajo la luz se visten
de un traje luminoso; el obrero de blusa
tiene contornos áureos... Y, ¡oh milagro! una musa
viene hacia mí... la calle se llena de armonía...

Es una joven rubia; se adelanta con gracia
y se acerca y me mira. El poeta querría
ofrecer a su suave y fina aristocracia
una palabra sola... Pero la rubia pasa
y yo me quedo mudo;
su boquita de brasa,
sus ojos, su pie breve, su pasito menudo,
su cara marfilina
y su brazo desnudo
me dejaron extático. Ahora la mata aurina
de su gran cabellera, vista de atrás, se agita
y bajo el sol palpita
como una ideal bandera... La muchacha se aleja
con paso apresurado. Es la buena maestrita
de la escuela del barrio; su figurita grácil
y delicada pone sobre la gris calleja
una adorable nota de gracia y de finura.

La maestrita del barrio, del pobre barrio obrero,
que ofrece al hijo ajeno su amorosa ternura
y quizá para siempre guardará prisionero
en su corazoncito como en jardín cerrado
un capullo de amores, un capullo que nunca,
ha de llegar a abrirse, el capullito amado
de un amor imposible, de una esperanza trunca...
La siguen varios niños camino de la escuela
y, después de decirle “buenos días, señorita”,
pasan delante, riendo, al ver que Pablo “pela”

al chambón de Luis la última bolita...

Más allá está la escuela alegre y bulliciosa
y más allá se pierde la calle... pocas casas
de madera y de lata... luego el tapiz verdoso
de un alfalfar y luego la extensión luminosa
del campo abierto y llano.

Oh, callejuelas áridas que ofrecéis tan escasas
bellezas al viandante! Oh, barrio suburbano,
tan pobre de carácter, tan hostil, desolado,
vulgar, grisáceo, opaco!...

En mi ciudad inquieta
esta calleja mísera y este barrio apartado
cuánto dicen al poeta...!

El Paraná

Mi río no tiene agua quieta ni transparente,
ni tiene esos rumores que las églogas dicen;
es silencioso, opaco, de plomiza corriente
y no tiene remansos que brillen o se irisen.

Pero es profundo y amplio y en su dormido cauce
cabén barcos inmensos. En su lejana orilla
verdea el juncal, el tala, el algarrobo, el sauce
y se extiende la arena luciente y amarilla.
Por su caudal arriban los ventrudos vapores
de amplísimas bodegas
trayéndonos en cargas fabulosos valores,
para llevarse luego millones de fanegas
de grueso y rubio trigo. Mi río no es transparente,
pero es pujante y amplio, es útil y es modesto...
y a mi Rosario práctico le viene bien todo esto...

El Parque

Un montículo trunco, verdoso y pintoresco
y al pie una gruta blanca; detrás una arboleda
de fronda oscura y espesa (vasto *panneau* goyesco)
y más acá un gran lago de epidermis de seda.
Muchas columnas albas, clásicas, elegantes
y una avenida extensa por donde van los coches,
ricos y charolados, los autos trepidantes
y una hilera infinita de cien focos gigantes
que incendian de luz blanca las perfumadas noches...

Y luego el rosedal, florecido y coqueto,
con surtidores tersos y aromadas glorietas,
con cisnes serpentinos en el estanque quieto,
con mujeres hermosas,
y muchas, muchas rosas
para los flacos poetas!

Las barrancas de Alberdi

Barrancas de mi río, altas y recortadas
en felpudos festones de céspedes verdosos;
barrancas caprichosas, frescas y salpicadas
de florecillas vivas,
de tréboles fragantes y de árboles lustrosos.

Sobre la falda oscura destacan los fríos
chalets aristocráticos, tan pulidos y ufanos;
más allá un promontorio
y luego, allá a lo lejos, los brazos de los ríos,
con gestos voluptuosos, largos gestos humanos,
que intentan abrazar el gran cuerpo ilusorio
de las islas lejanas. Algunos camalotes
que navegan errantes,
traen hasta la barranca su presente de brotes,
de flores y de frutos; jardincillos flotantes
desprendidos quién sabe de qué frescos islotes,
de qué playas distantes...!

El Saladillo

Un paisaje de líneas onduladas y varias,
un ambiente algo *chic* de *cottages* y *villas*,
pocas casas proletarias,
pocas cosas sencillas.

Aquí hay dinero y triunfa Churriguera y sus cosas;
hay grutas de artificio, estatuillas de yeso,
mucho *papier maché*, y entre las frescas rosas
hay cigüeñas de palo... Eucaliptus inmóviles,
desgreñados y altivos,
contemplan desde lo alto, un poco pensativos,
los locos automóviles
retozando a lo largo de inmensas avenidas,
tan quietas y extendidas
que parecen dormidas.

Suavísimas colinas
se acuestan a lo lejos hasta llegar al río
en gradaciones leves: son pintorescas, finas
y tienen sus matices.

El Saladillo es una
Suiza de miniatura, con su breve arroyuelo,
sus casas luminosas, su accidentado suelo
y habitantes pacíficos de mediana fortuna...

Las mujeres

Mujeres del Rosario! Muchachuelas
de los barrios humildes; obreritas
alegres, casquivanas y locuelas,
de años escasos, cortas polleritas,
sonrientes, coquetuelas,
que vais por la mañana,
en bandas bulliciosas,
a dejar en la fábrica tirana
las florecidas rosas
de vuestra fresca juventud... Obreras
del dedal y la aguja... Muchachitas
que debéis trabajar “para la casa”
y empezáis a sufrir tan jovencitas!

El poeta que pasa
y os quiere y os sigue a veces
por oír vuestra charla y vuestra risa,
sabe vuestro dolor, presiente todo
lo que vais a sufrir. Pobre y sumisa
ha de ser vuestra vida y tal vez llegue
a mancharse en el lodo.
Un amor, tal vez nada... Un mal marido
más tarde... quizá os pegue
cuando venga borracho... Quizá alguna
conocerá el amor y habrá tenido
muchos hijos (la única fortuna)...

Obreritas amadas, obreritas
de manos pequeñitas
que vais a coser bolsas y os pincháis
los deditos rosados
en el áspero cáñamo... mujeres

que nunca fuisteis niñas, yo quisiera
veros siempre en bandadas por la acera
así, como os miro hoy, frescas, gozosas,
sin pensar en la vida del mañana,
siendo siempre pimpollos, nunca rosas...

Y vosotras las ricas, las que vais
en actitud inmóvil
sobre el rico automóvil
y nunca abandonáis
esa actitud hierática y serena
que tienen las estatuas bizantinas,
vosotras, rosarinas,
que parecéis llevar alguna pena,
cuando os miro pasar tristes y altivas
por la calle de Córdoba, a la tarde,
lejanas, pensativas,
y, sin embargo, suaves y adorables;
vosotras las esquivas,
y por eso tal vez las más deseables,
sonreíd a la vida, haced que surjan
de vuestros labios frescos y aromados
las floridas sonrisas... sonreíos,
oh mujeres gallardas... Vuestros fríos
y lánguidos ojos asombrados
que se llenen de luz de la alegría!
Así seréis más bellas, más amadas,
luminosas, deseadas,
y ha de tener más luz la ciudad mía!

Los hombres

Hombres de mi ciudad, hombres activos
llegados hasta aquí desde regiones
distintas y lejanas,
que hacéis a mi ciudad cosmopolita
y creáis las razas sanas
de las nuevas naciones!

 Mi ciudad os invita
a que la hagáis vivir de vida intensa;
en mi ciudad se piensa
sólo para el presente y el mañana;
la gente vive aquí para el futuro
y es audaz, positivista, nietzscheana!

 En la lucha incesante y cotidiana
sólo vencen los fuertes. Sed bravíos,
luchadores, valientes,
luchad con bello gesto, sonrientes,
que aunque estéis ante el ara del dios Oro,
no debéis estar tristes...

 Esto sólo
lo serán unos pocos en Rosario;
los tristes sólo irán con su incensario,
humildes y dolientes,
a rezar por las gentes
ante el ara de Apolo.

Envío

Oh mi ciudad que tienes la infinita belleza
de todas tus mujeres suaves y luminosas;
que vives persiguiendo a la diosa Riqueza
entre el trajín diario de tus calles ruidosas.
Ciudad americana, joven, fuerte, pujante:
algunos te reprochan de ser cartaginesa,
de ser muy comerciante
y de dar a Mammón o al Becerro de Oro
lo mejor de tu mesa.

Oh mi ciudad que tienes el inmenso tesoro
de los grandes mercados, del más vasto granero,
y quemas ante el ara de templos mercenarios,
en hondos incensarios,
la mirra del Dinero:
Dentro de tus cien Fábricas y de tus cien Talleres
el Capital se anida, se desarrolla, aumenta,
pero, oh ciudad, escúchame, si por algo me quieres
y perdona si el pobre poeta se lamenta:
aquí, junto al suburbio, también está el andrajo,
aquí también he visto a la familia hambrienta
que no alcanza a comer tras el día de trabajo...
¡Oh mi ciudad!, yo busco en ti toda belleza;
quiero verte sin velos, real y verdadera
cual si fueras el cuerpo desnudo de la Amada;
sigue por los caminos áureos de la Riqueza,
sé laboriosa, fuerte, vive la vida austera
de la dura jornada,
pero ¡oh ciudad! no quiero que te llamen fenicia
ni debes ser cruel, desolante ni fría...

¡Oh, mi ciudad, no olvides a la diosa Justicia
ni a la diosa Poesía!

Rosario, 1921

Irma Peirano

Nació en Chiavari (Italia) en 1917. Vivió en Rosario y en Buenos Aires. Publicó *Cuerpo del canto* (1947) y *Dimensión del amor* (1951). Murió en Buenos Aires en 1965. En 2003 la Editorial Municipal de Rosario publicó *Poesía reunida*, con prólogo de Martín Prieto.

Tres alabanzas puras

I

He aquí que he perdido la voz,
mi rotunda voz matinal,
mi ecuador y mi gozo.

Ahora sé que los ángeles enmudecen de golpe
y que la luz devora cosas que no devuelve
y que de pronto el hombre puede quedar vacío.

Podría investigar las mordeduras,
sus tristísimos huecos producidos,
pero no quiero.

Prefiero desnudarme de amor
bajo la elipse de un cielo despoblado
y beber lentamente la soledad del mundo.

Inalterable es el olor de la tierra,
áspero y delicioso contra el paladar
y para la apetencia de los poros.

Puedo trocar la grandilocuencia
de la palabra por un silencio casto
y admirar el contorno sano de las lombrices.

Siento así que una vida profunda,
muda en su raíz y en su tallo,
crece por mi garganta.

Nadie me restituya lo perdido
ni me sustraiga de lo actual. Nadie perturbe
el equilibrio del silencio, su eternidad.

II

Proscribo así el sonido
y promulgo la fuerza del mutismo
y su incontaminada maravilla.

Habría que ver, no obstante, las ciudades,
qué frenesí de éxodos se agita y acumula,
cómo los hormigueros rebullen sin sosiego,
cuánto crispado y último mensaje en las antenas.
Y habría que llorar las evasiones,
mirar los tráfugas y arrancarse los ojos
para no seguir viendo la corruptible línea
plagada de vestigios comiéndose su lepra.

Pero yo he promulgado la muerte del asombro.

Nada hay al fondo de las galerías,
nada saliendo de los túneles ni detrás de los muros,
nada colgado en las paredes, nada en los orificios de las puertas.
No hay bocas residuales ni interrumpidas superficies
y yo muevo mis miembros libremente
y todo me resulta familiar y perfecto.

Levanto una bandera de inocencia
porque vendrá mi antigua pureza a contemplarme.

III

Éste es el hombre, la octava maravilla.
Amo la corrupción que lo disgrega
y el núcleo de dolor que lo conforma.

Forma que se inficiona de lo puro,
visceral de sistema y de manera,
percute su materia y repercute
la sorda voz de su razón aguda.

Su pervertida sangre nació reseca y dura,
apta para quebrarse y dolerle en las sienas
incrustándole astillas como lanzas.

Pero él abre las alas de la risa
y la incisión celeste de las lágrimas,
armado de pasión y de agonía,
para entrar como un dios en soledades.

Carlos Carlino

Nació en Oliveros en 1910. Vivió en Maciel, Rosario, Santa Fe y Buenos Aires. Publicó, entre otros libros de poemas, *Cara a cara* (1933), *Poemas de la tierra* (1938), *Poemas con labradores* (1940) y *La voz y la estrella* (1945). Murió en Buenos Aires en 1981.

Cara a cara

Rosario, ciudad de vórtice,
a quien nadie, acaso, cantó,
y yo, que te canto ahora,
no te canto en epopeya
sino con un claro amor.

Tu indiferencia me sea leve
y apaga un poco tus ruidos
para que se oiga mi voz.

Almacenero

Vino del campo con
un ensueño alucinado,
robusto de voluntad
y la codicia a dos manos.
Aquí, en Mendoza y Moreno,
compró un almacén. Al rato
se cansó de los trajines,
de lo ido y no cobrado,
de asistir a las trucadas
de sus fieles parroquianos
y con la ilusión agónica,
la voluntad en harapos,
el paco un poco más chico
y los ojos asombrados,
por el camino que vino
el gaita volvióse al campo.
Gallego, amigo gallego,
malamente ilusionado;
porque rescataste tu alma
Dios te perdone el pecado;
porque volviste a la vida
tus hurtos —los comerciales—
tus hurtos sean perdonados.

Garibaldi en el parque

La observación no me pertenece.
Pero cumplo al decir
que eres un pésimo consejero, Giuseppe,
señalando el camino
del Hipódromo a la gente.
Tú, que hasta tienes un himno
¡enlodarte en tan bajos menesteres!...

No se puede ser bien educado

Para Humberto Castellanos.

A esa viejecita que vende cigarrillos
en Córdoba y Laprida
al alcanzarme un paquete.
le di las gracias. ¡Qué burrada la mía!
Me miró con unos ojos
tan de susto la pobre viejecita,
tan de cosa imposible,
que me subió el pudor hasta la frente
y me bajó a las zapatillas.
Para entender
cuánto esto significa
basta saber que anda
por Córdoba y Laprida
lo mejor de Rosario
que a las once va a misa.

Parque Independencia

En las mañanas soleadas
del domingo ciudadano
qué lindo, qué gusto da,
este soberbio espectáculo
de los novios que se olvidan
del mundo y sus aledaños
—yo he visto novios humildes
tomaditos de la mano—
de los viejos carrasposos
entibiándose en los bancos,
de las madres proletarias
con sus ristras de muchachos
y de los ricos que van
a que les vean los autos.

Hacia afuera

Para Atilio Carabelli.

Estoy harto de ruidos y me voy
hacia el aire, hacia el sol
de una mañanita al azul índigo.
Me voy al Saladillo.

Quiero parir mis versos como entonces:
sin un grito, sin esguinces,
sin una rebeldía.
Huyo de los hombres grises.

Me voy a ver los campos maduros de trigales
y olorosos y frescos;
voy a llenar mi alforja seca
de renuevos.

Me voy al campo. Me voy
hacia el aire, hacia el sol,
hacia la vida plena y destendida,
como a una cita de amor.

Augurio

Al que
—como en el tango epónimo—
arrea una comparsa
de penas y está solo.

Al que moja el sudor
con sangre de su fuerza.

Al que desflora el día
con másculas blasfemias.

Al simple y al astroso,
al cereño y al pando:
salú y buena cosecha.

Canción

Sento'l fischio del vapore
e la partenza del mío amore.

(Antigua canción italiana)

Sobre la dura terrera
humedecida en relente
cae —en una voz caliente—
nuestra canción marinera.

¡La canción ultramarina
bajo la noche lunera,
en la sal de la terrera,
en la quietud campesina!

Canción de amor y de mar
y de vela recogida,
la canción triste y querida
ya no se canta en el mar.

Sento'l fischio... La velera
abandonada en el puerto.
El pescador busca el mar
en cada recuerdo muerto.
El pescador:
sembrador.

En la sal de la terrera,
bajo la noche lunera

el cantar
del sembrador
nostálgico de su mar.

Facundo Marull

Nació en Carcarañá en 1915. Vivió en Rosario, Buenos Aires, San Pablo (Brasil) y Montevideo (Uruguay). Publicó *Ciudad en sábado* (1941) y *Las grandes palabras* (1966). Murió en Buenos Aires en 1994. En 2018 la Editorial Municipal de Rosario publicó *Poesía reunida*, con prólogo de Ernesto Inouye.

Donde se cuenta del arroyito Ludueña

Eres sin ansiedad desde la infancia del viento,
arroyito con nuestra soledad hecha de pobreza y al dedo;
a puro andar suelto.

Colgado cauce en pasadisos xilógrafos
bajo un cielo estirado a plancha, —el cielo más a mano—,
haraganón de tanta sucia acuarela,
con una muchacha descalza por un cantito de rezongo
y acordeón.

Con un hilo de hormigas por el acallado estar de calle hundida,
con cuzco muerto que ahí rueda sobre el borde
y queda como un amigo.

Agua de tardes pasadas, desprendidas al viento,
idas de a una por las casuchas pintarrajeadas de vanos crepúsculos,
hechas porque sí:

resignadas a la bonhomía de los hados
o al oráculo glorioso de los almanaques.

Barro donde el hastío fiel
y la distancia de los mundos redondos:
es llegar al otro lado de la partida
y borrar con una rebanada circular lo que queda de mundo;
si alguien busca los horizontes el alma se extravía.

Entonces, el desbande común de batracios hojarasca,
atornillados al ombligo innumerable del arroyo,
abollan con su jazz de metales guturales
la noche frita en viejas latas de kerosene.

Pero biznagas de vecinas sombras con adversos fines
y concilios de gorriones anarquistas en lo negro:
hay que saber escandalizar el ocaso de sauces tristes
no sea que opriman complicidades con amantes;

donde nunca ruidos corren por un miedo de frente.
Porque tras esos cañaverales se desnuda luna,
—la luna que estrené porque soy joven—,
y por no tener cuidado
el trolley del veinticinco la ovillará
llevando la primavera al centro como la palabra silvestre.

Pero he ido a la Intendencia,
he buscado al amigo que te arruina la tarde,
diciendo las palabras de los muchachos de visita:
señor mío, las moscas son un pentagrama bombardeado;
te cambio las fiestas por tapas de cuaderno
y el mismo día que te di confianza:
hay tufaradas ya hechas como el abecedario
y para que esperan los trastos viejos
llegar a ser intimidad.
Luego, señor mío, desabrochado señor de los domingos
a la mañana,
a la puerta,
a la orilla de una ilusión con terrenito adquirido,
me retiro a rogar por el color local de este arroyo.

Exhumación de Wheelwright

Ya no es espesa amistad de bodegón sobre vino manchado
y confidencias enviadas al otro mundo de un solo trago.
La dejaron sombras ahorcadas en muros desertores
abrazados lastimeros con bayonetas en las entrañas pataleando
sin risas.

Angustia de cortejo los árboles huecos como duendes timoratos
alargan su caricia delicuescente dedos sin joyas
a los rostros sin alma curtidos de semanas.

Y la ochava cruje el andar delgado del último malevo
y canciones con cremalleras oxidadas, canciones cenizas,
al paso inexperto de un curdela.

Sólo queda oscuros ronquidos, eructos de suicidas;
olor a trenes y a distancia.

Y nebulosidades de vapor y humo pronto a partir.

Adiós musicalias transitadas del bar Los Chivos
que pusieron sus nalgas en las palmas abiertas
de jubilados y vividores satélites.

Ya se van bajo negras arcadas de follaje
donde nadie miró nunca el cielo
y se contagia un andar delincuente.

Apretadas cautelas que suenan a prisión
o a bodega de barco pirata.

Y aún respira humedad hablando de sótanos abandonados,
teniendo pisos quejosos y muebles reumáticos
que pronuncian chirridos de convalecencia
mientras un sujeto por los tréboles contrae blenorrea.

Y se consumen meretrices trashumantes
junto a las puertas pudriéndose secreteadoras.

Cada recodo se abisma entre privados sorprendidos
aniquilando acechos en los acechos proxenetas encorvados.
Y los borrachos conversan con las sombras negadoras
blasfemando a los portales herméticos arrepentidos,
vomitan y se adormecen junto al vientre de silos imperialistas,
Y rodeados de excrementos casi místicos.

London Bar asalta un tronar de pocilga allanada
para luego
el desfile gritón de dos prostitutas desnutridas
y un maquereaux resignado tragando tinta
como un rey de luto desfila entre policías amargos.

.....
Tras el paredón los vagones roncan
su pesado extatismo de paisajes.
Y la noche tiene toses de trasmundo.

Sonata del Parque Independencia

Ya sé del parque por eso tiene escrito el corazón;
un arquero borracho y sin mitologías
silba en la verdura.

Aquí descansa el tiempo todos los jueves
sus grandes ojos de ceguera remota, su voz de buen muchacho
que se come con indiferencia un hasta cuándo.

Nunca un cazador, noruego mató las avenidas,
nadie se imaginó a la verdad tan en cueros como ella,
ni la quietud se mueve porque merodea un caradura.

Entonces,
si no hay nada que hacer y es un silencio desapercibido,
llega el otoño.

Acaso vuelven,

—¿no son los caballeros de la noche?—

hombres solitarios más grises aún
para esta mañana de sol esmerilado,
la gloria también se fue de risotas, coqueta del fracaso.

Ni pálidas duquesas guillotinas al punto,
ni calesas,

ni zapatito de raso titubeando pisar mi sobretodo viejo;
cosas de un siglo venido a menos.

Así es. Hoy,

una veloz exhibición de muslos en marcha
y el zarpazo de un recodo a las polleras;
susto de bicicletas.

Y es que el boulevard ya no usa gravedad antaño
y dejó su tiesura de cortejo.

Al final,

las bombachas no son más que intimidades
y a veces flamean en los techos.

Palomas rotas en el viento de papel
circulan su bostezo espiando algún poniente;
el último sol que vimos entre los matorrales
asustó la tarde anémica tratada con arsénico
y esta cae en los brazos del botero que para eso está ahí.
Ojos sin mar,
sonrisa sin aventuras referidas;
nunca le rompieron la crisma por la bailarina
ni dejó su alma en algún puerto.

Aunque tiene pregón para sueños baratos:
«Recorra el charco ahora que los románticos mueren en el empleo,
no deje ahogar su romance de veinte años contentos
en medio metro de agua chirle».
Y pasaron los enamorados que se miran a los ojos
porque así lo aprendieron y así debe ser.
Y se fueron.
Pero los fotógrafos no se han dormido
y manipulan su magia de rayos cruzados.
Ellos, meten la cabeza bajo el lienzo
y ya no están en el mundo.
Ante tales cosas, el botero temperamental y sin mirar qué hacía
partió el lago a todo motor.
Y soñó que llovía en su espalda desnuda.
Pero las aves municipales nadan lo tranquilo.
De doblez en doblez se despliega la noche
como ha sucedido ya muchas veces hasta ahora;
al poco rato suenan estrellas en la Montañita.
Cosas del viento loco, a quien se le ocurre
dar a la luna palmerazos para barrerle las metáforas;
por eso todo es desquicio

y la serenidad del lugar contonea su impudicia
en la capota de cualquier auto agachado.

Guardianes verdes metidos
en eso que llamamos qué le importa.

Triste

“Go home, angel”.

Thomas Wolf

Ya no tengo mi casa en Rosario,

ya no sabría dónde volver con mi mal humor
ni en qué sitio dejar la moto;
ya no tengo ni una silla en Rosario,
ni perro que me ladre,
ni el umbral de una puerta para sentarme a lamentarlo.
Ya no existe el hombre que odié
y que me odiara;
ni la esquina, ni el farol, ni la pared
que me amaba.

Ya nadie me envía una carta, ni recorre los almacenes buscándome, ni me espera con la boca pintada, ni lamenta haberme conocido. Ya no recuerdo qué tranvía pasaba por el túnel de Sunchales, ni la casa de Arroyito, ni a Katouchka, ni el perfume de su cama, ni en qué balde enfriaba el vino, ni qué mentiras dije junto a su cuello hace tantos años que ni recuerdo; ya no recuerdo si hablé para decirle aquello que era mi propósito decirle (que he olvidado) cuando la encontré con la flor anaranjada en los cabellos, o no lo dije. Ya no recuerdo en qué lugar dejé mi alma para descansar de ella, pero debe estar en Rosario, al abrigo de mis tontearías. Ya no recuerdo mis poemas, ya no recuerdo mis penas.

Habr  llovido mucho en mi ausencia y en las alfombras
que se olvidan en el patio,
habrán colgado nuevos luminosos,
habrán nacido generaciones de poetas, de talabarteros, de chi-
quilines sin porvenir que juegan en la misma calle donde sol a
caer borracho junto al árbol que abrazaba y a veces vel  mi
sueño y ahora sobrevive a la pena de nuestra separación;

en el rosal del parque habr  muerto más de una monja
más de un cisne,
más de un suspiro;

las pequeñas que me creían un t o bueno, se habrán cansado
hace tiempo de esperar, de sus críos (que llaman t o a otros) y
del marido;

Habr  abandonado la memoria de mis antiguos amigos,
(una tarde salió Sender del Paraná como si fuera un náufrago
o un experto y, con el agua hasta los tobillos, levant  la mano
igual que Zeus en el momento de ordenar: “Basta de guerra
en Troya” —pero era un saludo de amigo, de amigo del ami-
go un poco más que pobre, tal vez un poco más que un poco
más que pobre, aunque yo tenía en Rosario la casa que ya no
tengo)

habr  abandonado las intenciones de mis amigas (porque
a veces tenía una muchacha —como ahora— y a veces no te-
n a una muchacha) y el rencor del hombre que me odiaba y
murió y se fue; (ya debe andar lejos si ha llegado a donde se lo
deseara)

habr  perdido mi acento de Rosario
y mi sitio en todas las partes,

y el mismo tiempo que habría perdido en mi casa de Rosario,
que ya no tengo, con cualquier muchacha de allá o la que tengo;

(perdí bodas de amigas y funerales de amigos, mitines y altercados de matrimonios de los que era allegado, perdí una noche entera con B. a punto de perderme)

habré perdido mi corazón, si aquellas muchachas
no han sido cuidadosas con él.

Pude volver pero no he vuelto;

pude haber muerto

y no volver, pude ganar una fortuna y no volver,

o enamorarme,

o perder la razón

(que puedo perder) y no volver;

hasta pude decidirme a partir

y partir,

y haber partido

a partir del mismo Rosario cuando partí sin llevar mis cosas

porque tenía allá la casa que ya no tengo y porque ignoraba que
partía al partir;

puedo no volver pero

el viento que aúlla en las esquinas llorándome perdido y el barri-
lete que instaure su osadía en el azul del cielo y la pequeña que
deshoja una flor silvestre y el rapaz que apedrea una vidriera y
el pájaro de la plaza Pringles, están poblados de mi ausencia.

Esa ausencia es como si yo hubiera regresado, como si estu-
viera de vuelta en cada rincón donde dejé un poco de amor.

Cuando lo haya perdido todo, regresaré.

Quiero decir, ya no volveré a mi casa de Rosario que no tengo, ni al corazón de sus muchachas, ni a la casa de los amigos que me olvidan; miraré desde el insomnio de las estatuas a los nietos de sus hijos y al biznieto del hombre que me odiaba, comentando el infortunio de los poetas de Rosario.

(Como si yo fuera otro Facundo Marull, descanso el brazo sobre los hombros del que soy y los dos —Facundo Marull y yo— escuchamos llenos de compasión al Facundo Marull que ya no tiene su casa en Rosario).

Y es triste, en verdad, es triste.

Felipe Aldana

Nació en Máximo Paz en 1922. Vivió en Rosario. Publicó *Un poco de poesía* (1949). Murió en Rosario en 1970. En 2001 la Editorial Municipal de Rosario publicó *Obra poética y otros textos*, con prólogos de Osvaldo Aguirre y Elvio Gandolfo.

Ciudad

I

Un río siempre es distinto:
metal, espejo que pasa
donde miran las ciudades
sus rostros sobre las aguas.
Un río siempre es igual:
curso que sigue su marcha
donde nunca las ciudades
pintaron la misma cara.
Rosario y el Paraná
dos vidas que no se apartan.
Ciudad que encuentra en el río
los sueños que desentraña:
alegría de colores,
esperanzas en el alba.
Rosario y el Paraná
se miden con mucha calma.
Piedra y agua en movimiento,
frente a frente alma y alma.
Juega entre barrancas verdes
su enorme barba lunada.
Entre barrancas rojizas
pone su mano de plata:
un cuchillo en la cintura
cruzada sobre la pampa.
Río que va y que viene
en los barcos que lo amansan.
La ciudad que los recibe

se nutre de las barriadas,
de Ludueña y Saladillo,
de Mendoza y La Tablada.
Rosario no va hacia arriba,
Rosario de casas chatas
mira cuatro rascacielos
como a cumbres olvidadas.
Su fermento popular,
futuro de vida clara.

II

La calle caza-horizonte
en un punto se hace barrio.
Aquí donde todos son
un poco menos que hermanos,
aquí donde la vereda
es sala del empedrado,
donde la gente se ríe
y donde entona sus cantos,
donde hay una pelea
y se escucha algún: ca...!
Palabra que da en la piedra
vuelve violenta y la callo.
La pasión se desvanece,
corre la tarde entretanto.
Sube el sol por las paredes,
la sombra baja su manto.
Mucha gente mirará
la estrella que estoy mirando,
ésta que vuelca la luz

del infinito asombrado,
que alumbra la calle triste
donde la muerte ha llegado
golpeando en todas las puertas
con un silencio pesado.

La Huesuda no se olvida
de poner la cosa en claro
y uno piensa en el futuro,
en el tiempo que ha pasado,
en lo hermosa que es la vida
y en lo eterno del descanso.

Frente a la casa del muerto,
toda la gente del barrio.

III

El centro de mi ciudad
no tiene nada de centro.
Nace cuando muere el sol
dominado por letreros.
Mientras la gente trabaja
toda la ciudad es centro.
En todas partes se encuentra
el hombre de carne y hueso
a pechazos con la suerte
que siempre tiene algún pero.
El centro de mi ciudad
es hijo de los letreros,
de los trajes bien planchados,
de las corbatas de acero.

La sangre de las vidrieras
corre por la calle al puerto
y en el agua se confunde
con el cristal del espejo.
Calle Corrientes señala
a Calle Córdoba en vuelo:
melenas de rubio trigo
apresado en los pañuelos.

IV

Alemanes, polacos, yugoeslavos...
En tren de agua y en río de metal
llegaron a Rosario
españoles, ingleses, italianos:
a enfrentar sus mundos con el mundo
en horas de trabajo,
a ganar el pan de cada día.
Vieron el cielo azul tan grande como el campo,
tomaron un café y se pelearon
y luego se amigaron.
Gazapo el miedo, gigante la sonrisa,
arrojaron los rótulos gastados:
españoles, ingleses, italianos.
Conocieron las causas de la guerra,
aprendieron el canto de los pájaros,
a deglutir el llanto,
salir corriendo a saltos de alegría
y a la sombra de un árbol
descansar pensando.

V

Vagabundo de la noche,
lento el paso y en el pecho
la luz del farol del barrio
con un tango de los buenos.

Las baldosas, sensitivas,
una a una se durmieron.

El vagabundo las pisa
para oír la voz del eco.

Alas de farra lo impulsan,
con pie de sombra camina,
vagabundo de la noche
sobre las calles dormidas.

Vagabundo de la noche,
calle abajo y calle arriba,
con un tango de los buenos
dejando correr la vida.

En un vaso de cerveza
vuelca su pena escondida,
en diez vasos pone el alma
en trance de estar perdida.

Noche única del sábado,
noche en que todo se olvida.

El barrio duerme a lo potro:
lo mismo que la vecina.

El vagabundo no duerme.
Su borrachera vigila
que la razón no detenga
su alocada fantasía.

Corran las horas sin pena,
mañana será otro día.

Versos de juntadores

Dedicado a los “juntadores” Miguel Zapata, Máximo Romero, Raymundo Zapata, Carlos Ramírez, Felipe Acosta y Arturo Ramírez.

La zona maicera de nuestro país tiene su característica, no fija, pero que enfocada en un momento dado nos ofrece un cuadro rico en pinceladas y una trama de problemas vitales que tienden sus guías a las más difíciles incógnitas del hombre.

Es un trozo de vida palpitante, perfectamente individualizado.

La zona maicera se confunde con la zona del trigo y del lino: tienen el mismo crepúsculo y la misma suerte de plagas; cuando llueve, un concierto de sapos rodea el rancho, los charcos se multiplican y los espejos crecen salpicados de garzas.

Es la época de la recolección del maíz, “la juntada”. Comenzó la juntada —va linda la juntada—, como se dice. Los colectivos recorren las carreteras cubiertos de rodetes. Una hilera de diez o quince “monos” sobre el techo le dan un aspecto extraño al colectivo.

Don “linye” ha salido de su casa para hacer la reserva de invierno. Uno de 18 años, con el cálido beso maternal en la frente; otro con el adiós de la esposa y de los hijos; alguno con el recuerdo del boliche donde lustraba sus mangas en el mostrador. Vienen de Santiago del Estero, de Entre Ríos, a meterse en las chalas “de sol a sol”.

Es un trabajo fuerte, lleno de sinsabores, lo que no obstaculiza las tareas. Familias enteras abandonan el pueblo para juntar el maíz. Las mujeres trabajan a la par de los hombres y los niños a la par de ambos.

A la mañana temprano, el rocío los moja hasta la cintura y las manos se endurecen al tomar las chalas cubiertas de escar-

cha. A todas horas las púas de los “chamicos” arañan el rostro, las piernas, las manos; la “chinchilla” hace salir sangre de la nariz con su olor penetrante, a la hora de la siesta, cuando el sol aprieta. A cada momento puede uno mancarsé en un tirón falso.

Un cantor que llegara al campo en tales circunstancias, encontraría una vena inagotable de inspiración. Un cantor que llegara sin guitarra; que tomara un asiento entre los “juntadores” a la hora del mate y que los acompañara al surco para prender la maleta. Un cantor que cantara no hacia el corazón, sino desde el latido.

I

Quien dice que vio una estrella
y vio la cosa más bella
mirando tan sólo a ella
no vio lo mejor así,
no vio la flor del maíz,
no vio la flor del maíz.

No encontró ojos brillantes
con reflejos de diamante,
cutis fresco, rozagante,
labios tiernos para el “sí”,
no vio la flor del maíz.

Negó belleza a porfía
porque pasó todo el día
en la chala dura y fría.
No sabe nada de mí,
no vio la flor del maíz.

Primera entre las primeras,
negó que la luz viniera
a besar la cabellera
de quien junta por aquí,
no vio la flor del maíz.

Quien no vio esta juntadora
no vio la flor de la aurora,
no vio rosa seductora
y sostengo para mí,
no vio la flor del maíz,
no vio la flor del maíz.

II

Vuelvo de la lucha mía,
después de cansar el lomo,
con la maleta vacía
boca abajo sobre el hombro,
con la sombra que se estira,
con el maizal que recorro,
con los teros que alborotan
siempre atacados de asombro.
Camino que va a la casa,
camino que yo conozco,
sendero que se hace largo
porque yo lo quiero corto.
La tarde cae de golpe
y se muere de un corcovo.
La damajuana de agua
me llama de muchos modos.

Si fuera llena de vino
le daría un beso solo
más grande que esta llanura
más ligero que el chingolo.
No siento las manos ya,
las siente el maíz venoso;
del cansancio me olvidé
para que guarde reposo.
Siento ahora olor a yerba,
gusto un mate, venga otro.
Los huesos van adelante
y yo me pregunto cómo.

III

Al “chamico” traicionero
que me raya tanto el cuero
con sus púas como acero
le deseo todo mal,
a los yuyos del maizal.

A la “chinchilla” olorosa
le estoy haciendo una fosa;
voy escribiendo en su losa
algún destino fatal,
a los yuyos del maizal.

Al “tapiquí” escondido,
que moja más que un llovido,
le voy a quemar el nido
para que acabe su pial,
a los yuyos del maizal.

Al “abrojo” que se pega
como marchante que alega,
le voy a dar una friega
que nunca tuvo otra igual,
a los yuyos del maizal.

Al yuyo “cola de zorro”
por pegadizo lo corro
y maldiciones no ahorro
deseándole todo mal,
a los yuyos del maizal.

IV

Al ric rac ¡iiipupu iújuuu!...
al ric rac, que voy primero.
Cubierta de escarcha fría
la chala quema los dedos.
Maizal bravo no me asusta:
abro lucha donde quiero.
Paro una bolsa en el surco
y ya tiene compañero:
vengo y voy con la maleta
como hormiga al hormiguero.
Las bolsas muestran los dientes
bostezando rojo fuego.
Sol que levanta entre chalas,
medalla de campo bueno;
mano que agita llamando
la chata del chacarero,
algún día llamará

al que sea compañero;
gringo hermano para bien
o para bien sea negro.
Al ric rac ¡íipupu iújuuu!...
al ric rac que voy primero.
¡íii pupu iúju jiújuuu!...
¡la chala quema los dedos!...

V

En la lucha por la lucha,
maizal rubio y chala dura,
para probar que soy macho
con maleta en la cintura;
para ganar el puchero,
más que alarde de bravura,
sol a sol con las espigas
en veinte mil quebraduras.
Hay quien espera en la casa,
olvido que tal ocurra
y prosigo mi trabajo
con maleta en la cintura.
Mi compañero tenía
dolor de pena profunda.
Pensaba siempre en el pago,
en dos ojos que lo alumbran
mientras sigue su trabajo
con maleta en la cintura.
¡Compañero de la zona!
vengo a probar mi fortuna.
No quiero robarte el pan,

soy un obrero que junta
por un poquito de vida
sin mala intención ninguna.
Día habremos de salir
en precisa derechura,
a terminar con las causas
de una existencia tan dura,
que tiene remedio el mal,
no habiendo sepultura.
Hay quien espera en la casa,
olvido que tal ocurra,
y la voz del hijo ausente
se me prende a la cintura
para que siga en el surco,
¡maizal rubio y chala dura!
En sombra viene el descanso
enredado con la luna.
Descanso de mates largos
con cambios de cebadura
y tragos de vino tinto
cuando la yerba no cura,
que tiene remedio el mal
no habiendo sepultura.

Arturo Fruttero

Nació en Tortugas en 1909. Vivió en Rosario, Córdoba, Campo Viera y Colonia Belgrano. Publicó *Hallazgo de la roca* (1944). Murió en Colonia Belgrano en 1963. En 2000 la Editorial Municipal de Rosario publicó *Obra poética y otros textos*, con prólogo de Osvaldo Aguirre.

Canto al dedo gordo del pie

Ya que no tu gordura, tu belleza
Tu adecuación perfecta, tu armonía
Connatural y antigua,
Canto.

Más allá de la planta, en el confín del pie,
Que es también una forma de ser primero,
Se asienta tu realeza.

Maravilloso es el pulgar,
Y justa la teoría plural de sus halagos,
Pero entre los dedos tú eres el hércules,
El dedo y el dedazo entre todos los dedos.

Nadie sabe de ti.
¿Quién te recuerda, allá, por la memoria?
¡A ti, seguro norte!
Y esta noche, bajo un cielo que hierre los ojos
Y regocija el alma con el polvo de diamante
Que aventa la vía láctea,
He oído tu mensaje silente y rotundo.

¡Nadie sabe de ti! De ti, seguro norte
Por estas calles del mundo.
Digo estas calles iguales y diversas:
La calle prieta de silencios y de ecos
En el aire denso del invierno,
Dibujado su aire con la isocronía
De la marcha rítmica y sonante.
Y la calle poblada de voces y de luces,

La calle bullanguera y trasnochada
De los días estivales.
Y esta calle de primavera, fresca y clara,
Con un aire no más espeso ni más denso,
Ni muy ligero ni muy enrarecido,
En que tú afirmas mi equilibrio de peatón
Y otorgas la solvencia vertical de mi volumen.

Seguro norte al través de las calles de la ciudad,
Seguro norte al través de los caminos del mundo,
Más elegante o menos apolíneo,
Enhiesto o apenas torcido,
Eres toda la geometría del pie,
Puesto que en ti culmina,
Y a él le otorgas la fuerza y la prestancia.

Bien que antigua,
Tuya es la virtud de la modestia.
Al olvido consagrado se une el evento
En que se ofrece tu desnudez.
Demarcando el perfil de la alpargata,
Holgando en la red de la sandalia,
Y oculto en la armazón de cuero del zapato,
Si no irrumpes junto a la risa del agua,
O promisor te señala la inocencia en los niños,
Tan sólo la pobreza y la miseria de los pueblos
Te exhiben en la plenitud de tu figura.
Tuya es la virtud,
Porque la violeta es pequeña y de suyo gratuita su prez,
Mientras tu robustez
Bien alto proclama tu recato.

No es que pretenda erigirte en cartabón,
Ni pronunciarte paradigma incomparable,
Pues ahí, muy breve, está el mundo soberbio de la planta,
Y allende, la escultura soberbia de la pierna
Sosteniente las furias del sexo.
Pero sí oponer tu conocimiento vivo
A la fábula idiota y al mito exasperado.
Enfrentar quiero con tu exaltación
La búsqueda infructuosa del ave legendaria,
Certificando la proximidad de la dicha
En la gustación de las delicias más íntimas.

Tu sencillez alcanza a tu eficiencia,
Y en la historia natural de la especie
Acaso sea comparable tu advenimiento
A la rueda y el fuego para la gesta humana.
Todos parejos en lo simple y en lo grande,
Todos gemelos de puro inadvertidos,
Y pues que necesarios e ineludibles, trascordados.
En tu feliz desempeño advierto la armonía realizada,
Y tu ejemplo pregusta la futura y más amplia armonía
Del hombre y su contorno,
La belleza de una vida lograda, ahita de estetismos,
Y sí gozosa de libertad cabal y plena.

La vida nos ha apartado de la vida,
Pero está próximo el día de tu loa segura,
Cuando la vida nos devuelva a la vida.

Ars poética

1

Anhelo un verso que pueda ser leído entre el estrépito.
Un verso con el que se pueda ir de la mano por la calle,
Un verso que resista, sí, la prueba de la calle.
Un verso que no se incomode por el ruido de carros y tranvías,
Y que tampoco se sobresalte si a su vera precipita estentóreo
[un cajón de sifones.
Un verso que sonría en el encuentro de las mujeres que admiramos,
Y que no se escandalice por cualquier dicitio acaecido entre dos veredas.
Un verso al que no afecte el rigor de la canícula
Ni amedrente la sombra en la calígene.
Un verso que no trepide porque el cielo se abrume en la tormenta y
[desate su ira en el estruendo.
Deseo un verso alto y abierto, para que quepan en su arco
todos los sonidos, todos los meteoros y todos los lamentos.

2

Aspiro a un verso avezado en el deporte, con el que se pueda practicar el
[*crawl* en las piletas
Y zumbiar en el vórtice del automóvil desenfrenado.
Elástico para que rebote si en un descuido escapa a la memoria,
Y veloz para salvar sobre su proa el agua antigua de nuestro río inmenso
[y ocre.
Un verso que pueda alinearse decúbite a lo largo de todo el horizonte,
O ascender vertical los meridianos hasta dar con la vuelta de la tierra.
Verso libérrimo que no agoste su libertad entre el rosario de las sílabas,
Y que ordene su música multánime sobre el rumor en fa de mi planeta.

3

Ansío un verso probado en las contingencias y eventos que distraen al
[hombre y su conciencia, dispersados.
Que madure en su entraña las contradicciones de la euforia y la muerte
[de un pariente querido;
La agonía infinita de un enfermo irresoluto y la voluptuosidad para
[gustar un cuadro alucinado de Dalí.
Un verso que conserve su calma ante los recursos convincentes del
[crédito hipotecario.
Un verso *ersatz* para los calambres del hambre,
Y que disimule con decoro las miserias del vestuario.
Que permanezca impávido si una dolencia solapada nos atenaza el
[cerebro y la garganta,
Y porque desde una muela clama la viva raíz del nervio, no pierda su
[eficacia reveladora de la vida y el ser.

4

Quiero un verso total y universal, surto en la raigambre de la sinrazón y
[en el asombro de lo inverosímil.
Dúctil frente a la incertidumbre de la subsistencia
Y maleable entre las dificultades de la convivencia.
Un verso permeable a la comprensión de que si el capital
produce intereses, también florece el almendro en primavera.
Un verso cuya substancia sea solícita a la brújula del amor y la amistad,
Y presta para arder su fibra generosa en las llamas de un júbilo entusiasta.
Verso gimnasta con el que se pueda orar a Dios en las actitudes de todas
[las religiones,
Y que, sensible a la alegría de la fuerza, sea idóneo en la fuerza de la
[alegría.

5

Para cuando la marea del silencio revierta su pleamar sobre la calle y
[sobre el alma,
Y nada turbe ni conturbe a las cuerdas sin cuento del corazón,
Y el espíritu cuele en su aire diáfano la transparencia lúcida del éxtasis,
Mi verso luzca con luces multiplicadas de diamante manifiesto,
Mi verso vuela sobre el viento que le anima,
Mi verso alcance la realización de su destino en su delicia fugitiva
O en su victoria definitiva,
O en la justa muerte de lo inane y lo inconsútil.

(1942)

Fruttero se va al campo

Respondiolo el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

(Romance del Infante Arnaldos)

Fruttero se va al campo.

Se va con Sartre, Platón y la teoría de la relatividad, con las investigaciones de Sommerfeld sobre los rayos espectrales y los estudios de Sir Jadadish Chandra Bose sobre el mecanismo nervioso de las plantas.

Se va con Whitman, se va con Hegel, se va con Montaigne.

Le acompañan el libro tibetano de los muertos, más conocido por el Bardo Thodol, como asimismo el libro egipcio de los muertos, junto a una gramática egipcia.

A un lado van Espina, Salinas, Cernuda, Diego, Guillén y Aleixandre.

En su corazón lleva a Negrita y en el centro del pecho a Camarasa

Se va acordándose de Martini, de Romero y de otros amigos que le amaron.

Santa Teresa le vela, Santa Catalina le ilumina, y San Juan de la Cruz le canta.

Atrás quedan la génesis de los organismos de Hertroig y las teorías

[culturales de Frobenius.

Lleva a ese loco lindo de Marx, precedido por Feuerbach, y
seguido por Engels, Lenin y Stalin, y un paso más atrás el réprobo de León.

Va a “La Recherche du Temps Perdu”, para no olvidar el clima de
[invernadero de Marcelo,
y transcurrida la odisea del “Ulysses” proseguirá con el paseo
[del desatado de Finnegan.

Como ilustraciones lleva al Gineceo de Rouveyre, a Spilimbergo,
a Van Gogh, siempre buen amigo, y a Fra Angélico;
también lleva al viejo Brueghel y a van der Delft; a Carpaccio y a Meng.

No olvidará a Gironde; ni a Neruda, el más grande poeta
chileno, ni a Huidobro, el más grande poeta chileno; ni a
Gabriela, el más grande poeta chileno.

En sus soliloquios se acompañará con las teorías del agua
pesada y la hipótesis tripartita acerca de la expansión del universo.

Lleva una fotografía del Museo Juan B. Castagnino, pues no podría
[llevarse al Museo consigo,
Y como no puede robarla, tratará de conseguir la plaqueta
[de la Donación Castagnino.

En un termo lleva agua del Paraná a fin de saborear la temperatura exacta
[de su río
y en una caja un trozo de asfalto para auscultar el perfume exacto de su
[ciudad.

Se va al campo con el bizantismo de Husserl, siempre edificante,
Y los melodramas de Heidegger, siempre regocijantes.

Una edición del Manava-Dharma-Sastra y un ejemplar del Corán irán
[colocados a su lado.

Adelante irán la Biblia y los Discursos de Buda,
Príncipe de Kapilavastu, Siddartha Gautama.

Dejará un lugar para un arabista insigne, Miguel Asín Palacios,
Y otro lugar para fray Bernardino de Sahagún, con quien
desea estrechar amistad a propósito de sus memorias sobre el Antiguo
[México.

Llevará la Endocrinología de Pende para las disfunciones humorales,
y algún diccionario vitamínico para las alternativas de la dieta.

Bueno es que lleve a Pareto para estudiar la sociología del agro,
Y a Simmel para la sociología más íntima de la persona.

Como antídoto de soledades lleva los poemas de Fausto
Y puesto a la defensa contra la angustia, la lírica honda de Sabat.

Una escultura de Paino le hablará sobre la elocuencia del volumen,
Y una muñeca de chala, regalo de Leticia, bailará a lo largo
de su viaje, en vilo de la gracia alada que la animó a la vida.

Cuadros de amigos no lleva, pero sí algunos libros dedicados.
Muchos amigos sí deja, empero él se aleja alegrado.

Se va con Fulano, Zutano y Mengano.
Se va entre todos, con etcétera, etcétera.

Ha adivinado un secreto
Y con su secreto
Se va.

Julio Migno

Nació en San Javier en 1915. Vivió en Santa Fe. Publicó, entre otros libros de poemas, *Amargas* (1943), *Yerbagüena* (1947), *Miquichises* (1972) y *Summa Poética* (1987). Murió en Santa Fe en 1993. En 1997, Editorial Fundación Ross publicó *La rebelión del canto. Poesías completas*, con prólogo de Margarita y Olga Migno.

A mi tierra, San Javier

Timbó, laurel, curupí,
lindos ceibales en flor,
pago de indio mocobí
San Javier donde nací
no hay otra tierra mejor.

Timbó, laurel, curupí...

Sanjavielito y Verón
en mi sangre van marchando,
desato mi corazón,
lo pongo de embarcación
y los cruzo navegando.

Sanjavielito y Verón...

Ronquidos de marejadas,
corridas de surubises,
y abriendo las madrugadas
nubarrón de crestonadas
y un silbar de siririses.

A pala corta la proa
dolorida correntada
y descansa la canoa
mientras se hace la ranchada.

Relatos de aparecidos,
política lugareña,
la crónica de un silbido

y el llegar como perdido
del que salió a buscar leña.

Cielo abierto, mosquitada,
chanzas, postas de pescao,
y al revolear la liñada
la preferencia anotada:
“¡pa’ la boca de un dorao!”

Corre plomo derretido
en la vena del zanjón,
y un camalote perdido
va cabeceando dormido
a dar contra un albardón.

Juega su plata la luna
sobre carpeta de estero
y se la copan los teros
a orillas de la laguna...
Por la lomada cebruna
relincha en arco un bagual,
pasa lerdo un pato real
al sesgo y a lo matrero,
y lo encandila el lucero
que asoma entre el totoral.

Silencio de narradores,
quejumbres de gallinetas,
relevo de cebadores
y un rodear los asadores
de cuchillo y de galleta.

Como anticipos de soles
en las mañanas triunfales,
cuajarones arreboles
van flameando tornasoles
los isleros cardenales.

“Color de guitarra vieja»
salta un zorzal andariego.
La ocurrencia en la madeja
la tejió don Goyo... Cejas
mientras atizaba el fuego.

Calandria en cristalería,
boyero meciendo acentos,
pasan en la tierra mía
con sus gauchas juglarías
de emplumados instrumentos.

Amigo de mis ausencias,
de lo mejor que me queda,
aquí vengo a la querencia
y haciendo acto de presencia
pido mi trago en la rueda.

Paisanas: “sanjavielero
pa’ lo que gusten mandar”,
de aquéllos que al saludar
como queriendo sembrar
van empujando el sombrero.
Paisanas, sanjavielero.

Toldo del indio Mariano
y del flautista Paikí,
donde es chuza de baqueano
el alarido temprano
de Miguel Lavanderí.

Timbó, laurel, curupí,
lindos ceibales en flor,
pago de todo mi amor
San Javier donde nací;
tierra de indio mocobí
borracho al atardecer,
timbó, laurel, curupí
no he de morir sin volver
y he de volver a morir
en tus costas, San Javier.

Cúmplase así mi destino
después de cruzar errante
loco caballero andante
los más inciertos caminos,
sintiendo todos los trinos
con mi tumba en la barranca,
cajón de madera blanca
de timbó sanjavierino
y en tardes ensangrentadas
Sanjavielito y Verón
rezándome una oración
en sus blandas marejadas.

Amelia Biagioni

Nació en Gálvez en 1916. Vivió en Rosario y Buenos Aires. Publicó, entre otros libros de poemas, *Sonata de soledad* (1954), *El humo* (1967), *Las cacerías* (1976) y *Región de fugas* (1995). Murió en Buenos Aires en 2000. En 2009 la editorial Adriana Hidalgo publicó *Poesía completa*, con prólogo de Valeria Melchiorre.

Color de mayo en Gálvez

¿Oro trigal y azul de flor de lino
en la nube más clara toman vuelo?
¿O desciende la síntesis del cielo
sobre nuestro lugar santafesino?

Pasa que esta ciudad, brote genuino
del terrón que graneara cada abuelo
fundador, rodrigado por el celo
de quienes van alzando su destino;

esta ciudad, ceñida de cereales,
en la que junto al sueño campesino
van brotando los sueños industriales;

esta ciudad, que vive primaveras,
brinda al viento de Mayo un ramo fino:
su propio corazón que abre en banderas.

Romance de mi ciudad sin río

Mi ciudad, yo sé que sufres
la eterna ausencia de un río.
Sé que con melancolía
lo sueñas, como a un cariño
que sin llegar se ha marchado,
que sin hallar se ha perdido.
Esta noche a media sombra,
cuando se duerma hasta el grillo,
con el color de mi verso,
con ritmo de mi latido,
te ceñiré a tu costado
el blando abrazo de un río.

Despertarás al arrullo
del agua de mi prodigio.
Andarán como mi sueño,
largo como mi suspiro,
ancho como mi sonrisa,
claro como mi destino,
firme como mi plegaria,
dulce como mi martirio,
hondo como mi silencio,
pasará a tu lado el río.
Y sabrás que la ternura
también puede ser camino.

En un plural de la risa,
temblando como balido,
con manos de piel de luna
pasará rielando mimos.

Y sabrás que un río es larga
caricia de plata y trino.

Bello como las leyendas,
como la oración de un mirlo,
puro como las mañanas,
como el suspirar de un lirio,
simple como flor de hierbas,
como la canción de un niño,
el río te irá diciendo
baladas de su lirismo.
Y sabrás dónde estudiaron
la serenata y el grillo.

¡Al fin tu luna reseca
—apenas corra su alivio,
apenas brote el milagro—
dejará el ceño amarillo!
Lavará en el agua fresca
sus enmarañados rizos.
E irá el río alucinado,
peina que peina berilos...
Sobre el oro de su engarce
bailarán ronda tus niños.
Sonarán, beso tras beso,
sus palmas, brotando ritmo.
Dirán, con voz de septiembre,
entre risitas de armiño:
“El sol a la luna mira
y ella escapa en nuestro río,
y el río de sol y luna
relumbra, color de hechizo”.

Tus gozos, ciudad, fluyendo
con el alma del rocío,
y tus penas, con el agua
que mana del crucifijo,
confundirán sus sabores
desembocando en el río.
El agua de canto y pena
tendrá el vigor de un buen vino.
Burbujeará entre las manos
enlazadas del cariño.
El recto amor que lo beba
sabrà que el mundo es un nido.

Mi ciudad: a tu costado
prenderé esta noche un río.
Su azul será el de mi verso,
su candencia, mi latido.
Dios consentirá el milagro
por tu sed y mi delirio.

Mi patria, la del trigal

Estoy mirando tus trigos
desde que aprendí a mirar.
Ya las niñas de mis ojos
son pura lumbre trigal,
mi lirismo es trigo alado
que mana harina lunar,
y el trigo nombro si quiero
nombrar mi argentinidad.
¡Soy casi una espiga tuya,
tierra mía del trigal!
Por eso en los simples surcos
de un romance mi cantar
brota sencillo en tu elogio,
casi trigo y casi pan.

Malones y montoneras
van por un tiempo alazán,
cruzan llanuras bagualas,
pintando tormentas van.
Malones y montoneras
—tumulto, sangre y erial—
galopan por tus leyendas
sin saber que alzando están
con su antítesis de sombra
tu dorada claridad.
Patria mía de los campos
crecidos en sol trigal,
relumbras, ¡cómo relumbras
copiando el juego del mar!

Peces de trigo en la sangre,
ojos de fiebre trigel,
Belgrano alumbraba pampas
mirando tu inmensidad.
En los claros de la guerra,
la bandera, al titilar,
lo vio contar las gavillas
de su esperanza candel;
lo vio bendecir, por siglos
de cosechas, todo el pan.
¡Ay! ¡Vivió labrando a espada
y se murió sin arar!
Mas su sueño hendió tu carne
y brotó de sol y paz.

A tu anchura, tras la estrella
de tu generosidad,
corazones para el trigo
llegaron desde ultramar.
Como un balido les diste
tu mansedumbre total;
y acunándote pusieron
tu vellocino a dorar.
Al cielo silencio echaban,
y cantos hacia el trigal...
Sus nombres son nuestros nombres
porque no se fueron más.
¡Qué bien los enamoraste
con tu resplandor de pan!

Tu trigo va por la tierra,
tu trigo va por el mar;

va hacia los hombres sin trigo,
y va en el nombre del pan.
Tu trigo, detrás del hambre;
detrás de tu trigo, el pan.
¡Que Dios tu suerte proteja
y la conserve trigal,
oh constelada de espigas
que al mundo dorando estás!
¡Que Dios tu harina prefiera
para su blanco sayal!
¡Que Dios en tu mies ensaye
su gran silencio de Pan!

Palabras a José Pedroni, desde Gálvez

Poeta: ya seis lustros que cae en el desvelo
profundo de tu vida una límpida gota.
Y creciendo y volando, la prodigiosa nota
de tu fiel gota de agua, ya es tierra, viento y cielo.

Aunque es justo que ignores a esta voz que hoy te nombra,
óyela por la luna que sin saber le diste:
Mi voz nació en el pueblo donde al mundo viniste.
Escúchala aunque suene tan sólo a roce, a sombra.

Pienso que por tus huellas, hombre de poesía,
por aquel primer verso que, celebrando al mar,
tomó sangre en la humilde tinta de *El Popular*,
me será aquí posible ser poeta algún día.

Que los grandes entonen tu alabanza total,
la de tu sinfonía —tu hombría—, que en la tierra
estalla en más palomas que en metralas la guerra.
Yo celebro tu voz sobre el pueblo natal.

Voy probando las calles que probó tu niñez.
Aquí empezaste a ser un largo sentimiento,
y fuiste silbo al viento y silbo contra el viento.
El pueblo de tu infancia vuelve y vive otra vez.

Aquí está el caserío soñando entre cereales:
Iglesia —¡cómo crece y echa su torre!—, hotel,
fonda rival de sopa sabrosa sin mantel,
y próspero negocio de ramos generales.

Si alguien dice: el domingo, dice aquí: la campana,
la misa elemental, el carro del colono,
donde al final esperan hijos, mujer y nono,
que el hombre fue a agotar a tragos la mañana.

Y no bien la mañana recorrió su garganta,
feliz de tanta luz, alza el jarro, y sonoro
estalla como un fuego. Tres voces le abren coro.
Y ya todo el fondín en canto se levanta.

Aquí la plaza pobre, sin primores florales,
—tu país para el trompo, la honda y la bolita—
donde suenan con magia de banda, calesita
y fuegos bramadores, las fiestas patronales.

Aquí anda la cuchara de tu padre albañil
alzando recios versos de exacta cal y canto.
Allá está el cementerio, con su nostalgia, a un llanto
del pueblo en dos partido por el ferrocarril.

Y allí vas, risa y sueño, a tu extraño castillo.
Tuya es la *iglesia nueva*. Ese viejo fracaso,
ese muro inconcluso es tu musgoso vaso
de libertad, de embrujo, entre el cielo y el grillo.

Tuya es la *mar chiquita*, también. (Sin sal ni arena,
con pala ilusa y lluvias formó esta mar un loco).
Si es tuya, es de Julián y de Félix un poco,
aunque ellos nunca ven su lírica sirena.

Y si es tuya *la mar*, más tuya es la laguna,
hasta el turno del sapo, la rana y el lucero,

hasta que los faroles enciende el farolero
del pueblo. Y si él se olvida, Dios te prende la luna.

Tu casa, que te llama. El dulce comedor
con la sonrisa mansa de la mesa de pino.
El patio donde el sol se parece al buen vino.
En el ropero, el lujo de un suavísimo olor.

La noche. El pueblo es polvo tras los tumbos de un coche.
Adentro el tiempo es humo de una pipa de yeso.
La noche es la dulzura —¡oh, hermanas!— sobre el rezo.
Una mujer que cose hasta el alba es la noche.

Tu madre. En ti se alumbraba, o se apaga en tu adiós.
Si no está, su retrato te acaricia y te canta.
Tu madre, temblor, hierba, “polvo, humo, sombra santa”,
tan parecida al pan, “tan parecida a Dios”.

Si un mes estás muriéndote, su lágrima suspende
noche a noche a la muerte. Y al fin más cristalino,
vuelves descalzo al alma del sol y del camino,
con tu ángel y tu perro, tu silbido y tu duende.

“José, —se burla el viento de tu verde cometa—
ya es hora de que lleves tu naranja a la escuela.
Aprendiz de albañil, toma el nivel, nivela,
niño blanco de cal y de luna, poeta”.

“José, —la voz de Ercilia ya es perfume de espliego—
hermanito, oigo en ti no sé qué son profundo.
Hazlo vivir. Desnúdalo. Dale a probar el mundo”.
Y tú le das el agua, la tierra, el aire, el fuego.

A veces, cuando callas, como un río de besos,
rozándote la sien, una voz pasa: "Hijo".
Pero tú andas, remoto de llanto o regocijo,
bajo una lenta música, calado hasta los huesos.

Calado hasta la médula, bajo una melodía
por la que todo instante en tu sangre es velero:
este asombro, esa dicha, aquel dolor primero...
Más allá del olvido serán palabra un día.

Ah, pronto, alguna tarde, te dirá la cigarra,
con voz enloquecida por todos los veranos:
"¿Sabes por qué te miran con júbilo tus manos?
Es víspera del canto, y el mundo es tu guitarra".

Voy viviendo las calles amadas por la infancia
que fermentó en tus venas como un mágico vino.
Tal vez, para marcharte, tomaste aquel camino...
El pueblo de tu verso se va como fragancia.

Pedroni: porque estoy, corazón en la mano,
aquí con tus raíces, con tu primer latido,
con tus primeros ojos, con tu canto dormido,
déjame que te alcance con este nombre: hermano.

Beatriz Vallejos

Nació en Santa Fe en 1922. Vivió en Santa Fe, Rosario y San José del Rincón. Publicó, entre otros libros de poemas, *Alborada del canto* (1945), *Cerca pasa el río* (1952), *La rama del seibo* (1963) y *Ánfora de Kiwi* (1985). Murió en Rosario en 2007. En 2012 la Editorial Municipal de Rosario publicó *El collar de arena*. *Obra reunida*, con prólogo de Celia Fontán. El volumen fue reeditado en 2015.

*Saludo a Kiwi
alfarero poeta.*

Temprano

En el cuenco de la mano
una pluma de sol

Paseo en canoa

La rosa del agua
enamora los remos

inclina reflejos
la quietud del sauce

Mensaje

Una botella pasa navegando

dónde
la vehemente ilegible?

qué mano
rescatará
el trasluz

Cruzando

el chasquido del pajonal
centellea silencio

Ánfora de Kiwi

Palabras creadas por las manos
el barro es otra estrella

paciente pensamiento del fuego
reconozco mi corazón

Del seibo ausente

¿nada más que leyenda
el punzó restallando el cielo
de enero?

Convivencia

el caballo pastando

en ancas
un pajarito amarillo

Cencerros

Madre de la tarde
 llamando vahos

todavía la distancia regresa

Pájaro campana

ramas no visibles
delante de las ramas

arpa como de agua

Ventana

mi almohada
las ramas del pino
distancia iluminada

Mi cabeza

octogonal cabeza
poliedro de la brisa

Quise bordar

Quise bordar
una corola
la corola fue pájaro

Quise bordar mi corazón
y regresó el pájaro
a llevarse las hebras

El muro

Humano don vestigio
inocente tótem de perfil

no restaura el tiempo
lo tatuado
grafía de umbría
soledad

el cielo lo rodea
campanillas azules
de otra sombra descenden
a iluminar
hoy no he visto caer una estrella
el trazo inmanente surcará
todo me ha sido concedido

Kiwi

Kiwi. Seudónimo de Héctor Rolando Rodríguez. Nació en Santa Fe en 1940. Vivió en Santa Fe. Publicó *Poemas* (1986), *Angüeras* (1989) y *El espejo natal* (1991). Murió en Santa Fe en 2011. En 2016 la editorial Iván Rosado reunió esas tres plaquetas junto a otros poemas inéditos bajo el título *Salir a cazar poemas*, con prólogo de Roberto Aguirre Molina.

Poemas

Las primeras flores del granado
apagadas en el rocío

6-11-86

*

Se detuvo
miró hacia atrás por encima
del hombro.
Al pasarse la mano por el pelo
saltó una rana
blanca

6-11-86

*

Tal vez apagan
la luna en las plumas
de una garza

*

Junco a la fuente
en el verde pálido de la orquídea

una vaquita se compone
apresuradamente.

Por la vereda lila
se acerca

7-11-86

*

Se afana bajo un estambre
el instante
estibador de pólen

7-11-86

*

En un tártago, escondido por el
mburucuyá
han hecho su nido los zorzales
ellos, que solían alborotar,
distrayendo
la atención mía o la del gato
hacia otros árboles,
ahora observan en silencio
cuando me acerco desmalezando

3-11-86

*

Chindo robó los pichones del nido
llevándose los al suyo.
Allí les da de comer en sus labios
migas de pan, granitos de mijo.
Pero sus plumas no vuelan
y él no sabe cantar

*

Es un embolsado
que pasa
flotando un hombre
el carro cargado de paja

6-11-86

*

Vigorosas paladas
apresuran el puerto

Ensimismado en la canoa
deriva

*

Solo el curucú
en la noche cerrada
y ahora, esto

7-11-86

No sabe cantar,
y sus plumas no vuelan

*

Eleva el vaso a los labios
y mira
con sus grandes ojos fijos
a ras del vino

*

Acarreo leña
Crujen las hojas en la senda
Vacilo. La presión aumenta
Al fin llego
Crujen las nubes encima

8-11-86

*

El sapo en la puerta de su cueva,
yo en la mía.
Miramos caer la lluvia

8-11-86

*

Va en pelo
corriendo una mariposa
por el campo

9-11-86

*

Al frenar, rompe las riendas de
trapo.

Ahora lo conduce de las orejas

9-11-86

Juan L. Ortiz

Nació en Puerto Ruiz en 1896. Vivió en Mojones Norte, Gualeguay, Buenos Aires y Paraná. Publicó, entre otros libros de poemas, *El agua y la noche* (1933), *El álamo y el viento* (1948), *La brisa profunda* (1954) y *En el aura del sauce* (1970). Murió en Paraná en 1978. En el año 1996 el Centro de publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral publicó *Obras completas*, con prólogos y estudios de Hugo Gola, Juan José Saer, Sergio Delgado, María Teresa Gramuglio, Martín Prieto y D. G. Helder, reeditado en varias ocasiones.

A Hugo Gola

(por sus 25 poemas)

La culpa, amigo, igualmente, sería
de tu corazón
si no podemos, ahora, más que quemarte un hilo
de gratitud
por el aire que te debemos
desde cuando
temblándote demasiado, oh, demasiado, de los caminos del azul,
igual a una golondrina,
debió, él, ser despedido, y de este lado de la línea, aún,
despedido al aire...

Pero cómo corresponder, verdaderamente, al aire?...
Mas el Domingo, el Domingo, el Domingo, traspasaría
las ventanas de la pesadilla...
y fuesen los otros, entonces, fuésemos nosotros todos, quienes
giraríamos con el aleteo
sobre el cielo del rocío
o del cielo del lino...
ya que el aire espumaría, a lo sumo, en esos visos
o ese diluir,
fuera del no, se sobreentiende, a los remos,
desde lo
[inconsútil...

Aire, él, así, de perderse en el aire
para inscribir las albricias que excederían los vidrios
y despabilarían la melancolía...
y aire para las albricias
del propio silencio...

y celestes para mojar los pies
de los soplos,
y transparecerles, aún, las ondinas...

Aire para respirar el confín, y más abajo y más alto del confín,
hasta los trigos que han de subir
y los que han de descender, ¿por qué no? en las dehiscencias de la luz,
con la madurez del
[ángel...
y aire para respirar las fuentes, aquéllas, de que sabía la varita
del niño con el lebrel...

Aire para reconocerse en la extrañeza
del amanecer...

Aire para no morir de amor y de nada
sobre las azoteas que se han quedado, repentinamente, sin nube...

Aire para hacer que las sílfides de Junio, aún,
se olviden de la vía pública,
y se desnuden, delicadísimamente, en el hueco de la palma...
aunque en un nadie, al final
por caérsenos
y por írsenos...

Aire asimismo para el escalofrío que nos corra, de pronto, hacia el nunca,
los visillos del atardecer...

Y aire de solcito para enjugar la tempestad
y empinarnos, otra vez, desde el alba
de rodillas, aún,

hacia el flujo de la radiación,
tal el maíz que, luego de los doblegamientos del sur,

enfila, matinalmente, el estío
y vuelve a rozar, lo mismo que un río, lo invisible
que pasa
por la siesta misma...

Aire para librarnos del muérdago de las palabras
y de las telarañas de la visión
y del cementerio de los visajes,
de modo que la inocencia de la sangre sea, sin más, la que mire y
[sea mirada
por las “visitas” del límite...

Aire para no llorar, sobre la cima de la noche,
por el cereal y la vid que mediaron
mientras pudieron ser, ay, la participación de la harina
y el trasiego del sol mismo
tostándose a las cigarras...

Aire para la fe en la cabellera que no se percibe
sobre el fin de la danza,
pero que ha de proseguir, aunque en la pleamar, y aunque, quizás,
[ensombreciendo las medidas...
que ha de proseguir
abriéndose a la melodía
que no yacería, entonces, a los pies del sauce,
sino que continuaría trasminándolo, arriba, en la marea de la “celistia” ...o de la luna

Aire para desasirnos de los hábitos, entre los zapatitos de por ahí
o del baldío,
y el vahído de las galaxias...

Aire para no perder nada de la ribera... ni el limo...
ni un ánima de los pajonales
o la grisalla... :
nada
antes de aparejar...

Aire, así sea de duelo, para esas lilas que exhala desde la eternidad o poco menos, el aire,
cuando su corazón mismo
palidece, infinitamente, sobre las velas...
y el agua, y las islas, y el suspiro de las islas, fina, fina,
en la aspiración del este
y del fondo...

Aire para ese secreto de equilibrio cuando Marzo termina
de flotar, al fin...
y de ultrazularse, sobre el véspero, al fin...
y cae, cae, en un deshilamiento
de olvido...

Aire para esperar del otro lado, ya, la ramilla que fuese:
la extremidad, por ejemplo, en plata,
del medio,
a fin de posar, de algún modo, el parpadeo que erraría por la pena, aún,
de un estuchecito,
o de una puntita, mejor, del cariño...
y para esperar, también, el viento,
y poder apurárnoslo todo, después, a la manera de un álamo...
y la prima-tarde, todavía, que tiritita
con menos frío, tal vez, que por allá para prestar un asilo
a sólo, acaso, una ausencia...

Aire para escapar, asimismo, al país
de los descubrimientos con el “amigo”,
o el “cómplice”, en verdad, que los orejeaba, invitándonos a sobrevolar
o a pulsar, invisiblemente, los límites...
y en cuyos estremecimientos, al igual que en las gramillas, fluían, ya, todas las pistas
de los misterios...

Aire aún que se retiene, serenamente, a favor del fosforillo
que hacemos, ya de los huesos,
en relación a ese hálito de sombra que, de improviso, antes nos asía
con la retirada del mar
y las aventuras de la semilla,
y que nos obligaba a bajar la vista, todavía, al empuñar, en una ráfaga
nuestra sensibilidad de juncos...
mas hálito que ahora no podría, no, no podría
con esa llamita
cualquiera fuese su línea...

Aire frente a los hechizos de la intemperie desliéndose al sitiarnos
pero para mejor vaciarnos, se diría, en ellos,
o dejarnos, al fin, en el sitio...

Aire para el hastío que se hiela, nuevamente, por el mismo
espliego en alma,
más allá de esas ramas en que el sentimiento, otra vez, no tiene, no, no tiene ni una hoja
y ello, justo, cuando no nos hemos decidido, todavía
entre las canonizaciones del campanil
y las “veladas”
del ave
que, sobre las crestas del tiempo, percibidas, al parecer, solamente por ella,
desgarra el sueño del mundo...

Aire para la neblina que nos vuelve, una mañana, al “principio”,
a antes de la chispa
del círculo en cuyo centro ella floreciera
y donde diese, consecuentemente,
el fruto del centro...
ese fruto que, luego, no gravitaría, de ningún modo, por la calle
que encendían, sobre todo, unas manos
y unos títulos...
pero que no puede, ahora, amanecer con las sonrisas y los brazos
que deben amanecer,
pues la bruma ahoga a éstos...
los ahoga
junto con el fojerío y las vidrieras que se destilan y la basca que nos hinca
desde la plaza
en anticipación de la plaza
y el paraninfo...
Los ahoga
en un mismo destino de cinc, pero de óxido de cinc
con una vaguedad de mollina...
Mas, aire, seguramente, frente a las tentaciones del regreso
o las químicas, quizás, del final...
y aire, aire, para las fundaciones que quepa
entre las blandicies de blanco... :
no sólo, no, los dedos que se nos tienden en gamuza...
ni el planeta por saltar sobre sí:
en la urgencia de bases, bienvenidas, desde luego, las que nos facilita
el mineral que nos arma, también,
desde las colinas a los nevados:
y bienvenida la corriente y bienvenido el follaje y bienvenida la piragua
y bienvenida la cucharita...
y bienvenido lo que pesa y nos da el hombre, todavía...
y nos defiende, aún...

o la exclamación que nos estalla la azucena
desde las raíces...
o las sílabas que nos laten, ya, los surtidores que han de abrir
en las venas de la donación...

Aire, en fin, en apelación hasta a la caliza, sí, hasta la caliza,
sobre el relajamiento de él mismo...
en apelación a lo que no tenga, en fin,
esta mollería o este gas
al que, por otro lado, cederíamos
en la debilidad por no ser sino algo de su "pobreza" por ahí...
menos que una volutilla...
menos que uno, si cabe, de esos imposibles de armónicos...
y ello, a su vez, sobre los votos
y los llamados de todo orden que nos gritan, incesantemente, a las espaldas...
y ello cuando por la lejanía
duda, más que nunca, más que nunca, el violeta de las glebas...
y hay digitales que piden
y hay digitales en ofrecimiento...
y hay calzado de aparecidos, o de quiénes? en sueño
o riendo... o llorando...
y está la historia que nos atraviesa, y están
los tentáculos de las "luces"... :
la debilidad, es cierto...
pero la escala de Jacob, asimismo, para la comunicación de los abismos
y la lucha con el "enviado"...

Mas qué... amigo mío, en resumidas cuentas, qué son unos airecillos,
y aún cortándolos abusivamente de sobre los aires
o el aire
que nos dieras a palpitar?

Y los entre-aires, además... y los trans-aires, todavía, de los descendimientos del éter
y de los ascensos al éter...

Y para peor, y un poco sobre el grito, allá, que no pueden emitir...

deslizándonos, hemos dado en hacer o hemos

[querido hacer,

iguales a una flauta, al fin,

aires sobre aires

o en el aire...

Pasen, pues, estos estambres por el humo o por el humillo, más bien, que apenas ha de verse,

de una acción de gracias

por el desplegamiento de flor

y por la incorporación de ese espíritu de las travesías y del nido

que el licenciamiento de tu corazón, amigo,

nos vale, continuamente,

desde, en verdad, todo el aire...

A Juan José Saer

(En su casamiento)

Con qué estrella, pues, las nupcias, si querían
todas el anillo?
Y no celaría la propia noche, asimismo,
a la elegida?

O qué dirá cuando la dejes por el círculo
que viaja
y desciende, desciende
de una luciérnaga a las briznas...

O a través de los jazmines que a los suyos replican,
y tras el vidrio,
por el círculo de la lamparilla que equilibra y hechiza
la hora en desliz...?

Mas porque de otro lado has de tener este halo
al regreso, o mejor, a la subida
del "limbo"... :

el halo pronto a tender
la sonrisa que habías menester al bajar, también, la "velada"
por perder pie
ya que a esta misma, entonces, no podrían
oportunamente advertirle
sus pupilas de escalofrío,
pero que aún ha de curvarte, aún, sobre las líneas a asumir
esa sangre siempre encima,
ay, de los filos
o abierta por ellos
cuando deben cruzar las hojas de un relámpago y verterla
sólo sobre los grillos...

Y porque has de tener, también, aquella bienvenida
de una fosforecencia al anochecer
de tu fatiga de ciudad por hundirte, casi, hasta el desvío
que te accede
póstumamente, en lila...

(Mas antes, es cierto, has de tener la providencia
de una nube
para enjugarte el mediodía
y pasarte la gama de los graves con esa piedad de muselina
que embebe el minuto...)

Pero, principalmente, en aleluya por esa trinidad
de la luz
deshojándose sobre tu vigilia
con su final de espíritu en el modo de un nimbo...

Y porque ello, todavía
será en Colastiné o en el aura de Mario en el aura por sentir
de Hugo en camino,
para la vecindad de otra existencia, así
de "rosas de orilla"
apurando su "contradicción"
en la aventura de trascenderse sin cesar, abriéndose a la brisa
de todas las "frondas"
e igualándose a los momentos, que al leerlas,
les abisman las mariposillas...

Y en la fidelidad, desde luego,
bien que casi en lo invisible,
al limo del tiempo...

y no sin armar, indudablemente, esa seda de la que ellas, al fin,
sólo se responsabilizan... :
por todo ello el canto, además, a la subida
de ese amanecer
que a su pesar, quizás, hiera,
por ser de rosas, justamente, el rosa del idilio
que deslíe
el litoral por ahí,
aunque a fuerza de desgarramientos, primero, y de todas unas vísperas
en la oscuridad, luego,
ellas lleguen, poco menos,
que sobre sí
a flotar y a radiar, y hasta ceñir
desde adentro, a la vez,
los silencios, precisamente, de los gritos
de esos silencios
de que se vuelven, como hojas, los oídos que aún se miran,
y se miran,
a una fatalidad de rimas...

Y alcemos el corazón, amigos, en la copa de las rosas, que es decir
la del brindis del día
con la mano que, en levitación, ha de seguir
el ala del latido,
y que será, también aquí,
la del día
del día...

La poesía de José Pedroni

en sus 30 años

Y ella estaba en el sueño del aire. Ella.

Dulce perla por nacer. Y ella fue gota.

Ella fue gota para la sed que se desconocía
de las flores perdidas y de los sentimientos olvidados.

Fue lluvia. Lluvia de gracia. Oh, hada que bailaba
sobre el estío herido, amarillo...

Fue la gracia de la sombra bajo las alas del cielo.
Y fue la penumbra íntima con la mesa y el cristal.

Y fue la lucecilla a la altura del pecho para las lunas del ser...
Oh, la ternura de puntillas por las nueve lunas del misterio...

Y ella abrió ojos azules sobre los trigos de la epopeya,
blanca y rubia, ella, como los héroes del surco,
ligera, ella, al lado del momento oro y celeste...

Y en el filo del viento, niña libre o libélula,
los mismos ojos pálidos sobre el sueño del nativo campo libre y su
figura altiva...
los mismos ojos pálidos sobre las mujeres que vuelan...

Y ella fue humus leve para las cenizas dulces:
de aquellos héroes oscuros y de los cariños vecinos,
y de la sencillez filial que se durmiera con su cuchara de albañil...

Y ella acordó como nadie su voz para la misa de los bienes: los tesoros que hay que cuidar y que ella “guarda a veces, con cierta ansia, tal como se esconde una luciérnaga en el hueco de la palma”...

Y ella fue pura en el culto como nadie,
y la luz invisible y las memorias se hicieron nueve lámparas...

Y ella fue grave, delicadamente grave, en la siembra del pan,
y ella puso algunos útiles y herramientas en su humilde escudo de armas...
y miró a las máquinas, ella, como a otras criaturas...

Y en la “puerta de la tierra”, ella, alzó la llama celebrante
para el sudor largo que la hizo azul y blanca
y la cuadró de tapices casi breves entre las líneas de los paraísos...

Mas no en vano creciera, ella, cerca del fuego artífice,
y viera allí las aves listas del acero
y las violaciones de su dulce hermanita, hija de las nubes...

No en vano viera allí, varias veces, que las fábricas no tienen corazón,
mientras salían arados y arados, de rojo, para los otros cielos,
y eran dados de baja los viejos padres de todo...

Ah, la niña, venía del agua mínima, y había querido siempre darse,
y había sido ya, “la poverella”, de los llamados más imposibles,
y había ceñido ya contra sí los latidos más débiles...
Y ella vio las espaldas innumerables sobre las que se alzara el edificio,
y ella sintió el perfume de sangre de las frágiles flores...
Y ella se sintió debida a una pena secular...

Y ella tendió las manos a las manos inmemoriales
que lo habían hecho todo, y estaban, sin embargo, vacías...
que la seguían sosteniendo a ella misma en la red oscura de los días...

Y ella se puso al lado del gran cuerpo amasado en el dolor
y saludó el destino que tienen al nacer, con su sangre y el aire,
ochocientos millones de almas, allá, en el honor del día...

Y saludó a la vez la nueva conciencia ganada en una victoria más dura
que las logradas sobre la tierra, las aguas y los cielos...
Y ella saludó el bosque de brazos que ha de apoyar el azul en todo el mundo...

Y ella dio como nadie, aquí, la eucaristía nueva,
en la mesa tendida para la buena fe de todos...

Y ella fue la palomita de la virgen a las orillas del Salado
llamando asimismo a los aromos contra el rayo...

Y ella miró hacia el sur con los ojos mismos de la Patria,
y asumió el nombre de su pueblo con los leves pies en los caminos...

Y así cumple años, ella, como una espiga al amanecer
madurando dulcemente sobre los pasos unidos que van hacia el amor
y que vienen también desde el fondo de Mayo bajo un vuelo de cielitos...

Y así cumple años, ella, asida de las manos nudosas,
sencillamente asida de las manos nudosas y de las otras manos,
para la ciudad del hombre, al fin, en el Domingo que será...

Francisco Urondo

Nació en Santa Fe en 1930. Vivió en Santa Fe y en Buenos Aires. Publicó, entre otros libros de poemas, *La Perichole* (1954), *Nombres* (1963), *Adolecer* (1968) y *Son memorias* (1970). Murió en Mendoza en 1976. En 2006, la editorial Adriana Hidalgo publicó *Obra poética*, con prólogo de Susana Cella, reeditado en varias ocasiones.

Arijón

a Juan L. Ortiz

a Hugo Gola

ha raspado mi hombro
desvío arijón ha sido
un espinillo que se aparta al pasar
dolorosos recuerdos
o peligrosas intenciones

era cuando crecía
como cualquiera
es simplemente el camino que se recorre
y desanda sin temor
fueron miradas
que vieron cada vez más y llegaron
—costeando el *paraná* por supuesto—
hasta estallar al norte
por *san javier*

y tuvieron que pensar
esos pobres ojos partidos
saber que nada era tan fácil como ir
ni tan penoso como buscar
desenterrar la validez
en nuestra intimidad más difícil

*

heridos por la luz
por el fragor de tanta infancia
nuestros ojos en cada atardecer
en cada serenidad del aire
en la ausencia de un solo movimiento
de algún soplo en el temor desencadenado
oculto detrás de la quietud aparente
del falso éxtasis

sólo el zumbido de los mosquitos
planeando sobre nuestra inquietud
irritando cada noche
antes de que huya la oscuridad
como arrepentida de perseguir
con esa ternura nuestros pasos

desde entonces vuelve
aquel significado propiciatorio del crepúsculo
vuelve hasta que toda sea
la única realidad que no se puede transformar
que asusta con la inconsciencia
que seduce con la libertad
una absoluta sombra
un eterno pliegue

*

fue allí siempre
junto al río *coronda*
donde las aguas fuertes
agredían la tierra
o descubrían los cangrejales absortos
o convertían la orilla en barro divino

la canoa era la aventura
el ceibo no era todavía símbolo nacional
sino una flor
—una mujer encendida—
y la arcilla blanda
la prueba de nuestro alcance
la resistencia

y fueron los primeros aromas
los ademanes primeros del amor
—como una olita—
abatidos como un junco
penetrando
—como el calor del barro en el pie sumergido—
comunicando la primera ternura creadora

—descalza cimbreante tibia
las que acompañó
las primeras andanzas
jugosa como el ceibo
junto al *coronda*
roja como el sol y su sangre—

no se sabe si allí fue
junto a los pajonales
donde fueron revelados
o donde se ocultaron algunos secretos
no recuerdo si entonces fue
por el llamado seco de la cascabel
o por las magnolias
o por el sol

caminando se llega
a las islas altas y cambiantes
del *coronda*
se ignora qué riesgos significan
si es allí el temblor dulce y perecedero
o la traición
si es el sábalo lucido
o la ausencia del hombre de la isla
uno no sabe si es el laberinto verde y rosa
donde la avidez se transforma y se multiplica en el crepúsculo
o es que todo no existe
o es que al menos aparece por nuestra imaginación

en las islas altas y cambiantes
era posible olvidar mirando
eludir mirando
tratando de sorprender la gracia y la maldad
era fácil quedarse y esperar
pero en las islas altas uno fue
estuvo merodeando y con la adolescencia voló
y es ahora penoso no volver a jugarse el destino
a torcer el itinerario de las aguas calientes

*

hubo que ganar la victoria regia
para mecerla con el amor

fue en la *laguna de los espejos*
de aguas prohibidas a los amantes

costaba hasta lo más simple
pero ya se presentía que la placidez del agua
o la munición de los dueños
no derrotan aquella voluntad
no postergan las ganas de vivir

en la *setúbal*

laguna grande como el claustro materno
habían aprendido el amor
dejaron de ser niños
crecieron en las fatigas húmedas
circundaron el bochorno
resbalaron por los sauces
crujieron con el viento del norte
dejaron de ver en el verano
para soñar en las largas siestas
creyeron en la soltura
y seducidos por los movimientos
siguieron a las aguas
a los bañados libres en las crecientes
con su carga estricta de conquistadores
de peregrinos dudando entre la razón y el deseo
fluctuando entre el abismo y el monte

agriados en la dureza de la adolescencia
con las arenas del *rincón*.

con el jugo y el color de las frutas
y el sueño de las ginebras
y la trascendencia del alguacil

los pasos
incrustados en la arena
buscando la huella
la madurez la visión
el abandono lento —sin resistencia
o sin temores—
en aquella última oscuridad

*

y llegamos al *arroyo leyes* después del amor
helados por la muerte
que allí también giraba en el vértigo de los remansos
en la rapidez de nuestra imaginación

llegamos temerosos del descanso
largo y activo
de las aguas

la casa de los cuervos soportaba
la lepra y la literatura
siniestra
ajena a la descripción

complicada en la fiebre
asomada aún al filo caliente del cuchillo
al coraje agitado
poseedora de este y aquel tiempo

se bebía el golpe de la sangre

y se escuchaba el lonjazo del amor
“no ha pasado
nada ha concluido aún
sigue el juego”
dice la vieja casa roída
ahogada en los bañados
escondida en los pajonales blandos y juntos

*

algunos pescadores navegan el nervioso *leyes*
algún aire conmovido sacude las hojas

el porvenir está en el próximo recodo
el pasado mira por el hoyo de los remolinos
el presente silba como una víbora

canta en las cuerdas del río
y huye detrás de la aparente tranquilidad

*

el sueño del verano
el sudor de las frutillas
la axila tensa
el vino tibio de las mestizas
—piel marrón
ojos azules

vecinas de la fiebre de *cayastá*—
a beber
decíamos
el asalto del aire
a destruir las trampas de la seducción
a correr abiertamente tras el deseo
a rodar entre los sembrados
sobre el blando lecho de polvo
también allí han quedado
las huellas fieles a los que vienen

sí
refrescaremos nuestros labios secos
ahora también dulces
lustrosas hijas de india y de polaco
sedientos ahora también
por el calor fuerte de entonces
por la llama erguida de siempre
por la temperatura de ustedes

*

y se mantiene esa pequeña vibración
se desconoce si ella es nuestra
o un latido de las aguas
es un temblor que se teje
de un lado a otro de la trama
y que llega hasta *san javier* incluso
donde los bañados se mezclan con los algarrobales
donde el arroz aún elimina

a “mucho ignorante” donde la tragedia vibra
en el contorno de un carancho
lugar donde aún permanece el dulce casero
el aparecido
la superstición la diamela de los patios
la enredadera fresca y propicia para conversar
para el amor entre los hombres “de mano en mano”

allí y antes también
en *cacique ariacaiquín*
los últimos indios caen
sin quejarse
y el hachero también allí calla y anuda sus huesos
hilando la trama que va
de una punta a la otra del paisaje
de un vínculo a otro de la juventud
ellos también resisten la crueldad
y esperan
la hora de la palabra y la soltura

*

todo nacía en los salitrales de *sauce viejo*
junto a la esperanza arcillosa del *coronda*
en *arijón*
que nos araña como una mujer ávida
como el filo de las cortezas
como el calor del pecho
y la ternura rápida de una mano
y hasta tan lejos llegaron los bañados insurrectos
y los remansos

y hasta tan lejos para perderse
en las maderas del *chaco*
de ese lado y hasta tan lejos
siguen la yará el sueño la tensión del amor

Hugo Gola

Nació en Pilar en 1927. Vivió en Santa Fe, Londres (Inglaterra), Ciudad de México (México) y Buenos Aires. Publicó, entre otros libros de poemas, *Veinticinco poemas* (1961), *El círculo de fuego* (1968), *Retomas* (2008) y *Resonancias renuentes* (2011). Murió en Santa Fe en 2015.

Y ADEMÁS
mi corazón
tiene la culpa
porque nació
tan tibio y sorprendido
y yo también
un poco
y este cielo
y estas mañanas libres
y estas calles
por donde el aire estalla
y este gran infierno de los hombres
tiene la culpa

Pero
sobre todo
mi corazón
que no me deja
mi corazón
que me derrama
y me pierde

La culpa es mía
la traigo desde lejos
pero qué puedo hacer

sino vivir así
y andar a cada rato
con un dolor
y un sueño
custodiándome

Qué puedo hacer
si el corazón
me vino enorme
y tiembla
por cada soplo liviano
qué puedo hacer
sino abrazarlo
o cuanto más
echarlo al aire

UNO LLEGA a esta altura
inadvertidamente
pasa la línea de los 30 años
y se da cuenta
de pronto
que no basta homenajear al aire
que el silencio
y el brillo
y la declinación penosa
de la tarde
son apenas
un soplo
un umbral
una mira que se alcanza muy fácil

Uno llega a esta altura
y el aire
toma otro vuelo
y las palabras
ligeras
tiernas
pesadas
adquieren
una presencia
terriblemente grave

Uno recuerda
el caballo y el campo
pero es su galope obstinado
el que vuelve

Uno llega
y de pronto
se da cuenta
que el árbol
y las calles
y el vértigo del amor
ya no son
el mismo árbol
el mismo espacio
la misma ráfaga
sino los puros elementos
desnudos de toda sustancia
girando
en un juego diabólico

Uno abre de pronto la ventana
se asoma a la tarde
y no ve solamente
el sol
esa nube rosada
aquel cielo liso
ve el silencio
sobre todo el silencio
cruzando encendido
un aire de fuego
ve la terminación
de este naranjo
y la de todos los objetos

Uno llega hasta aquí
y ya no puede
como antes

mirar serenamente
los ojos
tienen un relámpago extraño
la boca
los labios
todo toma una veladura imperceptible
todo cae
bajo una lluvia finísima
que invierte el movimiento
o mejor
que altera
la dirección
de todo
el movimiento

Es extraño
de pronto
la noche
no es la noche
y tus brazos
y esta mano
que tiembla
cambian su ser
para alcanzar
una libertad
desconocida
como la que sientes ahora
de pie
sobre esta llanura
poseído
de un entusiasmo
terrible

EN ESTA CIUDAD

he visto reunirse muchos hombres
para homenajear
para celebrar
para cumplir con los ritos de la muerte
o festejar un nacimiento

En esta ciudad
he visto hombres solitarios
he visto prisioneros
he visto héroes ferozmente maltratados

No es cierto
que vivamos aquí
apenas sobre la cáscara del mundo

Todos los sucesos
las diversiones extremas
las más extremas tristezas
están aquí
y para todos

Equivocadamente mis amigos
hablan de una experiencia extraña
hablan de aventuras
hablan de países en los que todo sucede

Equivocadamente
hablan de una comunión de libres
de un amor
de una pasión
iluminada para siempre

Estatuas caídas habrá en el paraíso
luces ciegas también en el reino de los cielos
ojos marchitos
sillas desfondadas
ceniza vertida por el suelo
botellas rotas

Fluye aquí tu corazón
y fluye el río
la llanura brilla
y se oscurece

Aquí está la médula del sol
es necesario comprenderlo

RESONANCIAS RENUENTES

1

la ciudad

la ciudad

se recuesta sobre

el río

y los riachos

sobre islas

pero más bien

sobre un campo liso

llano

sin sobresaltos

una especie de descanso

¿de qué fatiga?

la hicieron de a poco

pusieron los mojones

las marcas iniciales

cuatro siglos atrás

sobre un desierto

sobre un vacío

las tierras eran muy fértiles

no un desierto

entonces

sino campos extendidos

sin surcos

sin gente

hombres vinieron luego

los árboles enhiestos
 endulzaron por momentos
aquellas ráfagas
 de viento despiadado
y rebajaron
 en parte al menos
las desmedidas rachas
 de calor
atenuaron
 la amenaza
de locura

2

mosquitos
 mosquitos
 con agujones
agresivos
 desvelaron
 las tardes
y las noches
y hubo caballos
 salvajes
 con las crines
 al viento
 inalcanzables
en la llanura abierta

estos fueron
 los primeros pobladores
dieron color a aquellas soledades

los colores
de su pelo variado
colores que se alojaron
en la retina

3

los hombres
las palabras
el ganado
fueron ganando
ese espacio silvestre
palabras primarias
llegadas de todos
los suburbios
sirvieron al principio
para intercambiar desdichas
para resistir
las embestidas de la
extensión
y el desamparo

no es posible
olvidar ese comienzo
está enredado en las vueltas
y revueltas de la sangre
en los primeros sobresaltos
del corazón
también en los relatos
primordiales
aquellas búsquedas

eran tropiezos sucesivos
repletos de horror
y de coraje

así se fue gestando
aquel sonido
de la palabra
bárbara
un incipiente perfil
que luego forjó
la diferencia

Juan José Saer

Nació en Serodino en 1937. Vivió en Santa Fe, Rosario, Rennes (Francia) y París (Francia). Publicó distintas ediciones de un único libro de poemas: *El arte de narrar* (1977, 1988 y 2000). Murió en París en 2005. En 2014 la editorial Seix Barral publicó *Poemas. Borradores inéditos 3*, con prólogo de Sergio Delgado.

Aldo

La boca cumple un enorme papel: toma
el vino tinto, de a poco, a lo largo de la noche,
y devuelve, incansablemente, iluminándose, el verbo.
Y cuando está en silencio, los labios se mueven todavía,
se estiran, se entreabren porque los dientes, sin motivo,
sin ninguna pasión, por pura costumbre, se aprietan.
Es, se ve bien, un reflejo que viene desde el fondo, o mejor
dicho desde el principio. La calvicie
no alcanza más que la coronilla, la frente,
y en la nuca, y a los costados, el pelo grisáceo termina
humildemente, escarolado, insumiso.
En el conjunto, la cabeza vendría a ser
de un gris ceniza evanescente, la cara
rojiza, a causa quizás del vino, y los hombros,
cubiertos por el saco azul marino, resaltan,
como contra un infinito, contra el afiche amarillo pegado a la pared.
Está todo aureolado, si se quiere, de grafismos negros.
La mesa del bar, al lado de la vidriera, es, entre todos,
el mejor lugar; sobre la mesa
el vaso de vino, medio lleno, que la mano,
negligentemente, toca: de esas manos, se ha sabido decir
que, como las de Borges, son blandas, evasivas. Las ha ocultado
parece, a medias, desde siempre: ¿un complejo? Y a veces,
sin embargo, pueden moverse, elegantes, en el aire,
diciendo un alegato mudo en favor, por ejemplo de Baudelaire,
y en ellas, entonces, todo lo que le queda de pasión se concentra.
Pero no es, propiamente, una pasión:
son como unas señales, rápidas, que le llegan, de vez en cuando, desde
lejos, desde el fondo, probablemente, o desde el principio,

y alrededor de cuyo centelleo, todos sus días,
que él se dice vivir, inútilmente, en dispersión,
como un milagro austero, para el oyente, se reúnen.

Octubre en Tostado

a Hugo Padeletti

Leopardos en la luna, y esas cosas
(un hueso, ramas, una fotografía)
que no pueden nombrarse: el tiempo las ignora.
Horas breves de días breves *en la corriente fugitiva*.
La huella es liviana
sobre el sendero: la arena cambia
y oculta sin cesar los arabescos
fortuitos, las palabras escritas con huesos
y con ramas en la piel húmeda
estragada de ayer, entre rosas
ardiendo sobre ceniza. Leopardos
en la luna, y cosas cuyo nombre
deslumbra o mata:
el tiempo las destruye.

Diálogo bajo un carro

a Rafael Oscar Ielpi

*Porque entre tanto rigor
y habiendo perdido tanto,
no perdí mi amor al canto
ni mi voz como cantor.*

(La vuelta de Martín Fierro)

Estando, por razones políticas, exilado en el litoral, un poeta argentino del siglo pasado, llamado José, recibió, una mañana, la visita de Rafael su hermano. Comieron un asado con vino negro y, como hacía calor, se echaron a dormir la siesta en el pasto, bajo un carro protegido a su vez del sol por una hilera de paraísos. Los dos tenían camisa blanca, sin cuello, entreabierta en el pecho, arremangada, y el vino, la carne gorda y la resolana los adormecían. Con los ojos cerrados, o protegidos con el antebrazo, entre grandes intervalos de silencio, antes de entrar en el sueño profundo que duraría hasta el anochecer, mantuvieron el siguiente diálogo:

JOSÉ:

¿Y han de pasar, nomás, para nosotros, los años? ¿Vacilación, sangre, vacío, habrá sido nomás nuestra suma en el árbol de las horas? A veces, nadando en el río firme de la fraternidad, qué tentación, qué tentación, hermano, de echarme a morir, o separarme para mirar, callándome por fin, desde la orilla, el delirio. Estos pueblos se me antojan a veces como un pan en llamas.

RAFAEL:

Un pan en llamas, sí, un pan en llamas
y una llave en llamas que hubiese debido, inocente, abrir ese pan.
Los tigres comen cruda
la carne que pillan en las matanzas
y las cabezas de los mejores se hacen tasajo en la punta de las picas.
El diablo bendeciría este siglo, si fuera capaz
de bendecir.

JOSÉ:

Y estamos echados, sin embargo,
en este silencio, a salvo de un sol continuo, implacable,
bajo este dije de paraísos, donde es más denso
el olor de los ríos que el de la pólvora: dos hermanos
que salían, en la infancia, a cazar, y volvían, a la oración,
trayendo una maraña de caseros y las rodillas sangrantes,
dos hermanos que se abrazan cuando lo admite la guerra
y juntan, si pueden, bajo una lámpara, los pedazos de un mismo
recuerdo. La borra de esos momentos será una nación.

RAFAEL:

Que ha de quitarnos, algún día, hasta el frescor de estas hojas.
Y que, de nuestros sueños, los más oscuros, los que vuelven
continuamente, cada noche, como quisiéramos, en la red
de la pesadilla, que volviese el sabor
de la leche de nuestra madre y que volviese la sombra de su pecho,
de nuestros sueños nos hará,
al borde mismo de la muerte, convictos. No esperábamos, no,
volviendo en el aire lila, a la oración,
con las manos llenas de pájaros y las rodillas que sangraban,
encontrar, en una esquina del tiempo, o de la historia, el pelo
enmarañado de la guerra. Y ya no somos, para nuestra madre,

los héroes que vuelven, intactos, entre una suerte de resplandor,
a la casa que crece, sino dos hombres hechos pedazos,
sudorosos, que levantan, por pura costumbre, el fusil,
para gatillar de una vez por todas, y una vez más,
contra la bestia anónima
que come, parsimoniosa, nuestros años. En las ciudades,
no hay más que entrar a un café, o a un negocio,
o pararse unos minutos en una esquina, a mirar la multitud,
para ver los rastros de la bestia manchando todas las caras.
¡Si hasta los mejores terminan, como lo hemos visto,
con el cuerpo separado de la cabeza! No, decididamente,
no pareciera haber cosas claras por las cuales luchar. Y la simplicidad
de las víctimas, que por sí sola bastaría,
tomando envión, para cambiar hasta la forma de las estrellas,
¿qué hará de sí misma cuando su sed se haya calmado?
¿Cómo ganar la guerra si nos alimentamos
con el veneno que nos vende el enemigo? Y no nos queda,
sin embargo, otro remedio más que seguir,
ya que el delirio más grande consistiría en pararse,
entre las balas, en el centro
de una red de cuchillos, a repudiar con una voz
más débil que las detonaciones. A veces me sé decir

JOSÉ:

¡Sht! Se mueven las hojas y no sopla, sin embargo,
ninguna brisa. Es una forma, propia de los árboles,
de cantar por sí solos, cuando no hay viento, o de hablar,
más bien, en voz baja, en un lenguaje que es de este mundo
y de ningún otro, aunque a menudo no lo entendamos,
y no tenga, aparentemente, traducción.

RAFAEL:

No oigo nada, nada
más que este siglo ensordecedor; nada, como no sea
el lamento monótono que se levanta de las ciudades,
los grandes golpes del sable contra el cuello del condenado,
el chillido de los monos de etiqueta despedazando
el mapa del mundo, el cotorreo
en las cenas de sociedad, y la jerga de los pedantes. Nada,
salvo una voz que se cuele, a veces, desde la infancia,
para decir, muchas veces *No era esto. No era esto,*
y apagarse, en seguida, llorosa, en la oscuridad.

JOSÉ:

Y sin embargo, saben hablar, algunas veces, los árboles,
con un susurro que viene, de golpe, de las raíces a las hojas,
y las hace temblar. ¿Nunca escuchaste, tampoco,
curva, paciente, la voz del verano, que no habla
en las cosas ni por ellas, sino para sí misma y en sí misma,
en los grandes espacios y en el río de la siesta?
Si hubieses visto, como yo,
al aclarar, venir, desde la nada, los pájaros,
y edificarse, desde la nada, la luz,
recomenzando, trabajosamente, día tras día,
no como consecuencia, sino condescendiendo a las leyes que observamos,
y recordaras, estremeciéndote, como yo, desde una cama
solitaria, la espuma del amor, bajando,
como una vestimenta nupcial, al encuentro
de su llanto, no quedaría, de esa pesadilla, ni la escoria,
aunque más no fuese por un momento. Porque hay más de una
realidad. Hay más de una realidad
o un nudo, centelleante, de realidad,
que cambia a cada momento y es, sin embargo, único.

RAFAEL:

Esas voces te salvarán.

JOSÉ:

Se salvará la voz,
no el que la escucha. Del que la escucha, se salvará,
a lo sumo, el agua de un momento. Y el agua de un momento
no alcanza para calmar la sed ancestral
y nos da, apenas, la sombra del sabor de la comida
servida en alguna parte, sobre una mesa inefable,
lista para un almuerzo al que nadie,
en ningún mediodía, se sentará.

RAFAEL:

Qué diferencia, la de esa agua, con este vino
que nos hunde en un sueño lleno de miedo,
separándonos, hundiéndonos a cada uno en su cuerpo
como en la fuente de la cólera, de espaldas a un mundo frágil.

JOSÉ:

Un vino grueso, que no nos deja cantar. En el aire robusto
se borran todos los signos, y hasta el sol se adormece.

RAFAEL:

Hemos descubierto, una mañana, inesperadamente,
en el patio de nuestra casa, el rastro de la víbora,
trayendo consigo la pesadilla, el horror,
el entresueño, el hambre. La tortura
desplazó, férreamente, al nacimiento,
y en nuestros sueños reinan, rabiosas, las medusas. ¿Después de esto,
qué vendrá? ¿Qué es lo que habremos de legar?

El fin de Higinio Gómez

Entró en el hotel al anochecer.

En el mes de octubre,
y a esa hora, en la glorieta del bulevar, entre el hotel
y la estación, va la luz de neón de los letreros
luminosos a horadar, complejamente, de un modo suave, las glicinas.

Entró sin mirar atrás

bajo el cartel azul,
llevando un portafolios en la mano derecha
y dos tubos de pastillas en el bolsillo.

Al otro día, lo de siempre: la mujer de la limpieza
llamó a eso de las cuatro, para arreglarle la cama
antes de retirarse, y como nadie

contestaba
volvió con el gerente y un chico medio tonto
que estaba para comprarle cigarrillos a los clientes y cosas así
y cuando abrieron la puerta lo encontraron:

todo vestido,
estirado en la cama, con los zapatos incluso, y los tubos vacíos
de barbitúricos sobre una mesa insignificante adosada a la pared.

El portafolios no tenía nada adentro, estaba también
vacío. Después la autopsia reveló que la muerte
se había producido alrededor de las nueve,
es decir casi enseguida después que entró,
de modo que al atravesar el umbral, bajo la luz azul
del letrero, al pagar por anticipado la habitación
que alquilaba, según él, por una noche, al entrar
al hotel, dejando atrás, del otro lado de la calle,
y un poco más acá de la estación, las glicinas,
ya sabía que entraría, cerrando la puerta con doble llave,
y que sirviéndose un vaso de agua

se tragaría los dos tubos de pastillas.

Tal vez se apresuró por miedo de arrepentirse,
porque a los veintitantos años, e incluso a los diecisiete,
antes de irse a Europa, cuando fundó en la ciudad la revista *El Río*,
había sido un hombre apasionado. Pasó varios años
entre Londres y París

y a la vuelta se instaló en Buenos Aires, como periodista.

Descendía de una familia tradicional, venida a menos;
pasó su infancia en una casa del sur
entre retratos del Brigadier, mates y rastras de plata,
con una glicina y un aljibe en medio del patio
sobre el que se abrían hileras de habitaciones.

Después supimos que antes de entrar al hotel había echado una carta
para Washington Noriega, que había sido para él una especie de mito,
una especie de maestro o de gurú en su juventud,
pero que le había, finalmente, retirado el saludo.

Entre otras cosas parece que decía en la carta
que a su edad no alcanzaba a distinguir
entre lo que otros llamaban la razón y sus contrarios
y que, sobre todo, no tomara la carta como una agresión.

Mis pobres tardes, decía, *Washington mis pobres tardes llegan a su fin.*

Abandónese si puede alguna vez, usted que es un viejo, a la piedad. Abandónese.

Sepa que yo no pido nada para mí

porque cuando usted reciba esta carta ya estaré muerto.

Eso había sido antes de entrar en el hotel, al anochecer
antes del cuerpo todo vestido estirado sobre la cama,
antes de que los dedos del gerente, con gentileza profesional y un cierto
temblor, comprobaran que el pulso de su cliente ya no latía.

El entierro fue penoso porque no hubo casi nadie a quien avisar. Me enteré
por casualidad, porque mandaron al diario

el parte policial

y algo me dijo en el corazón que no se trataba de un simple homónimo.
Por suerte la familia poseía a perpetuidad un panteón
y después de trámites trabajosos, de la autopsia humillante,
le costeamos un entierro de tercera, yo y los mellizos Garay,
Adelina Flores, su vieja amiga, y Horacio Barco, que lo detestaba.

No hay lugar

no hay lugar en este mundo para la piedad,

dijo la voz de Washington Noriega en la mañana melodiosa.
Nos esperaba en la puerta del cementerio, fumando un Colmena.
Yo había prescindido de llamarlo

para ahorrarle la humillación

de ser eximido de pagar una parte de los gastos

y por miedo a que la furia

sin redención del maestro despechado contra su discípulo
fuese una última cachetada en la mejilla dura del muerto.

Y no hay lugar,

no hay lugar en este mundo para la piedad,

dijo su voz en la mañana melodiosa. *He aquí un hombre
muerto al que yo odiaba, desde hace años.*

Y no hay en todo mi cuerpo

ni esto, ni esto solo (y se apretó con la uña del pulgar
la yema del índice) *de piedad.* Habló dos o tres minutos, con cierto
malhumor. A sus costados, los mellizos, idénticos, vestidos
de blanco, los dos con las manos cruzadas a la altura del pene,
tenían la cabeza elevada, en dirección contraria, como dos
cariátides, oliendo el aire como si esperaran la llegada
de una nave celeste, o de un ángel.

Deme uno de sus cigarrillos, Tomatis, me dijo Washington cuando terminó.
Nos separamos en la puerta del cementerio.

Almorzamos juntos con Barco

y jugamos toda la tarde al billar.

Esa noche, después, me acuerdo,

(ya ni sé dónde íbamos) corrimos dos cuadras
bajo la lluvia y entramos, todos mojados, a un café.

Abandónese, usted que es un viejo, a la piedad.

Abandónese.

Abandónese aunque más no sea por un momento.

Había escrito poemas largos,
narrativos, y una parva de aforismos. Y, como traductor, dejó
montones de esbozos, de ejercicios, de fragmentos, todo escrito a lápiz,
de libros que otros más eficaces que él traducían en quince días
y mandaban rápidamente a la imprenta. Y después: las drogas,

desviaciones sexuales

masoquismo consistente en desdeñar a talentos perfectamente
reconocidos

que publicaban una novela por año, pasaban su tiempo entre

Cuba y París

y firmaban declaraciones

en las revistas literarias y políticas del mundo entero.

No le mandó unas líneas ni siquiera a Adelina. Pidió

una semana de franco en la redacción, viajó toda la noche en *El Rápido*,

y, según se dedujo después, anduvo el día entero recorriendo la ciudad,

almorzó en el restaurante *El Tropezón*, frente a la Jefatura,

y paseó durante toda la tarde por la costanera y el puente colgante.

Debió haber tenido mucho sueño para tomarse los dos frascos de pastillas

si se tiene en cuenta que había viajado toda una noche

para venir a llegar a una ciudad desolada

en la que a pesar de haber vivido años, prácticamente

no conocía a nadie. Ninguna cara familiar,

únicamente los rostros ya sin hálito que nos rodean, pálidos,

las caras ya muertas que no despiertan ninguna admiración,

el cese del amor en favor de la realidad. Fachadas,

cuerpos, olores sin ninguna memoria, ni del pasado ni del porvenir,

el gran desierto de las ciudades abriéndose para un abrazo de muerte,

como un órgano pétreo, planetario, sin agua, abandonado.

Abandónese.

*Y yo no espero nada para mí, porque cuando
usted reciba esta carta ya estaré muerto.*

Heme aquí ahora,
años después, recordándolo, tan muerto para él
como él estuvo muerto
para los dedos blancos del gerente que aprisionaron su muñeca,
él, que nos enterró cuando dejaba atrás la glicina
y pagaba la habitación simulando pernoctar
para seguir después hacia el norte,
muerto con los paraísos de este otro octubre,
más exteriores que el cielo estrellado,
agonizante desde que él tomó el ómnibus para viajar toda la noche,
desde que entró en el hotel al anochecer,
el hombre que llevaba dentro de sí
un patio con un aljibe y recuerdos europeos,
muertos cuando la puerta se abrió
y el idiota del hotel
que espiaba a las clientas por las claraboyas y se masturbaba en el baño del fondo,
vio tendido sobre la cama al hombre todo vestido,
con las manos abiertas y los zapatos lustrados.

Así vamos sembrándonos unos a otros
nuestra noche
solidaria.

Rubén Sevlever

Nació en Rosario en 1932. Vivió en Monte Vera, Santa Fe y Rosario. Publicó *Poemas 1956-1964* (1966) y *Enjambre de palabras* (1995). Murió en Rosario en 2011. En 2017, Editorial Biblioteca reunió su poesía completa bajo el título *El poema no es*, con prólogos y estudios de Osvaldo Aguirre, Roberto García, Nicolás Rosa, Mario Levrero, Roberto Retamoso, Carlos E. Saltzmann y Jorge Isaías.

Recuerdos de hotel

Esta poesía que se alimenta de almohadas,
de toallas solitarias
colgando de algún sucio ropero,
de la luz anémica en bombillas donde hacen
oscuros crecimientos su nido más fiel.
Esta poesía de madera manchada, de ginebra piadosa
suavizando gargantas roncadas,
de sueños como cenizas y pantalones sin planchar
que interrogan lastimosamente
a colchones hundidos, destripados por la rabia
de una noche veloz o violenta,
cuando el sudor y las moscas matan
el sentido más pulcro del amor
y las zapatillas se despiertan
sin duda muertas de cansancio para orar
por la violación
de los objetos que me duelen.
Esta poesía nació de cara a la pared.

Sólo me deslumbra

Sólo me deslumbra
el canto circular
de las pulidas fuentes
en la muda plaza,
el paso tardo de los viajeros
de sí mismos,
la profundidad del aire
detenido en los pequeños jardines.

Sólo me deslumbra el sol posado
en íntimas techumbres,
el humo deshilado
en cielos pueblerinos,
los surcos del camino meditado.

Sólo me deslumbra
lo que sin ruido
madura y resplandece.

El poema no es

El poema no es
este trozo de cielo
esta veleta insomne,
esta paloma
describiendo círculos jubilosos,
no es tampoco
esta vista del Paraná,
plomizo y ciego,
inmerso en ensimismado
discurrir.

El poema no es esta arcaica moldura
picoteada por los gorriones,
—un dibujo grácil y fértil
en la memoria—,
y sin embrago es
todo cuanto en esencia ello contiene,
y “algo más”.

En el jardín del antiguo hospital

En el jardín del antiguo hospital,
junto a inmóviles palomas
que hieráticas reposan,
espero que regrese la vida.
Aquí, las agujas del reloj
parecen congelarse para siempre
sobre el óxido de amarillos muros
y la oriental expectación
de mudas, introvertidas palmeras.
Aquí es ya un milagro lograr un espacio
de poesía, un atisbo de lo eterno
a través de lo instantáneo,
una gota de plenitud adherida
al verde oscuro de simétricos parterres.
Cuando un cielo de zinc
marca el límite visible de este oficio
parco de inútiles palabras.

Jorge Conti

Nació en Pergamino en 1935. Vivió en Viedma, Rosario y Santa Fe. Publicó *Poemas* (1962), *El destierro* (1967) y *El regreso natural* (2001). Murió en Santa Fe en 2008.

Recuerdos del haragán

En la final
intimidad de la madrugada,
cuando los hombres
tranquilos
palidecen
y la ciudad crece
en el desprecio
y los actos
del regreso
tienen un vago
perfume funerario,
me gusta
inclinarme sobre
mi vida,
con ojos
llenos de fatiga,
pero libres de esperanza
y presunción.

En lo arduo
de la clandestinidad
sostengo
la noche
y todo lo que es propicio
a la destrucción.
Soy una tensión
sin límite,
una certidumbre
compartida
en el horror,

una barca sonámbula
en la nocturnidad
del mar.
Y el viento
a veces
me empuja por la espalda
como un compañero
de copas,
olvidado
por los hombres.

No se quebrará,
no verá humillación
ni castigo,
no sufrirá rigor
aquello
que el viento
lleve. Los demás andan
con prolijidad
de ciegos,
braceando
en la muchedumbre
del azar. Yo
enciendo cigarrillos,
me hago ilusiones,
no daré
a los lobos
mi promesa de amor
ni por cualquier
caricia
de la luna.

Tengo algunas
preferencias personales,
tengo algunos pensamientos
sombrios
que no quisiera
dejar,
así lluevan
las desgracias
o la mueca rinconera
de la soledad.

Tengo amigos
cuyo poder consiste
en irse borrachos
por calles
largas,
hacia sus mañanas
de payasos
melancólicos.

Sobre todo
me gustan
los basurales
que aguardan
en los confines sucios
de la ciudad,
algunas tardes violetas
en el puerto,
la lejanía imposible
que alguna vez
llamé hogar,
el cielo desteñido
como una viuda,

el frío que no cesa
jamás,
mientras medito
la eficacia
de algunos movimientos
para sorprender
al espanto,
entre las paredes
mudas
de mi sospechosa
habitación.

Aldo Oliva

Nació en Rosario en 1927. Vivió en Rosario y en Barcelona. Publicó *César en Dyrrachium* (1986), *De fascinatione* (1997) y *Ese General Belgrano y otros poemas* (2000). Murió en Rosario en 2000. En 2003 la Editorial Municipal de Rosario publicó *Poesía completa*, con prólogo de Roberto García, reeditado en 2016 con nuevos poemas.

Adiós en noviembre

a A.F. in memoriam

En otro espacio convoco tu rostro.

No ya en el cálido verdor de otro noviembre
en que unidos bebimos la dulce
fugacidad de lo real.

Ni en el designio feliz de las miradas
que creaban la noche como un sueño
certero y hondo de materia encendida.

Ni en esa grieta
sutil de duelo
que creciendo quebró el orden del tiempo.

Ni siquiera en la lágrima.

Hoy convoco tu rostro en otro espacio.
En la muerte precisa de la palabra.
En su humillación y en su horror.

Guárdame en tu mano
—para siempre lejana—
el esplendor tenaz de esta ceniza.

Vieja lavando ropa

a mi madre, i.m.

No son sólo las manos
(la hoja, apenas perfilada,
del plátano, en la fronda,
sería lo mismo)
sino sus idas y venidas
¿a qué?
Camisas y bombachas,
trapos sanitarios, mierda:
¿y qué? Un pífano
podría
arrojar locamente todo
a una tierra elevada,
melódica, de unívoco
limo.
(¡Ah, tropos de epifanía!)
“Pour moi, nerveux...” cundo
la destrucción; amo el perfil
evanescente del estruje
ceñido de las telas
miserables en las manos
poderosas que oprimen,
exprimen, drenan la muerte.
No la vida, su límite.
La manzana, ya comida
¿paladeada?, muerta

en sangre final, consanguínea
—tenacidad del gris—.

El dolor
apagado en la obra.

La jornada en el “Ehret”

a Jorge Conti

Vamos. Arrojamos a la corriente
futura de una antigua emanación
esa pulposa materia
que se deshace bajo la forma
inexistente de la irradiación
de las manos.

Sí. En la pastosa oquedad
del bodegón se plasmó
la mazmorra libertaria;
el vuelo a un cielo fangoso
de aire de piedra sobada
por los añicos
del diamante del delirio.

¿Y qué sabíamos? Sorber,
devorar, en el límite
de la putrefacción,
el manjar del deliquio,
el maquillado excremento de la historia.

En el plural
espejo de las botellas
vi mi boca sangrando
el plasma secreto y altivo de lo imposible;
y los camaradas, como
trémulos vermes, punzaban
la masa permutable del placer

y el dolor,
conmoviendo la noche.

Y las camaradas hendían,
en el transfigurado
socavón del sexo,
las estrellas desnudas,
dulces y transparentes,
caídas desde un cosmos
brutal de deseo y ausencia.
Escribo, con palabras,
un nacimiento de palabras:
ese sarcasmo;
porque, por favor,
deténganse y miren:
pagamos, apagamos.
Ya está aquí la muerte.

Calandria

En la escuelita rural de Campo Gaitán,
inmediaciones de San Genaro Norte,
provincia de Santa Fe, 195...

Quizá duerma, esa,
la identidad desnivelada,
pudorosa, en el albor
de la mañana inminente.
¿El final, el cenicerío, será
la aquietada plenitud del
prescripto fuego total?
¿O la irrigación planetaria
de un diluvio exhumador
de chispas seminales?
Mas, ¿cómo presuponer el final
sin implicar el saber,
ilusorio, del principio?
Sueño entonces; pero aquí
ya está la calandria, esa
cadencia triunfal y develadora;
sé, sin embargo, que su sobresaltada
canción no es tal: es el índice
de una dirección equívoca,
un hálito emanado de la tela
tramada en las tenues
punciones del soñar, como un
desear amor en lo imposible.
Pero ha llegado ya la calandria,
desde el montecito,

por la puerta abierta,
a la abierta ensenada
de la onírica playa en que yazgo,
y allí me resucita.
Me yergo, entonces; siento
el galopar de la pobre
caballada de los alumnos,
trabajadores en los tambos,
y me enzarzo en el comienzo de la vida.

Carta final de amor a Noemí Ulla

Espérame una vez más.
La última.
Mientras andamos
vendrá otra noche asolada, tal vez,
por todo aquello que no supimos evitar.
Dueño aún de los terrores
con que usurpé tu vida
me he convertido humildemente en ellos,
y así me fortalezco
con mil debilidades y un oriente.

Pero no es eso
sino un pasaje
—que de algún modo abarcará sin duda mi existencia—
de doloroso tránsito y secreto sentido
lo que diré.

Nada te me recuerda.

Ningún aroma
de los que ardían en tus labios
me circunda.

Nadie me acerca
ni una fugaz versión
de los dulzores de tu piel.

Nuestras noches
se han perdido en la noche.

Toda la claridad que huía
de tus manos a tus ojos
ya no tendrá regreso.

Y el ademán equívoco
que en la pasión y en la angustia
nos deparó tormento
se remansó en sus viejos cauces.

Y sin embargo
blanca y mortal como una espada
tu ausencia me preside
¿Cómo explicarlo?

Fuiste la dura legitimidad de mi fiebre.

Hugo Padeletti

Nació en Alcorta en 1928. Vivió en Rosario, Santa Fe y Buenos Aires. Publicó, entre otros libros, *Poemas* (1959), *Poemas 1960-1980* (1989), *Parlamentos del viento* (1990) y *Canción de viejo* (2003). Murió en Buenos Aires en 2018. El mismo año la editorial Adriana Hidalgo publicó *Poemas completos*, con prólogo de Salvador Gargiulo.

Misión

a Nérida Esther Oliva

Hay sedimentos de sequía
en el fondo del cauce.

En el pasto su propio
secar
y brotar.
Reposo, novilunio.

Me llego hasta las ramas abiertas
porque tiemblo y vacilo.
Las ramas tienen
su actitud cada una.

Los álamos obstinan
la misión de lo magro.

Goza en los trigos
el barbecho
su maternidad sombría.

Sube y me reconforta
—proyección de la savia—
algo que viene de antes
de la tierra

y vuelvo de los campos
tenso
de gestaciones.

Reverdezco así tras de la entrega,
de la higuera repito el milagro
y, diciendo,
me cumplo.

Los mirasoles

Parados en la tarde te miramos
con las tensas cabezas inflamadas.
Parados en la tarde te llamamos
y tú te marchas.

Todo el día mirando, todo el día
girando
y tú te marchas.

Cae la noche, caen
nuestras cabezas, desplomadas.
Parados en la noche te invocamos,
y tú no pasas.

En la noche siniestra el solitario
jinete galopando se adelanta
y se pierde en la noche, entre las chacras
y tú no pasas.

Parados en la aurora te aguardamos,
te acechamos,
hasta que avanzas.
¡Tan hermoso y brillante te miramos
entrar por la mañana!

Pero el tiempo es redondo,
todo el tiempo,
y tú te marchas

Me he sentado a la puerta y he mirado pasar

los años como ramas hacia el humo.
Los pesados membrillos fueron humo
también. Y las granadas,

alveolada codicia de incendiados
veranos,
se abrieron sin salvarse:

amarilla, astringente, con amargo
sabor medicinal,
la cáscara en el clavo.

Ya no voy a ocuparme

de la flor del ciruelo,
de la lluvia que cae en el jardín,
de las hojas de jade que palpitan
en el agua de jade.

Me quedo con la impávida ventura
de la taza de té,
con la fresca humedad
de la camelia dibujada.

Ayer es un ciruelo lancinante,
una lluvia que cala el corazón,
un deslumbramiento de jade
que fluye, irreparable,
por el río de jade.

Me vuelvo hacia las formas impasibles
de las flores antiguas del papel,
al amor temperado del laúd,
a la rama de incienso de los clásicos.

Pocas cosas

y sentido común
y la jarra de loza, grácil,
con el ramo
resplandeciente.

La difícil
extracción del sentido
es simple:

el acto claro
en el momento claro
y pocas cosas —
verde
sobre blanco.

Rafael Ielpi

Nació en Esquel en 1939. Publicó, entre otros libros de poemas, *El vicio absoluto* (1966), *Viajeros y desterrados* (1989), *El vals de Hermelinda* (1990) y *Días de visitas* (1994). Vive en Rosario.

Un viejo en las cuchillas

I

Hubo quienes peregrinaron largo trecho
para llegar hasta su casa. Llegaban
casi siempre con curiosidad
de entomólogos, ansiosos por encontrarse
frente a él y recibir de su boca
la sabiduría de una sentencia, el ritmo
transparente de un poema inaudible,
todas las hondas memorias de su memoria.

A todos los recibía con la misma euforia:
jugaba con ellos, coqueteaba
con sus muchos años y sus cabellos
voladores, les contaba su viaje a China
(el real, no los otros, que en definitiva
fueron muchos más, y más importantes),
los iniciaba en el rito del mate
como un sacerdote endeble pero implacable.

Lo recuerdo de otra manera:
llegando una noche, en la balsa que cruzaba
el río con espasmos asmáticos, con
su sombrero de alas anchas, el aire de viejo
fauno retirado pero no tanto,
y un entusiasmo juvenil por encontrarse
vivo todavía, aquella noche, en que
las palabras eran lo menos importante
y el vino y el fuego nos acercaban unos

a otros y él, entre todos, era uno de nosotros,
quizás el más desconocido de todos.
Las llamas le iluminaban la cara arrugada,
como de mono, y no habían comenzado las peregrinaciones
a su santuario, el de un viejo en las cuchillas.

II

¿Quién sabía, entre todos aquellos visitantes ansiosos,
que él estaba más allá de aquel diálogo,
mucho más allá en ese momento exacto, acaso detenido,
como ausente, mirando detrás de los frágiles anteojos
y de la larga boquilla de bambú, aquellas islas
desvaídas por la madrugada, “ardiendo sobre un aire
de acordeón”, mientras los fantasmas de la noche,
—donde él encendía fuegos que ardían para siempre
y apagaba de un soplo niñas, velos y altas hierbas—
andaban rondándolo hasta confundirse con su voz
en un como ruido de papeles que se estrujan
y se van empequeñeciendo entre voces distintas,
hasta ser un murmullo, que no se puede aprehender
y que se pierde en medio de esos lilas
que suelen poblar las orillas del Gualeguay?

Lo recuerdo de otra manera: tejiendo, detrás
de sus musitadas palabras, de sus ceceos y sus toces,
una interminable historia que parecía perderse
en la memoria para reaparecer, por fin, sin aviso,
como la conclusión inesperada de un viaje, como una rima
en medio de las idas y venidas del mate,
de las hierbas secas que aromaban a su alrededor,

como una medicina antigua e imperecedera
contra “los juegos del silencio...”

La noche, entonces, dejaba de importar:
y desde el río, que se veía brillar a la luz
venía algo así como una respuesta callada, que él iba
traduciendo sin desmayo, como quien aguarda, extasiado
el nacimiento de una inextinguible escritura.

Él sabía, ¿de dónde, desde cuándo? que el paisaje ése
de resplandores ínfimos, de sensitivas y de islas
estaba todo en su corazón, pero también estaba antes
en su infancia, transcurriendo en el fluir del Gualeguay,
junto a las lejanas noches de los ligustros
y los laureles de plata, entre roces, soplos y matices,
a la vera del sauce vivo y abatido.

Él andaba entonces —después, mucho después,
cuando los visitantes escarbaban con alegría
en su repertorio de memorias— por San José y Yuquerí,
ajeno a sus demandas, caminando por la costa en silencio
mientras una música sin sonido lo acompañaba y presidía
entre el canto del grillo y el resplandor
de aquellos fuegos (sus fuegos) que se encendían
y encendían para siempre sobre los pueblos de la costa.

Lo recuerdo de otra manera: arrebujado en su poncho,
el sombrero de alas anchas cubriéndole el pelo volador,
esperando en silencio que la balsa lo llevara de vuelta
para navegar (o derivar, quizás, no importaba)
por ese río que la noche iba convirtiendo en sombra,
hasta la ciudad de barrancas con verde donde la Bajada Grande
era una calle sin dueño y había, tal vez,

pescadores insomnes y pequeñas gentes anónimas aguardando la salida del sol, entre una gasa de espinillos...

Por allí andaría, seguramente, cada una de esas noches, entre visitas y preparativos de la noche, mientras los papeles iban acumulándose en la pieza con sus incomprensibles signos, dibujos en el aire, y él se iba solo, con su musitada conseja, por antiguas senditas de Villaguay, entre el nacer o el renacer, tal vez, de los aromitos de oro...

Por los mediodías de Junio, entre las violetas aradas, sin saber quizás si pisaba la alfalfa en verdor o el puente de Ma-Yuan, donde también eran de sauces, como aquí, los resplandores de la tarde.

¿Quién sabía entonces, quién sabe, que él estaba sin duda lejos de la irrealidad y el ensueño, y que más bien su paso de viejo y su corazón andaban dulcemente, dulcemente por los caminos de cemento, entre gentes que lo ignoraban sin malicia en su alta servidumbre de mensajero de sus días, y aquellos aires, casi invisibles de etéreos, donde encendía, desde siempre quizás, con amorosa pasión, el inextinguible fuego de sus palabras...?

Gary Vila Ortiz

Nació en Rosario en 1935. Vivió en Rosario. Publicó, entre otros libros, *Poemas* (1961), *17 poemas* (1965), *Poemas de la flor* (1967) y *Poemas y maderas* (1975). Murió en Rosario en 2014.

Las cosas y los cambios

a hugo diz

solamente a mí se me ocurre cambiar las cosas que cambio,
un rinoceronte por una navaja y una estampilla de guinea,
un caballo por una cafetera color azul y un soldado de
plomo, una bruja con su escoba por un frasco marrón
con muchas abejas, solamente a mí se me ocurre cambiar
las cosas que cambio,
un disco de charlie parker rayado por una mujer en
nebraska, un libro de borges por una muchacha desnuda
en san pablo, un poema inédito de paz por una anciana
en parís, a mí solamente se me ocurren estos cambios
dice mi mujer que se admira de los objetos,
sin embargo, pese a todo, tenemos miles y miles
amontonados en grandes roperos que observamos,
al mediodía y al anochecer con nuestros hijos,
conversando de los objetos que se me ha ocurrido cambiar;
un perro de tasmania por una revolución en el Perú,
bolivianos por playas de arena en tierra cubana;
soy un hombre de este tiempo pregunto a mis hijos,
a mi mujer, a los vecinos que se amontonan frente
a los objetos que he atesorado o reunido o rejuntado
a lo largo de mi corta vida,
mi herencia, y trato de explicar a mi familia
que no comprende la sutileza de un cocodrilo embalsamado
de una enorme tuba que no sirve para otra cosa
que para ser una tuba,
es un poema de cummings cortado con tijeras de juguete,
y puesto en una caja con alfileres, y las boquillas

de un cigarro que fumé alguna tarde de mayo,
mi familia no comprende las sutilezas de una máquina
de escribir del tiempo de ñaupá, ni por qué junto
lápices sin punta, y cajitas, y frascos, y pequeños
papeles que se abandonan por lo común en jardines,
y discos viejos (noche y día) de cole porter
y un tango de manzi, pero nadie
puede comprender la sutileza de una lapicera clavada
en un pequeño hipopótamo de barro, ni mi tío
que es artista, ni mi abuelo que era equilibrista,
ni mi madre que conoció bruselas en noviembre.
mi mujer me dice estás loco mientras me besa las manos,
y me besa, otra vez me dice estás loco pero me ama,
y me da fuerzas para seguir cambiando mi vida,
por los objetos innecesarios, las máquinas viejas,
los autos de narices aplastabas, los matrimonios
de chiflados, las adolescentes, oh ellas y mi mujer
serán las cosas que dejaré en mi escritorio
junto a los libros que son pilas interminables
y los discos de parker ellington hawkins davis coltrane
y las muñecas de trapo y una foto de newell's,
y fotos de mis viejos, de freud, camus, de la torre,
proust, joyce, pound, etc., estás loco me dice alguno
por la calle mientras viajo con un botellón en brazos
y una valija con piezas de un rompecabezas que nunca armaré,
dejaré poemas digo, pero los poemas, me dice,
no sirven para nada, yo junto cosas
que abandonaré algún día junto a esta underwood,
vieja herencia, primer signo de interrogación.
los cambios no los comprenden aquellos
que no comprenden la sutileza de una película

de locomotoras, de una tetera rota, de una caja
de cenizas, de una pálida luz, rosada,
al atardecer.

Junio de 1971

Juan Manuel Inchauspe

Nació en Santa Fe en 1940. Vivió en Santa Fe y en Rosario. Publicó *Poemas 1964-1975* (1977) y *Trabajo nocturno* (1985). Murió en Santa Fe en 1991. En 1994 el Centro de publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral publicó *Poesía completa*, con prólogo de Estela Figueroa. En 2010, Ediciones Universidad Nacional del Litoral y Editorial Municipal de Rosario ampliaron aquel volumen bajo el título *Trabajo Nocturno. Poemas completos*, con prólogos y estudios de Estela Figueroa, Marilyn Contardi, Sergio Delgado y Francisco Bitar.

Azaleas

begonias

helechos moros

sandalias de hojas caladas y palmiformes conviven
en una armonía espontánea en el patío de esta pensión.

Las paredes blancas proyectan el silencioso contraste.

Verde sobre blanco.

La trepadora conduce la mirada a los altos de la vieja casa.

La hora o la deshora del día dominical apaga y tritura
los ruidos de la ciudad.

¿Y qué hace este hombre detrás de la ventana?

¿Pensará que la armonía exterior es aparente?

¿Real?

Esta tarde, domingo
recorriendo el patio de casa,
caminando entre las plantas
sorteando los arbustos espinosos
la pequeña y creciente huerta.

Elegir entre comerme la naranja que cuelga
o recostarme sobre la pared y fumar
era como recorrer un camino nuevo
pero lleno de cosas viejas —parecía.

El sol se llevaba la luz del lugar
una paloma aleteó y se apoyó
sobre el techo de tejas.
De pronto comprendí mirando las palmeras
que yo era muchas cosas
nombres perdidos, vuelos,
la música del día tras día
la naranja que no comí
el sabor del tabaco
el incipiente verdor del huerto.
El silencio de la tarde
comenzó a llenarse de una palpitación
que nadie escuchaba.

He tratado de reunir pacientemente
algunas palabras. De abrazar en el aire
aquello que escapa de mí
a morir entre los dientes del caos.
Por eso no pidan palabras seguras
no pidan tibias y envolventes vainas llevando
en la noche la promesa de una tierra sin páramos.
Hemos vivido entre las cosas que el frío enmudece.
Conocemos esa mudez. Y para quien
se acerque a estos lugares hay un chasquido
de látigo en la noche
y un lomo de caballo que resiste.

1966

Viento

Alto
demasiado alto
estaba esta mañana
el cielo de las palabras.
Tan alto
que ni siquiera lo miré.
Ni siquiera me importó saber
si el viento que lo recorría
terminaría al fin
trayéndolo hasta aquí
o se lo llevaría
más lejos
aún.

Trabajo nocturno

Temprano
esta mañana
encontré en el patio de casa
el cuerpo de una enorme rata
inmóvil.
Moscas de alas tornasoladas
zumbaban alrededor del cadáver
y se apretaban en los orificios de unas heridas
que habían sido sin duda mortales.
Con bastante asco
la alcé con la pala y la enterré
en un rincón alejado
del jardín.

Al volverme
desde el matorral de hortensias florecidas
emergió mi gata dócil
desperezándose.
Su brillante pelaje estaba todavía
erizado por la electricidad de la noche.
Me miró
y después comenzó a seguirme
maullando suavemente
pidiéndome —como todas las mañanas—
su tazón de leche fresca
y pura.

Marilyn Contardi

Nació en Zenón Pereyra en 1936. Vivió en Santa Fe, París (Francia) y Rennes (Francia). Publicó *Los espacios del tiempo* (1979), *El estrecho límite* (1992), *Los patios* (2000) y *Cerca del paraíso* (2011). En 2018 la Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos publicó *En constante inconstancia. Obra poética*, con prólogo de Jorge Monteleone. Vive en Santa Fe.

Una Lancia color acero

“La sacaba a pasear por aquí mismo
les digo...”.

Traza el periplo en el aire
con su dedo grueso, tramado
de nervaduras negras, de mecánico.

“...una Lancia sport, color acero,
sólo que cuando anduvieron mal
las cosechas, el primo tuvo que venderla...”.

Los otros saben que un auto de ésos
jamás ha llegado al pueblo.

Lo más pudo haber sido
aquella blanca cupé Chevrolet
que una mañana vieron venir
por la calle de la iglesia
y desaparecer en una nube
de polvo, bajo los eucaliptus.
—Había por lo menos uno en cada casa
parado en el cordón de la vereda
con los ojos clavados
en los resplandores de níquel—.
Pero una Lancia Lambda 1929
en las manos del primo de Garbarino,
algo imposible de suponer.

Sin embargo nadie habla
y Garbarino aprovecha para afirmarse,
echa una bocanada de humo

que los borra a todos,
cruza una pierna que de tan fina
se le enrolla alrededor el pantalón
y dice:
“Después de todo ninguno de
ustedes había nacido entonces”.

Y en el espacio de silencio
que le otorgan, ahora sí, Garbarino
sin siquiera cerrar los ojos
presiente la Lancia.

La esplendorosa visión de la máquina
lo transporta a esa zona en que los otros,
las casas, los autos y carros que pasan
son apenas reconocibles, como trazas
de dedos desprolijos sobre el papel,
y por donde él pasa pitando un cigarrillo
para apaciguar el desorden del pecho
con el volante dócil entre las manos
mientras el ronroneo leve, armonioso,
casi licuescente de la Lancia
le acaricia los oídos como si le hablara.

Mother

Mamá
espolvorea azúcar
sobre el pan
con manteca

cristales
de nieve
caen
sobre
el campo
amarillo

cuando muerdo,
una fina
escarcha
de rocío
entra,
helada,
a la boca

y con ella,

todos los iris
de esa mañana
inalterable.

Poema sin nombre

Teníamos
un cuerpo flaco
de músculos escuetos
flexibles
como una lagartija
o un gato.

La piel,
con los olores
del aire,

todos los olores.

Había olores...

de lluvias
de paraísos
de alientos de vaca
de jugo de moras

había olor a cortezas
a sangre de raspones

había perfumes
de brevas
de ciruelas
de mandarinas
de naranjas
duraznos
y pisingallos

de gramilla
de trébol
y de barro
en las sandalias

efluvios de
biznagas,
de biznagas secas
en los galpones,
de carbón y leña,
tablones de madera
aserrín
suciedad de ratas
de gatos
y gallinas

había olor
a estiércol
a caballos
a bolsas
de maíz
de trigo

a campos
de girasol
a cuero seco
a nafta

olor a cinc
de canaletas
de techos
y de baldes

a glicinas
jazmín de lluvia
agua de aljibe

a pared húmeda
con su teatro
de sombras

olor a tinta
fresca
en los cuadernos
olor a imprenta
en el libro de lectura
a tiza
a lápices
a plumines

olor
a parras
parvas
panales
cera
miel

olor a bailes
entierros
casamientos
despedidas de soltero
calles de ciudad,
flotando
entre las ropas
colgadas

en la alta oscuridad
de los roperos

olor a pasas de uva
nueces
en el fondo
del aparador

había olor
a chiquero
latón
pis de caballo

a hierro
a óxido

laurel, salvia
limón
violetas y
azucenas

a brasa volviéndose
carbón quemado
en el azúcar

a calle mojada
y mariposas
estrujadas
bajo los golpes
de ramas
de paraíso

había olor
a tierra
a viento

había olor
a estaciones
a rieles
durmientes
alquitrán, aceite
a trenes
de pasajeros
a trenes de carga
pesados
de distancias,
millones
de kilómetros
donde relumbran:

soles, dagas
palmeras
cuerpos lustrosos
y oscuros
de las playas
de Malasia
de Singapur
Ceylán
Casablanca
calles ruidosas
de Detroit
suburbios
de Marsella
muelles

de Génova
y de Londres.

Sin embargo...

adentro
llevábamos
algo confuso
inexplicable

que no era
todavía
sospecha.

No.

Ni tampoco
estupor.

No.
Pero...

algo
infinitesimal
inhallable
que sólo pocas veces
inquietaba el sueño...

un punto
una falla
un quiebre

por donde se filtraba,
como el polvo fino
en la casa abandonada,
inexorable, ciego,
el oscuro reverso de los años.

Poemas breves

III

Han pasado muchos años
hermana
¿cómo los hubiésemos pasado juntas?

¿Y cuando mirábamos
volar las golondrinas
sentadas en el borde de la galería?

Golondrinas... Eran golondrinas,
¿no es cierto?

¿Tendrá que suceder otro prodigio
como el que nos trajo aquí
para poder verlas de nuevo
las dos juntas, otra vez?

Francisco Gandolfo

Nació en Hernando en 1921. Vivió en Leones, Río Tercero, San Rafael, Buenos Aires y Rosario. Publicó, entre otros libros de poemas, *Mitos* (1968), *El sicópata*, *Versos para despejar la mente* (1974), *Poemas joviales* (1977) y *El sueño de los pronombres* (1980). Murió en Rosario en 2008. En 2006 la Editorial Municipal de Rosario reeditó sus tres primeros libros bajo el título *Versos para despejar la mente*, con prólogo de D. G. Helder y en 2017 la editorial Iván Rosado reeditó sus libros posteriores bajo el título *Secreto intransferible*, con prólogo de Osvaldo Aguirre.

EL SICÓPATA. VERSOS PARA DESPEJAR LA MENTE

26

Como poeta no llegué a nada
debido a mi extrema consagración

después de ganar importantes premios
los editores me asediaron
de interés por mis obras

atendía periodistas y personajes
en chinelas
tomando whisky en el sofá

los camarógrafos
se enredaban en los cables
para que el mundo me viese recitando
en los lugares más insólitos

todos los años entregaba mi último libro
antes de Navidad y Año Nuevo
satisfaciendo demandas
de regalo y consumo

para coronar mi obra
sólo me faltaba el suicidio o la locura

conseguí ambas cosas
con firme determinación

yo sabía que el chaleco de fuerza
me quedaría bien
y lo logré insistiendo
en declamar contra las autoridades

en el encierro me dejé morir de hambre

después de muerto compruebo
que mi estéril fama sigue vigente

mi foto del chaleco
circula como la de un héroe

mi muerte y mi sicosis
son objeto de profundo estudio
en varios idiomas
y los discos más vendidos
están inspirados en mí

sólo algunos marginados
tienen clara conciencia
de que mis versos no valen.

a Juanele

Muchachos

suban a la alfombra para volar
hasta lo del poeta
que acampa frente al río para enseñarnos
cómo vive el sol y se producen las flores

él ha conseguido ser solamente poesía
para equilibrar la sociedad

por eso Mao lo invitó a su tierra
obsequiándole un verso
en el momento que él le presentaba el suyo

quién ha dicho que el mundo es peor que antes
habiendo un estadista poeta?

es por lo menos como en tiempos
de David y Salomón

pero volvamos al que está entre nosotros
para crear las flores

sentados junto a él
le oímos cantar sobre el poeta muerto
de asfixia por inmersión en la botella del mar

también una elegía por la contaminación
progresista del plantea

de la amabilidad y sobriedad de los chinos
que beben el té y fuman el tabaco
como en dedales para no hartarse
y comen flores de loto

de cómo viajan en bicicleta
y preguntan qué le pasa
al que va apurado

oigan con qué emoción canta
la película del burócrata
que próximo a su muerte
confiesa a un amigo que ha pasado
sus treinta últimos años
sin ver estornudar el sol
ni oler el canto de las flores

muchachos
no les parece que valió la pena
haber volado hasta el poeta para ver
cantar el sol y estornudar las flores?

Al solo efecto de tocar la flauta nací

toco en manifestaciones
bailes de juventud
y parvas campesinas

sobre éstas
en el aire amarillo del otoño
mis notas se deslizan
con amables ondulaciones

a mi alrededor los campesinos
giran en amplias ruedas
la danza del tractor

en los bailables de invierno
mis temas variados como cristales de nieve
enardecen de entusiasmo los cuerpos juveniles
que danzan con la cabeza radiante como girasol

en las grandes concentraciones humanas
de primavera y verano
los sones de mi flauta se entregan
al dogmatismo masivo

televidentes
católicos y comunistas
budistas y musulmanes
se disputan la ingenua droga
que les inyecto al oído

ella no está reñida con el materialismo
ni con la variada mística

conmueve como la lira de Orfeo
suspendiendo el curso de los ríos
y arrastrando en la corriente de sus notas
piedras y árboles
animales y espíritu.

La municipalidad plantó un fresno
en la vereda de la casa
de mi tentadora vecina
para que yo vea con qué gracia
ella barre sus hojas en otoño

lo plantó el intendente revolucionario
y ahora lo poda el reaccionario
de modo que por su dialéctica vital
debe ser este el árbol de la ciencia
del bien y del mal

yo no veo la hora
de que este fresno dé manzanas
como peras el olmo
y la serpiente invite a ella
y ella me invite a mí.

los ojos nuevos, y el corazón.

Desde el comienzo del siglo XX y hasta la década de 1970, la poesía moderna de Santa Fe expresó un nuevo modo de mirar y sentir el paisaje cercano: las ciudades, los ríos, el campo, el amor y el trabajo. Una tradición heterogénea pero inconfundible formada por algunos poetas secretos y otros populares, ambos gozosamente compartidos por generaciones sucesivas de lectores.

Los ojos nuevos, y el corazón reúne una selección de poemas de treinta autores precedidos de un ensayo crítico a cargo de Martín Prieto. Allí se traza una historia de la poesía moderna de Santa Fe, cuyos extremos cifran el tiempo de los precursores en los nombres de José Cibils y Horacio Caillet-Bois, y un cierre tentativo —posible entre otros, como todo recorte de una materia viva— alrededor de las obras de Rafael Ielpi, Marilyn Contardi, Juan Manuel Inchauspe y Francisco Gandolfo. Con un desarrollo signado por dos grandes poetas clásicos de la región, el santafesino José Pedroni y el entrerriano Juan L. Ortiz.

Esta antología es, en esencia, un libro de y sobre la poesía. Algunos poemas resuenan en la memoria de los lectores. Otros, en cambio, son hallazgos propios de una lectura contemporánea de esta tradición. Popular como un canto, discreta como un arroyo, abierta, aquí, una vez más al futuro.